

Las Guerras de los Judíos

Flavio Josefo

Libro Séptimo

Capítulo I

De cómo fueron minados los muros y quemados los montes de los romanos, y de cómo Sabino combatía el muro.

Las muertes de los judíos cada día iban de mal en peor, encendiéndose los revolvedores cada día más, viéndose cercados con tanta adversidad, pues estaban ya ellos, con todo el pueblo, aquejados del hambre. La muchedumbre de los muertos que dentro de la ciudad había, era espantable de ver, y daba un hedor muy pestilencial, el cual detenía la fuerza y corridas de los que peleaban; porque eran forzados a pisar los muertos, no menos que si estuviesen en el campo o en la batalla, de los cuales era el número muy grande, y los que los pisaban, ni se compadecían de ello, ni se amedrentaban, ni aun tenían por mal agüero ver la afrenta de los muertos.

Ensuciados con las muertes de sus propios ciudadanos, preparábanse ya y aparejábanse para la guerra con los extranjeros, casi como injuriando a Dios, según a mí me parece, porque tardaba tanto en darles el suplicio y castigo que ellos merecían; porque la mayor parte de ellos peleaban, no porque tuviesen esperanza de alcanzar salud, sino solamente por verse desesperados, y esto era parte para pelear más ferozmente.

Los romanos, aunque trabajaban mucho en juntar el aparejo para lo que edificaban, todavía levantaron sus fuertes en espacio de veintiún días; derribados todos los bosques para ello y cortados todos los árboles que había noventa estadios alrededor de la ciudad.

Lo que se mostraba de la tierra movía a gran compasión, porque lo que antes solía estar lleno de árboles y tan adornado que parecía un paraíso, entonces se mostraba desierto, cortados todos los árboles que movían deleite grande; ni había extranjero alguno que hubiese antes visto la ciudad y los arrabales que tenía muy lindos, que viendo en este tiempo la soledad y destrucción, pudiese dejar de llorar o gemir, por ver cuánto daño habían hecho las revueltas y mutaciones al estado que los antiguos allí solían tener.

Había destruido la guerra todas las cosas señaladas y de gentileza que tenían, de tal manera, que si alguno viniera de nuevo que hubiese visto esta ciudad antes, cuando estaba en su integridad floreciente, no la conociera ciertamente, antes estando con sus ojos presente, la buscara.

La obra acabada de los fuertes era principio de temor nuevo, no menos a los romanos que a los mismos judíos; porque éstos pensaban ya ser sin duda presa la ciudad, si no ponían diligencia en ponerles otra vez fuego; y los romanos, por otra parte, no tenían por ventura voluntad de hacer otros si les destruían éstos, porque ya la materia para ellos les faltaba, y faltaba también el esfuerzo a los soldados para otro tanto trabajo, porque ya habían perdido parte del buen ánimo que antes solían tener, con haber sido tantas veces ofendidos.

La matanza que dentro de la ciudad se hacía causaba mayor dolor y tristeza a los romanos que a los mismos ciudadanos que en la ciudad vivían; porque para los males que de allí les nacían tenían también gente de guerra no menos diligente que los judíos mismos, de la cual se servían; pero perdían la esperanza, viendo que sus fuerzas eran deshechas con las asechanzas que les hacían; las máquinas, con la fortaleza de los muros y sus manos, eran vencidas en las peleas con el atrevimiento grande de los judíos, y principalmente por ver que, con tener tantas revueltas dentro de la ciudad, tanta hambre y tanta guerra, estaban los judíos más animosos, por lo cual pensaban serles imposible acabarlos de vencer, y que la grandeza del ánimo que se cría y sustenta con adversidades, es invencible: porque ¿quién podrá resistir con prosperidad a los que con males y adversidades se muestran y levantan con mayor ánimo y virtud? Por lo cual los romanos se proveían de guardas más diligentemente.

La gente de Juan estaba en la torre Antonia, y proveíase para lo que temían si por ventura era el muro derribado; y antes que las máquinas y carneros dichos se asentasen, daban diligencia en resistir a ello; pero todo el trabajo que en ello ponían era perdido, porque habiendo acometido el fuerte de los romanos con fuego que en él quisieron poner, engañóles la esperanza y hubieron de volver atrás y recogerse; porque al principio parecía que no tenían un consejo ni estaban entre sí concordados, saliendo poco a poco y a sus tiempos con miedo; y en conclusión, no según los judíos tenían por costumbre, porque les faltaba todo lo que antes les solía ser propio, es a saber, la audacia, el correr, la fuerza general y el no volver atrás sin hacer daño a los enemigos; pero habiendo salido con menos fuerza que antes solían, ofendieron todavía a los romanos más prontamente que tenían antes acostumbrado; porque tenían éstos cercados sus fuertes con tanta diligencia con sus cuerpos y armas, que no dejaron camino ni vía alguna para ponerles fuego otra vez en ellos; y confirmados sus ánimos, se esforzaron tanto, que ninguno se movía de su lugar antes de ser derribado y muerto; porque además de estar desesperados ya de toda cosa, si les eran quemadas aquellas obras y fuertes que habían hecho, quedaban todos muy avergonzados si la virtud de los romanos era vencida por la astucia de los judíos, o sus fuerzas y armas por la temeridad y atrevimiento de éstos, o la experiencia y saber que ellos tenían en las cosas de la guerra, por el número y muchedumbre de los judíos, o, finalmente, por ser ellos romanos y éstos ser judíos.

Ayudábanse con sus saetas, dardos y lanzas, las cuales tiraban contra los que delante venían; y el que caía primero era impedimento al que lo seguía, y el peligro de los primeros amedrentaba y enternece a todos los que seguían postreros.

Pues los que osaban llegarse a un tiro de saeta, los unos espantados por ver la disciplina y uso que los enemigos en la guerra tenían, otros heridos con las lanzas, habían de volver atrás y recogerse; y al fin, reprendiendo el uno al otro de cobarde, volvíanse todos sin acabar.

A algo primero de julio comenzaron a combatir; pero habiendo ya partido de allí los judíos, pusieron los romanos todo lo que tenían hecho y aparejado; aunque les tiraban muchas piedras y otras armas y mucho fuego de la torre Antonia, y allegaron también todas las armas que pudo la necesidad darles contra sus enemigos; porque aunque los judíos confiaban mucho en sus muros, los cuales eran

muy fuertes, y aunque menospreciaban las máquinas todas de los romanos, todavía trabajaban en impedirles y hacer que no llegasen a ellos.

Pensando, pues, los romanos que los judíos trabajaban en hacer que la torre Antonia no recibiese daño alguno por estar ya los muros menos fuertes, y pensando que los fundamentos de esta torre no eran tan fuertes como quisieran, trabajaban en resistirles. Con todo esto, no se hacía señal ni se mostraba algo de todos los golpes que daban en los muros; y los judíos, aunque les tiraban y recibían muchos golpes de saetas y dardos, procuraban defenderse y destruir los fuertes de los romanos, sin temor alguno de peligro; pero como pudiesen menos y fuesen más flacos, porque eran quebrantados con las piedras, haciendo los unos pavese de sus escudos, por guardar sus cuerpos, con las manos y con hierros trabajaban en minarles los fundamentos.

Quebrantadas cuatro piedras con el continuo trabajo, sobrevino la noche y hubieron todos de dejar lo comenzado y reposarse; y roto el muro con los arietes por aquella parte que había Juan primero minado por derribar los fuertes primeros, cayó súbitamente, por haberse roto el asiento en que se sustentaba; pero ambas partes recibieron alegría sin esperarla, por este suceso: porque los judíos, que debían haber tristeza por haberles sucedido tan gran ruina sin haberse proveído contra ella, confiábanse, pues veían que les quedaba la torre Antonia: la alegría que los romanos tuvieron por ver los muros derribados, sin pensarlo fué presto perdida, cuando vieron el nuevo muro que Juan había por dentro edificado; mas todavía les parecía que sería más fácilmente combatido y derribado, que no el primero: porque por el que estaba derribado era más fácil la subida, y el muro era menos firme y menos fuerte, por ser reciente y nuevamente edificado, que la torre Antonia, por lo cual pensaban que podría ser más pronto destruido. Ninguno, con todo, osaba subir por él, sabiendo que el primero que a ello se atreviese tenía muy cierta la muerte.

Pensando Tito animar a sus soldados y levantarles con la esperanza y razonamiento, y que con amonestaciones y promesas muchas veces los hombres suelen olvidarse y despreciar todo peligro, y muchas veces también la muerte, haciendo juntar todos los más esforzados, hablaba con ellas, experimentando sus ánimos, de esta manera:

"Reprendidos merecen ser, ciertamente, como cobardes y hombres de poco ánimo, los que aconsejan y animan a sus compañeros para cosas de poco, y que no hay peligro en alcanzarlas; y no menos los rogados, que los que los ruegan: Por lo cual yo saco que solamente es necesario el consejo en cosas dudosas; y la amonestación a tal hora es buena, porque conviene entonces mostrar cada uno por sí particularmente sus fuerzas. Bien veo y aun digo que tenéis gran trabajo en subir este muro, porque la subida es muy difícil; pero quiero probar ahora y mostraros claramente cómo a los que desean alcanzar nombre y gloria, conviene mucho que peleen con trabajo; y alcanzar las cosas dificultosas con dificultad y morir con gloria, es gentil cosa y no de poco provecho, si los primeros lo hicieren valerosamente. Pues, levante vuestros ánimos esto: cuanto a lo primero, que podrá causar espanto a otros algunos, ver el ánimo paciente de los judíos y la firmeza y constancia endurecida que en sus adversidades tienen.

"Los romanos, y más los soldados que tienen costumbre de ejercitarse en la guerra, estando en paz, y vencer cuando están en ella, que sean vencidos por los judíos, o con sus manos, o con su ánimo, es cosa muy fea, principalmente estando ya en el fin de la victoria, y teniendo en todo la ayuda de Dios por nuestra parte: porque debéis entender todos, que cuantos daños de los judíos recibimos, de desesperación proceden. Y con el favor de Dios y virtud y esfuerzo vuestro, cada día crecen sus muertes y destrucciones: porque las sediciones y revueltas, el hambre, el cerco, el caerse los muros sin hacerles fuerza, ¿qué otra cosa pensáis ser, sino la ira de Dios contra ellos, y por ayuda nuestra? No

conviene, pues, mostrar que valemos menos que los que no valen; y tampoco conviene ser perezosos a lo que Dios nos ayuda y promete. ¿De qué manera no os parecerá cosa torpe y fea que los judíos, gente que no se afrenta mucho de ser vencida, avezados a estar sujetos y en servidumbre, menosprecian ahora la muerte y todos los peligros por libertarse y excusarse de ello, y vienen a correr entre nosotros, no por tener esperanza de victoria, pero sólo por mostrarse; y nosotros, vencedores de casi todo el universo y de las mares, a quienes no vencer es gran injuria, estarémos sentados, ociosos y sin osar acometer una vez a los enemigos atrevidamente, aguardando que perezcan por el hambre y su fortuna, pudiendo principalmente con poco peligro acabarlo todo?

"Si, finalmente, subimos a la torre Antonia y si la ganamos, tenemos ciertamente ganada la ciudad: porque si conviniere pelear contra los que están dentro, lo que yo no creo, nos promete manifiestamente gran victoria sobre todos nuestros enemigos.

"Dejaré de alargarme ahora en aquellos que perecieron en la guerra, y en contaros el nombre inmortal de los que peleando murieron; yo ruego y deseo la muerte en tiempo de paz a los que al contrario sienten, cuyas almas y cuerpos, juntamente en morir ellos, perecen y son cubiertos en la sepultura. ¿Quién hay, si es valeroso, que no sepa que las almas libradas con esfuerzo con las armas en la guerra de la cárcel de sus cuerpos, el cielo purísimo y muy claro las recibe, y les da asiento entre las estrellas, adonde después se muestran generosos, buenos y muy favorables a sus descendientes? Pero los que mueren por enfermedad del cuerpo y podredumbre, aunque sean muy limpias de todo pecado y muy santas, son cubiertas de tinieblas debajo de la tierra; son muy olvidadas, consumiendo sus cuerpos, acabando sus vidas y pereciendo toda la memoria de ellos.

"Si la muerte es común a todos, y es necesario pasar todos por ella, ya sabéis que morir con las armas es más ligero, y de tener en mucho menos que morir por enfermedad; porque no le parece malo, ni se acobarda de pagar de grado sirviendo, lo que después así como así había de satisfacer por deuda y obligación.

"Tratado he de esto como que fuese imposible guardarse por más que en ello se trabaje, pues esperanza deben tener de salud en peligros, por grandes que sean, los que tienen ánimo y esfuerzo varonil. Cuanto a lo primero, lo que veis caído del muro, puédese fácilmente andar; lo que está entero, y no ha sido aún combatido, puede ser muy fácilmente derribada, y saliendo muchos de vosotros a efectuar esto, los unos animaréis a los otros, y seréis gran ayuda: vuestra constancia y firmeza en el pelear quebrantará fácilmente el ánimo y audacia de los enemigos, y podrá ser que si tomamos esta torre, habremos toda la ciudad sin algún derramamiento de sangre. Subiendo nosotros, ellos trabajarán en resistirnos e impedir que subamos; pero si una vez les hacemos algún ardid, o si les mostramos nuestras fuerzas, procurando hacer con ellos lo que nos fuere posible, no podrán, por cierto, defenderse ni sostener nuestra fuerza. Pues de mí os hago saber, que quiero ser tenido por muy ruin y muy afrentado hombre, si al primero que viene atreverse a esto, no le satisfago de tal manera sus trabajos, que le tengan todos envidia: y el que quedare con la vida, sea capitán de sus iguales, y los que murieren en ello, alcanzarán premio muy bienaventurado."

Diciendo esto Tito, todos los suyos temieron la grandeza del peligro que claramente veían: uno de ellos, que estaba en una compañía de las suyas, llamado por nombre Sabino, natural de Siria, se mostró muy esforzado, no menos en el ánimo que en sus propias fuerzas, aunque si alguno lo viera antes cuanto a su manera, no lo tuviera, cierto, por soldado: era un hombre negro, flaco; mas en flaco sujeto tenía, por cierto, un ánimo grande y muy heroico, y en pequeño cuerpo tenía grandes fuerzas encerradas. Levantándose, pues, éste primero, dijo:

"A ti, oh César, me entrego de muy entera y alegre voluntad, y quiero subir primero de todos al muro; y deseo que sean mis fuerzas y voluntad no menos prósperas que es tu fuerte y buena dicha: si mi dicha no fuere tal cual es mi ánimo, y si el suceso no me corresponde prósperamente, sepas que quiero por ti morir, no porque espere haber de aquí bien alguno o librarme salvo, pero sólo por haberlo así determinado."

Cuando hubo dicho estas palabras, levantó su escudo, haciendo con él amparo a su cabeza; y con la espada en su mano, a las seis horas del día venía para el muro; seguíanlo de todos los otros algunos que querían serle iguales y semejantes en la virtud, hasta número de once hombres. Iba Sabino muy adelante, T delantero de todos, movido con fuerza e ímpetu divino; y los enemigos le tiraban dardos y saetas infinitas; dejaban también caer piedras muy grandes, la: cuales derribaron algunos de los once dichos.

Poniéndose Sabino delante de todo lo que los enemigos tiraban, aunque iba cubierto de saetas, no cesó hasta ganar lo más alto del muro y hacer huir a todos los enemigos que allí estaban: porque amedrentados por ver sus fuerzas tan grandes, y pensando que venían muchos allí con él, no osaron detenerse. ¡Quién, pues, no maldecirá a la fortuna en este caso, que contrasta y trabaja siempre con envidia de resistir a la virtud, e impide todas las hazañas memorables! Porque este varón no erró en lo que había emprendido; y sacudiéndole con una gruesa piedra, cayó a tierra. De lo cual sucedió, que volviendo los judíos cuando lo vieron solo y derribado a tierra, tiráronle infinitas saetas. Arrodillándose él como mejor podía, y cubierto con su escudo, al principio vengábase de los enemigos, e hirió a muchos de los que a él se llegaban; pero con las muchas heridas que tenía, hubo de aflojar su fuerza, y al fin, antes de morir, fué cubierto de saetas. ¡Varón digno y merecedor, por su esfuerzo, de mejor prosperidad y dicha! Cayó, empero, y pereció habiendo acometido una cosa no menos alta que fué su ánimo. Había otros tres que estaban ya casi en lo más alto, y perecieron a golpes de piedras, y los ocho fueron sacados de allí y puestos en sus tiendas muy heridos: todo esto pasó el tercer día del mes de julio.

Capítulo II

De cómo los romanos acometieron a la torre Antonia, y cómo fueron de allí echados por los judíos.

Dos días luego después, juntándose veinte hombres de los que estaban de guarda por las trincheras, llamaron un alférez de su compañía, y otros dos de una compañía de gente de a caballo, y un trompeta, y a las nueve horas viénense poco a poco por la parte derribada a la torre Antonia, y degollando a las primeras guardas que hallaron durmiendo, ganan el muro y mandan dar señal luego a su trompeta, con la cual fueron todos los demás que había despiertos, y dan a huir antes de ver la muchedumbre que había subido al muro; porque el temor que tenían, y el sonido de la trompeta, les representó, y fué causa que creyesen haber subido gran muchedumbre de enemigos.

Oyendo Tito la trompeta, ordena presto su ejército y sube él con los principales capitanes acompañado, y con mucha gente de su guarda; pero como los judíos se hubiesen recogido dentro de la ciudad en el templo, entraron también los romanos por las minas que Juan había abierto cuando derribó y deshizo las trincheras de sus enemigos. Ordenados los amotinados y revolvedores de entrambas partes, trabajaban en echar a los romanos, tanto la gente de Simón, cuanto la de Juan, con fuerza y ánimo grande; porque creían ser llegado ya el fin y destrucción general de todos, si los romanos alcanzaban a entrar en el muy santo lugar, el cual les fué principio de la victoria.

Trabóse en la misma entrada una brava pelea, trabajando los romanos por ganarles por fuerza el templo, y los judíos por hacerles recoger con las armas que de la torre Antonia tiraban. Las saetas y lanzas ninguna de ambas partes aprovechaban; pero peleaban todos con las espadas desenvainadas.

Estaba la gente tan mezclada, que no se podía conocer peleando de qué parte eran; y eso por ser el lugar muy estrecho, confundiendo también las grandes voces que se daban el entendimiento y los sentidos; y eran tantos los muertos de entrambas partes, y las armas y cuerpos derribados por tierra, que impedían a los que peleaban.

Siempre que la una parte era más débil y la otra más fuerte, los más débiles echaban al cielo muchas quejas, los más *fuertes*, con esto mucho más se animaban y esforzaban unos a otros. No había lugar ni tiempo para huir, ni aun tampoco para pelear, pero había muchas mudanzas de los que peleaban; y una vez la victoria se inclinaba a una parte, y luego después a otra.

Los que estaban primeros, eran forzados a matar o a morir: no podían volver atrás, porque los postreros de cada parte impedían a los suyos que pasasen primero, y no habían dejado lugar alguno vacío entre los que peleaban; pero como el ánimo obstinado de los judíos venciese la destreza de los romanos en pelear, tenían ya casi echado todo el escuadrón, porque desde las nueve de la noche hasta las siete del otro día habían *peleado*. Todos los judíos tenían por estímulo de la virtud el peligro de la muerte, y a los romanos porque no habían subido aún las legiones, y la esperanza de los que entonces peleaban cargaba sobre ellas; parecióles que por entonces les bastaba haber ganado la torre Antonia.

Capítulo III

Del esfuerzo y fortaleza de un soldado romano llamado Julián.

Un capitán de cien hombres, varón noble de Bithinia, llamado Julián, el cual fué el más fuerte de ánimo, y más diestro en las cosas de la guerra, y más esforzado en las fuerzas de sus brazos de cuantos yo conocí .en esta guerra, cuando vió que los romanos resistían tan mal y que ya volvían atrás (estaba éste por causa de Tito en la torre Antonia), saltó muy presto en medio, y persiguió él solo a los judíos que va iban venciendo, hasta la parte de más adentro del templo. Huíanle todos delante, pensando que no era aquello fuerza de uno, ni que tan grande atrevimiento era suyo; pero echándose él por medio de los enemigos, los unos echaba por una parte, y a los otros cuantos le venían a su encuentro, todos los mataba.

No se maravilló tanto César por cosa alguna, cuanto por ver esto; ni toda su gente vió cosa tan espantable y horrible. Perseguían también a éste los hados, de los cuales no hay quien se pueda guardar: porque traía unos zapatos con muchos clavos y muy agudos, como suelen tener todos los otros soldados; y corriendo por un enlosado, resbaló y cayó, derribado, con gran sonido de las armas, y volvieron entonces contra él los que antes iban huyendo.

Levantóse un alarido grande en este medio, viéndolo los romanos que estaban en la torre Antonia, temiendo mucho que fuese muerto. Heríanlo los judías con espadas y con lanzas por muchas partes: amparábase él de muchos tiros y golpes con su escudo; y trabajando muchas veces por levantarse, fué a la postre, con la muchedumbre de los que le herían, derribado: y aun estando en tierra hirió a muchos, porque no pudo ser presto muerto, por estar todos sus miembros, por donde lo hubieran podido matar, cubiertos de armas.

Había encogido su cabeza mucho tiempo, hasta tanto que, cortados ya todos los otros miembros suyos, perdió sus fuerzas, no osando alguno de los suyos socorrerle.

Tito fué con esto muy lastimado, por ver que un varón tan esforzado y valeroso era muerto a vista de tanta gente, viendo que el lugar era causa de no poder socorrerle, y que a todos los otros soldados deteníanlos el miedo. Habiendo, pues, Julián luchado con la muerte mucho tiempo, habiendo dejado muchos de sus matadores muy heridos, fué muerto tristemente, con gran gloria suya, y no sólo esto entre los romanos y delante de Tito, pero aun también dejando gran nombre de sí entre los enemigos: los judíos arrebataron el cuerpo del muerto, e hicieron recoger a los romanos, huyendo a la torre Antonia.

Pelearon aquí valerosamente Alejas y Gypthéo del escuadrón y gente de Juan; de la parte de Simón, Maiachías y judas, hijo de Mertón, y Diego, hijo de Sosa, capitán de los Idumeos, y dos hermanos zelotes, hijos de Jairo, el uno llamado Simón, y el otro judas.

Capítulo IV

Del habla y razonamiento que Josefo hizo a los judíos por que se rindiesen, y de los que de ellos se pasaron a los romanos.

Mandó Tito a su gente que derribase la torre Antonia desde sus fundamentos, por aparejar por allí subida fácil a todo el otro ejército. El, llamando ante sí a Josefo, porque había oído que aquel día, que era el décimoséptimo de julio, habían cesado los sacrificios divinos que se llaman Entelechismos, por falta de hombres, y que el pueblo por ello se dolía mucho, mandó que dijese otra vez a Juan lo que antes le había mandado; y que si alguno había entre su gente que tuviese tan gran deseo de pelear, era contento que saliese a pelear con quien quisiese, con tal que no muriese y feneciese con él la ciudad y templo juntamente; pero que se dejase de violar el santo templo, y no cometiese tal mal contra Dios, y

que poder tenía también, si lo deseaba, para tornar a celebrar con los judíos que quisiese escoger, las fiestas acostumbradas.

Josefo, pues, por que no se imputasen a Juan solo estas cosas, sino aun también a muchos otros, púsose en lugar de donde pudiese ser de todos bien oído, y declaróles en lengua hebrea, lo que Tito quería y le había mandado. Rogábales mucho que tuviesen cuenta con su patria y no quisiesen destruirla, y echasen el fuego, que estaba ya muy cercano, al templo, e hiciesen sus sacrificios y ofrendas a Dios acostumbradas.

Dichas estas cosas, estaba el pueblo muy triste y muy callado escuchando: habiendo dicho muchas injurias el tirano a Josefo en respuesta de lo que le había dicho, a la postre añadió que no tenía él causa para temer su muerte ni destrucción, porque aquella ciudad era de Dios.

Entonces respondió Josefo con grande exclamación: "Ciertamente por eso tú se la has reservado pura y limpia de toda mácula y pecado, y han quedado todas las cosas santas sin ser violadas, y tú no has cometido algo contra aquel cuyo socorro y ayuda esperas ahora; mas sus acostumbrados sacrificios se celebran. ¿Pues si alguno te quitase lo que has de comer cada día, tú lo tendrías ciertamente por capital enemigo, y confías que Dios, a quien tú has privado de toda la honra que a él le es debida, te haya en alguna manera de ayudar? ¿E imputas a los romanos la causa de ello, los cuales guardan y defienden aún ahora nuestras leyes, y trabajan por que sea vuelta a Dios la honra y sacrificios de que tú lo has privado? ¿Quién, pues, no llorará la causa de tan gran destrucción y mudanza tan sin pensar, y quién no lamentará la destrucción de la ciudad? Cómo? ¿Vemos que los extranjeros y tus propios enemigos trabajan por corregir tu impiedad, y tú, siendo judío, criado entre sus leyes, te muestras más cruel que no son ellos contra ellas? Pues sepas, Juan, que no es malo ni cosa torpe arrepentirse de los males hechos, viéndose ya al fin; y buen ejemplo tienes si quieres guardar y conservar tu patria, el del rey Jeconías, el cual antiguamente, moviéndole guerra los de Babilonia, y queriendo combatirle y tomarle la ciudad, se salió de ella de grado, y quiso sufrir cautiverio voluntariamente con toda su gente, por no entregar las cosas santas de la ciudad a los enemigos, y por no ver quemar la casa y templo de Dios. Por esta causa celebran los judíos sus loores y memoria, y de un tiempo en otro pasa su inmortal memoria por todos los siglos nuevos a sus descendientes: buen ejemplo es éste, Juan, aunque esté el peligro tan cerca, pues yo te prometo perdón de parte de los romanos, con tal que te acuerdes que te doy este consejo como natural judío, y lo prometo a los judíos; y conviene mirar quién es el autor y de adónde procede todo esto, porque no quiera Dios que viva yo jamás tan cautivo, que me haya de olvidar de mi linaje y de las leyes de mi patria. ¿Y aun en paga de esto te enojas, gritas y me maldices? Pues sepas que merezco aún cosas más amargas y peormente dichas, pues gasto tiempo en persuadirte estas cosas contra lo que tu ventura y tus hados tienen determinado, y trabajo por defender y conservar a los que están condenados por sentencia y divino juicio.

"¿Quién ignora lo que dejaron escrito los profetas antiguos y las amenazas hechas a esta miserable ciudad? Entonces profetizaron que había de ser esta destrucción cuando la conjuración de dentro comenzase a trabarse entre los mismos ciudadanos, y unos a otros se matasen: pues de vuestros cuerpos muertos está llena, no sólo la ciudad, pero aun también todo el templo: Dios, por cierto, Dios mismo pone el fuego en la ciudad con los romanos por limpiarla, y quíerela quemar por estar llena de tan enormes maldades."

Contando Josefo estas cosas con muchas lágrimas y llantos, faltóle la voz por el dolor, del cual teniendo compasión grande los romanos, todos se maravillaron.

Juan y sus compañeros, con estas cosas más se movían y eran incitados contra los romanos, deseando prender también a Josefo; mas hubo todavía muchos de los judíos nobles que fueron movidos con su habla y razonamiento: y algunos de los sediciosos y revolvedores, temiendo a las guardas, no osaban moverse, teniendo ya mucho había por muy cierta la destrucción de ellos mismos y de toda la ciudad: hubo algunos que, aguardando con diligencia la ocasión y tiempo para ello, huyeron a los romanos: entre los cuales era el uno el pontífice Josefo y Jesús; hubo algunos hijos de pontífices también, es .i saber, de Ismael tres, el cual fué en Cirene degollado; cuatro de Matías, y de otra Matías uno, el cual había huido después de muerto su padre, a quien mató Simón de Giora con tres hijos suyos, según arriba dijimos. Con los pontífices se pasaron también muchos de los nobles, a los cuales recibió Tito muy humanamente, haciéndoles cortesía en muchas cosas, y principalmente, sabiendo que les era molesto y enojoso tratar con gente extraña y hacerse a costumbres de gentiles, enviólos a Gofna, adonde pudiesen estar en este medio tiempo, prometiendo también volver a muchos sus posesiones acabada la guerra; ellos se fueron muy seguros a recoger al dicho lugar.

Cuando los sediciosos y revolvedores que estaban dentro de la ciudad supieron los que habían huido, divulgaron otra vez un ruido, diciendo que los romanos habían muerto a todos los que se habían pasado, para que los otros con esta fama amedrentados se detuviesen; aprovechóles algo esta astucia como lo de antes, porque atemorizados con esto, no hubo quien osase huir, ni aun moverse; pero después que Tito les mandó volver de Gofna, e hizo que se paseasen todos por el cerco del muro, de tal manera que los cercados los pudiesen ver, juntamente con Josefo, muchos de los que dentro estaban se pasaban huyendo a los romanos: juntándose después todos en uno, rogaban con muchas lágrimas y gemidos a los revolvedores, que quisiesen, cuanto a lo primero, guardar la ciudad y recibir dentro a los romanos, y si esto no los contentaba, que saliesen por lo menos del templo y guardasen su templo para ellos; porque sabían no haber. de osar poner fuego los romanos en el templo, sino con necesidad y fuerza muy grande.

Cuando éstos más los rogaban, tanto más los de dentro contradecían; y habiendo dicho muchas injurias a los que habían huido a los romanos, ordenaron y dispusieron encima de las puertas del sagrado templo sus ballesteros, arcos y sus tiros de piedra, y esto para que el cerco del templo con la muchedumbre de muertos pareciese sepulcro, y el templo castillo fuerte.

Entraban en los santos lugares, y adonde ninguno solía antes entrar ni aun llegar, llegaban ellos con las manos sacrílegas, ensangrentadas aun de las muertes de sus mismos ciudadanos y naturales; y atreviéronse a hacer a su ley tal injuria, que la indignación y enojo que los judíos habían de tener contra los romanos, si tal cometieran, como ellos entonces cometían, la misma tenían los romanos entonces contra los judíos, por ver que locamente usaban mal de las cosas sagradas de su propio templo; porque ninguno hubo de éstos que no honrase y acatase mucho el templo y que no lo adorase, deseando que los ladrones se convirtiesen y reconociesen lo que hacían, antes que aconteciese algún caso que no fuese posible remediarlo; y Tito, doliéndose de la desdicha y suerte de ellos, reprendía otra vez a Juan y a sus compañeros de esta manera:

"Decid, hombres perversos y llenos de toda maldad, ¿no habéis vosotros cercado el santo lugar de rejas? ¿No habéis hecho tablas escritas en letras griegas y romanas, con las cuales vedáis y prohibís que ninguno ose pasar de lo que está cercado? ¿No os concedimos que mataseis a cuantos lo contrario hiciesen, aunque fuesen romanos? Pues para qué ¡oh gente muy dañada! habéis puesto debajo de vuestros pies y hollado los muertos en este mismo lugar? ¿Pues por qué causa habéis ensuciado el sagrado templo de sangre y muertes, no menos de vuestra gente natural que de extraña y gentil? Por testigos llamo a los dioses de mi patria, y si hubo alguno que antes tuviese cuenta con esta ciudad, porque hasta ahora no sé yo alguno, llamo también por testigo a todo mi ejército, a los judíos que están

aquí conmigo y a vosotros mismos, que no soy yo el que os mueve y os fuerza a violar vuestras cosas santas; antes si vuestra gente muda su asiento y se pone en otro lugar, ni se llegará al templo alguno de los romanos, ni hará cosa alguna que sea para su afrenta; antes, aunque vosotros no queráis, yo guardaré el templo."

Capítulo V

De cómo se renovó la pelea, cómo otra vez se ordenaron las trincheras, y de lo que los judíos hacían.

Haciéndoles Josefo saber lo que el príncipe mandaba, los ladrones y tiranos, pensando que lo decían no por voluntad buena que tuviesen, sino por temor y miedo que tenían, levantábanse más soberbios. Tito, que veía no tener ellos mismos de sí compasión ni misericordia y que no querían excusar la destrucción del templo, determinó efectuar su guerra; pero no podía, por ser pequeño el lugar, poner aquí toda su gente; finas escogiendo de cada ciento de su gente treinta de los más esforzados, de más experiencia y escogidos capitanes, dió a cada uno el número de mil hombre, y dando por capitán general de todos a Cerealo, a las nueve de la noche mandó que acometiesen las guardas. Y estando él mismo también armado y determinado a bajar con ellos juntamente, los amigos lo detuvieron por el grande peligro que había, y por las palabras que sus capitanes le dijeron, que mucho más provecho haría poniéndose como presidente de la gente en la torre Antonia al tiempo de la pelea, que si se ponía en el mismo peligro, porque ante los ojos de su Emperador, todos habían de pelear valerosamente.

Obedeció Tito a lo dicho: dijo después a los soldados que solamente quedaba por juzgar y conocer cuál de todos más valeroso se mostrase y más fuerte en pelear, y esto por no dejar sin hacer mercedes a todos los tales, quienesquiera que fuesen, y por que ninguno de los que cobardemente pelease dejase de ser castigado, antes quería ser juez y testigo de todo, pues era el que tenía el señorío y mando para castigar y remunerar a todos, según lo que mereciesen; así los envió y dejó salir a la pelea a la hora que dijimos, y poniéndose en la torre Antonia en una ventanilla como atalayo, estaba mirandolo que se hacía; pero la gente que fué enviada no halló durmiendo, según confiaban, a los que estaban de guarda, antes con voces que dieran todos muy grandes, trabaron su pelea, haciendo con las voces que las guardas dieron, y con el gran ruido que hicieron, que todas las otras compañías saliesen.

El ímpetu y fuerza de los primeros lo recibían los romanos, y- los que más atrás de éstos venían daban en su misma gente y herían a muchos de ellos, no menos que si les fueran enemigos: la grita y clamores de entrambas partes era causa que no se pudiesen conocer los amigos ni los enemigos, y la noche y oscuridad era también causa que los ojos perdiesen su conocimiento; y como hubiese algunos ciegos con el furor grande que tenían, otros por la ira y otros por el temor, era esto causa que a quienquiera que encontrasen, sin discreción lo herían.

Esta ignorancia menos daño hacía a los romanos, cubiertos con sus escudos y peleando en compañías, porque todos se acordaban de la seña que tenían: los judíos, que venían derramados,

arremetiendo y recogiendo loca y temerariamente, muchas veces los unos se mostraban enemigos a los otros en la fuerza que se hacían, recibiendo como enemigo romano cualquiera de los suyos que entre tan grande oscuridad venir veían. De esta manera, pues, fueron muchos más heridos por sus compañeros mismos que por los enemigos, hasta tanto que, salido el sol, ya se veían los unos a los otros que peleaban, y estando con orden en su escuadrón, tiraban saetas y otros muchos tiros: ninguno declinaba ni se movía de su lugar, y ninguno tampoco con el trabajo se cansaba; pero los romanos, algunos por sí y otros en compañía, peleaban delante de su emperador, mostrando su esfuerzo y valentía; pensaba cada uno que le había de ser este día principio para levantarse si peleaba valerosamente, y para ganar nombre. Esforzábanse los judíos y tomaban audacia por temer cada uno su propio peligro, y por temer también la ruina y destrucción del templo, porque estaba el tirano rogando a unos y sacudiendo a otros, e incitando a algunos con amenazas a que peleasen. Peleóse aquí lo más de muy cerca, pero presto y en muy poco espacio se mudaba el estado de la gente, porque ninguna parte de ambas tenía mucho espacio ni lugar para huir, ni para perseguir tampoco.

Había ruido en la torre Antonia por el buen suceso de las cosas de su gente, confiando que habían de ser vencedores; y por los que les animaban y gritaban que se detuviesen si acaso huían, y peleasen animosamente; y era, cierto, esta torre como un teatro para juzgar la guerra, porque no ignoraban algo de cuanto se hacía, Tito ni los que con él estaban.

Finalmente, la pelea fué comenzada a las nueve de la noche, y a las cinco del día se separaron, no habiéndose partido alguno del lugar a donde había comenzado a pelear, para haber de huir; pero habían dejado la victoria entre medio de ambas partes por ser la guerra por ambas partes tan dudosa y tan igual.

Muchos de los romanos pelearon aquí muy valerosamente. Pelearon así también los judíos de la parte de Simón, Judas, hijo de Mentón, y Simón, hijo de Josías, y dos idumeos, el uno llamado Diego, y el otro Simón; éste era hijo de Cathla, y Diego era hijo de Sofa. De los compañeros aliados con Juan, Gyphteo y Alejas, y de los zelotes Simón, hijo de Jairo.

Toda la otra gente de los romanos, el séptimo día, derribados los fundamentos de la torre Antonia, hizo camino muy ancho hasta el templo: y acercándose las legiones al muro, comenzaron luego a hacer sus montes o caballeros: el uno contra la parte del templo interior, que estaba al Oriente y Septentrión, el otro contra la parte donde los sacerdotes tenían su aposento, a la parte aquilonal, entre las dos puertas: de los otros, el uno estaba contra la puerta de la parte del templo exterior occidental, y la otra contra la parte septentrional; pero proseguían su obra los romanos con gran trabajo y necesidad, porque traían el aparejo para poner esto en orden, de más de cien estadios lejos de allí.

Algunas veces les hacían mucho daño las asechanzas de los judíos, porque no se guardaban ellos, por ver tan claramente la victoria en sus manos; y los judíos, por otra parte, se atrevían mucho más, viéndose desesperados de toda salud: porque cuando algunos de los jinetes salían a traer leña o heno, mientras esto hacían, quitaban los frenos a sus caballos y dejábalos pacer; y saliendo por las minas y cuevas que los judíos tenían hechas, los hurtaban.

Viendo César que tantas veces se hacía esto, pensando, y era así la verdad, que aquellos robos se hacían más por ser los romanos negligentes y de poco cuidado, que por tener los judíos poder ni esfuerzo para ello, castigó rigurosamente este caso; y quitando la vida a uno de los soldados que había podido su caballo, hizo que los otros se remirasen en guardarlos mejor, y de esta manera guardó y conservó todos los caballos de los otros: porque no los dejaban ya más salir a pacer, antes salían con

ellos a sus necesidades como si estuvieran atados a ellos naturalmente. Hacían, pues, sus caballeros, y combatían el templo juntamente.

A1 otra día después de la subida de ellos, muchos de los revolvedores de Jerusalén, no teniendo ya qué hurtar, aquejados por el hambre que padecían, juntándose en un cuerpo, dieron en la guarnición de los romanos que estaba asentada junto al monte Eleón, a las once horas del día. A1 principio confiaban cogérles desprevenidos y sin pensar en ello; y que además de esto, estando ocupados en rehacerse del trabajo, estarían algo descuidados, y que así serían engañados fácilmente. Pero entendiendo los romanos lo que esta gente pretendía hacer, recogiendo la gente propia que estaba de guarda, trabajaban en resistirles por más que trabajaban en romper el cerco con su fuerza; y trabándose aquí una fiera escaramuza, ambas partes hicieron muchas cosas valerosamente: los romanos con su destreza y arte en el pelear, además de la fuerza y fortaleza que mostraron, y los judíos también con ímpetu inmoderado, y con ánimo desenfrenado, movidos ya con desesperación. Los romanos tenían por capitán la vergüenza y empacho grande, y los judíos la necesidad que a ello les forzaba. Porque escapar los judíos, que estaban ya como puestos en un lazo, parecía cosa muy torpe y muy fea a los romanos: y los judíos ponían la esperanza de su salud y vida en romper aquel muro.

Uno de los de a caballo, llamado Pedanio por nombre, habiendo huido de los judíos, y recogídose en un foso, pasado que hubo con su caballo ligero corriendo en el monte que está de frente por un lado, arrebató por el pie uno de los enemigos que huía, mancebo de cuerpo grande y muy bien armado; tanto se bajó corriendo el caballo, y tanta era la fuerza de su brazo y de todo su cuerpo, y tanta destreza mostró en su manera de cabalgar, que trajo en sus manos el cautivo, como si fuera algún rico don, delante de Tito.

Maravillándose mucho Tito por ver las fuerzas del que lo había preso, mandó matar al cautivo por haber osado acometer el muro: él tenía cuidado de dar orden en que combatesen el templo; y daba gran prisa y diligencia en que los montes o caballeros fuesen acabados.

Viéndose los judías tan maltratados en tantas escaramuzas, y tomando mayores fuerzas la guerra, para mayor destrucción del templo, como vemos que sucede en un cuerpo podrido, cortaban los miembros y partes de él como llenas de pestilencia, queriendo con esto guardarse, que no pasase más adelante: porque habiendo puesto fuego a una parte de la galería del templo, la cual se juntaba con la torre Antonia, viniendo por la parte aquilonal al Oriente, cortaron después hasta veinte codos, poniendo con sus propias manos fuego a todos sus santuarios. Dos días después, que fueron a los veinticuatro del dicho mes, los romanos pusieron fuego a todo el portal; y pasando el fuego hasta catorce codos de largo, los judíos derribaron también la techumbre, no dejando, con todo, de hacer algo: cortaban por todas las partes que se pegaba con la torre Antonia, pudiendo y debiendo prohibir que el incendio pasase más adelante. Puesto, pues, el fuego, medían lo que se había de quemar por provecho del ellos propios.

No cesaron jamás las escaramuzas cerca del templo, antes poco a poco nunca faltaba quien a pelear saliese contra ellos.

En estos mismos días, uno de los judíos, varón pequeño de cuerpo, y de gesto feo, hombre de poco, no menos en linaje que en hacienda, llamado por nombre Jonathás, saliendo hasta el monumento del pontífice Juan, habló muchas cosas soberbiamente contra los romanos; y además de esto desafió al principal y más esforzado de todos ellos, que saliese a pelear con él. Los que se pusieron contra él,

muchos se tenían por afrentados; había también algunos, como suelen hallarse, que temían: algunas se movían con razón bien pensada, diciendo que con un hombre que venía desesperado y con deseo de la muerte, ninguno debía pelear; porque los que han desesperado ya de alcanzar vida, no tienen fuerza de hombres de seso, ni tienen reverencia a Dios; y venir en contienda con hombres de cuya victoria no se puede sacar gran honra, y con quienes es el ser vencido muy peligroso y deshonorado, no parecía cosa de hombre fuerte y valeroso, sino de fiero y loco. Y como estuviere mucho tiempo sin que alguno saliese, y el judío, hombre muy soberbio y arrogante, se burlase con muchas escarnios, por ver a los romanos tan medrosos v cobardes, salió un romano de una compañía de gente de a caballo, aborreciendo mucho el atrevimiento y soberbia de éste; levantado por ventura a ello, por ser también de pequeño cuerpo y baja estatura, salió inconsideradamente; y trabando su pelea con él, dió a todas que reír engañado por la fortuna: porque en cayendo, Jonathás lo mató; y poniendo luego los pies sobre el muerto, teniendo su escudo en la mano izquierda, y reluciendo su espada ensangrentada en su mano derecha, y haciendo gran ruido con sus armas, soberbio contra el ejército y contra el muerto que a sus pies tenía, reprendía e injuriaba a los romanos que lo miraban; hasta tanto que, estando bailando 5 -diciendo vanidades, un capitán o centurión llamado Prisco le pasó con una saeta; y por este hecho se levantaron pareceres diversos entre los judíos y romanos. Pero lastimado éste con gran dolor, dando vueltas alrededor, vino a caer encima del cuerpo de su enemigo, y mostró cuán presto sigue la venganza la prosperidad y dicha que en la guerra procede sin razón.

Capítulo VI

De cómo los romanos perecieron en las llamas y fuego engañados por los judíos, y de lo que un hombre llamado Artorio hizo.

Estando los sediciosos v amotinados en posesión del templo, jada día resistían manifiestamente a los soldados ordenados en tus trincheras. A los veintisiete días del dicho mes, pensaron hacer este engaño y maldad.

El espacio y patio de la puerta del Occidente, que estaba vacío v sin algo *entre la* techumbre y vigas, llenáronlo de leña seca, de azufre y pez. Después, como vencidos, íbanse trayendo: por lo cual muchos, con temeridad y sin más miramiento, perseguíamos y aun trabajaban en subir a la puerta, poniendo muchas escalas para ello: los que eran más prudentes y sagaces, viendo v pensando que los judíos no habían tenido causa ni ocasión alguna para huir, estábanse quedos y sin moverse; pero cuando la puerta estuvo llena de aquella gente que había subido, los judíos pusieronla fuego; y levantada la llama súbitamente por todas partes, los romanos, aun aquellos que estaban fuera del peligro, fueron muy espantados, y los que eran presos dentro del fuego, desesperaban: porque cercados de fuego y de llamas, los unos se echaban atrás en la ciudad; otros en medio de los enemigos; muchos, confiando de esta manera salvarse, echábanse en los pozos y luego perecían; otros, trabajando por defenderse, eran tomados del fuego; otros se mataban ellos mismos con sus armas antes de ser

abrasados con el fuego, y estaba ya el fuego tan encendido y tan derramado, que aun a los que huían alcanzaba.

César, aunque se enojaba moría por haber subido al mucho por ver que tanta gente portal sin haberlo él mandado, todavía tuvo gran compasión y misericordia de ellos. Y como ninguno pudiese atajar o prohibir el fuego que va tan encendido estaba, tenían todos los que morían por consolación grande ver el gran dolor que sentía el emperador, por quien corría ellos morían; el cual, gritando y dando muchas voces, delante de todos, y rogó a sus compañeros que todos le ayudasen. Y tomando cada uno su voz y buena voluntad por gloriosa sepultura, morían de buena gana.

Mas todavía algunos, recogidos en la más ancha parte de la puerta, libráronse de las llamas y del incendio; pero cercados después por los judíos, resistieron con trabajo, aunque muy heridos, mucho tiempo; pero a la postre todos perecieron.

Además de muchos otros, hubo un mancebo entre éstos, llamado Longo, que honró toda esta adversidad y destrucción acontecida; y aunque fueron todos los que murieron dignos de nombre y memoria, éste fué el que se mostró más fuerte y más esforzado: al cual persuadían los judíos que bajase a ellos, prometiéndole fe y amistad, porque era varón muy esforzado y porque deseaban mucho quitarle la vida. Su hermano Cornelio, que estaba de la otra parte, rogábale mucho que no deshonrase la gloria que había ganado, y que no afrentase la milicia de los romanos, a quien él satisfizo y obedeció más firmemente; y levantando en alto su espada, por que fuese visto de entrambas partes, él mismo se mató.

De los que estaban cercados por el fuego, uno llamado por nombre Artorio, guardó y conservó su vida con astucia y sagacidad. Porque llamando a un compañero suyo nombrado Lucio, díjole: Yo te hago heredero de todo mi patrimonio si me recibes; como éste saliese a recibirlo muy prontamente, el que se echó en sus manos, vivió; y Lucio oprimido con el peso, y resbalando a tierra porque estaba empedrado todo aquello, luego murió.

Esta adversidad entristeció algo a los romanos, pero hízolos más prudentes para otra vez, y ayudóles mucho contra los engaños y asechanzas de los judíos, con las cuales eran muchas veces engañados, por no saber el lugar ni la costumbre de ellos.

Quemada ya toda la galería y todo el patio también hasta la torre de Juan (la cual había él edificado en el tiempo que tenía guerra con Simón, encima de los maderos tan labrados que iban a dar en la lonja o plaza del templo) todo lo que más quedaba, los judíos lo cortaron, después de quemados y consumidos todos los que habían subido.

Luego el siguiente día los romanos pusieron también fuego a la puerta que estaba por la parte Boreal, y quemaron hasta la parte de Oriente; y esto contenía la torre llamada Cedrona, edificada encima del valle de adonde también se hacía muy alta y muy horrible su altura.

Capítulo VII

Del hambre de los judíos.

Las cosas del templo de esta manera pasaban, y en este estado estaban. Moría infinita muchedumbre de los que por toda la ciudad se corrompían de hambre. De esto sucedían muertes infinitas, y muy innumerables: porque en cada casa adonde se descubría haber algo que comer, se movía gran guerra; y los que eran muy amigos peleaban y venían a las manos, por solo quitar los unos a los otros el mantenimiento: pues aun no querían dar crédito del hambre y necesidad que ¡asaban a los mismos hombres que morían; antes a los que éfan que se les salía el alma, iban escudriñando los ladrones, por que no muriese alguno por ventura escondiendo lo que tenía para comer en su seno.

Y la esperanza que de hallar algo tenían, con la hambre grande que como perros muy hambrientos padecían, los engañaba y hacían fuerza a las puertas, como si estuvieran borrachos, y entraban una y otra vez a buscar y escudriñar una misma cosa, como ya desesperados, y la necesidad grande que padecían les hacía a sus bocas buena toda cosa; y recogiendo todo lo que sucios animales no quisieran comer, ellos mismos lo comían.

No dejaron finalmente de ejecutar su hambre en las correas y zapatos, y quitaban a los escudos sus cueros y se los comían. Tenían también por mantenimiento, el añejo y podrido heno, y aun había algunos que vendían la libra de ello, por cuatro aticos, que era cierta moneda que tenían. ¿Qué necesidad hav ahora de declarar ni contar la hambre que padecían, diciendo que comían las cosas sin ánima y sin sentido?

Un hecho he de contar no oído jamás entre griegos ni bárbaros, increíble a los que lo oyeren; espantable y horrible al que lo cuenta. Cierto que dejaría de grado tal adversidad, por que no pensasen los que después de mí serán, que cuento mentiras y cosas que no pasaron, si no tuviese muchos testigos de ello; y haría por ventura poco servicio a mi propia patria, si quería callar o cubrir en algo, todo lo que por sus hados y desdichas tristemente padeció.

Capítulo VIII

De una mujer que había cocido un hijo suyo por causa de la gran hambre.

Una mujer de las que vivían de la otra parte del río Jordán, llamada María por nombre, hija de Eleazar, natural del lugar o barrio llamado Vetezobra, que quiere decir la casa de Isopo, noble en linaje y rica; huyendo con toda la gente, recogióse dentro de Jerusalén, y allí estaba cercada no menos que todos los otros.

Todos los bienes que ésta había traído de su tierra habíanselos ya robado los tiranos de Jerusalén; lo que le quedaba escondido y todo el mantenimiento que hallaban, se lo llevaban los amotinados que en su casa cada día entraban. Enojábase con esto la mujer gravemente, porque maldiciendo cada (lía a los ladrones que en casa entraban, ellos se movían contra ella más ásperamente: viendo también que ninguno, por enojado que estuviere ni por misericordia que hubiese, la quería acabar de matar; antes

buscando de comer para ella, lo buscaba para otros. Erale quitada también la libertad y poder de tomar algo, y moríase ya de hambre no menos que los otros; y la ira que tenía la encendía mucho más cierto que no hacía la hambre. Con la fuerza, pues, que su ánimo sufría, y con la necesidad movida, levantóse a hacer cosa contra toda humanidad y naturaleza; porque arrebatando un hijo que a sus pechos tenía, dijo: ¡oh desdichado y miserable de ti! ¿para quién te guardaré yo entre tanta guerra revuelta, sedición y entre tan gran hambre? Ya que vivas, has de ser puesto en servidumbre debajo de los romanos, y los tuyos son aún más crueles que éstos. Sírveme, pues, a mí con tus carnes de mantenimiento, a los malos revolvedores de furia; y sirve de cuento en la vida humana de los hombres, lo cual sólo falta en tan grandes destrucciones y adversidades de los judíos.

Diciendo esto mató a su hijo y coció la mitad, y ella misma se lo comió, guardando la otra mitad muy bien cubierta. Los amotinados entran en su casa, y habiendo olido aquel olor tan malo y tan dañado de la carne, amenazábanla que luego la matarían si no les mostraba lo que había aparejado por comer. Respondiendo ella que había aún guardado la mayor parte de ello, entrególes lo que le sobraba del hijo que había muerto. Ellos viendo tal cosa, les tomó un tan temeroso horror y perturbación, que perdieron el ánimo con ver cosa tan perversa y tan nefanda. Dijo, empero, la mujer: Este, pues, es mi hijo y ésta es mi hazaña: comed vosotros, porque yo ya he comido mi parte. No quiero que seáis más tiernos que una mujer, o más misericordiosos para el niño que ha sido su propia madre. Si vosotros tenéis piedad y honráis la religión y desecháis mis sacrificios, yo ya he comido; quede también para mí lo que sobra.

Amedrentados ellos sólo por haber visto cosa tan fiera, saliéronse temblando, aunque apenas pudieron dejar que la madre sola se hartase de esta vianda.

Fué luego la ciudad llena de esta maldad, y divulgóse entre todos; y poniéndose cada uno delante de aquella matanza, estaba amedrentado no menos que si él mismo hubiera acometido aquella maldad tan grande.

Todos los que estaban hambrientos corrían buscando quien los matase, y eran llamados bienaventurados los que antes de padecer tal morían.

Presto supieron también los romanos esta desdicha y adversidad, de los cuales unos no lo creían, otros se condolían y compadecían grandemente, y muchos tomaron de aquí nuevo aborrecimiento a los judíos.

Tito en esto estaba haciendo sus ruegos a Dios, si quería dar paz a los judíos, haciéndoles olvidar libremente todo el daño que habían cometido: pero los judíos en lugar de paz deseaban guerra; y por concordia, sedición y revuelta; por hartura y abastecimiento, hambre; y habiendo ellos con sus propias manos comenzado a quemar el templo, el cual él les había guardado, entendió claramente que eran muy dignos de estos mantenimientos: pero la maldad de esta comida tan ilícita y tan nefanda habíase de cubrir con la ruina y destrucción de la propia patria, ni había de sufrir que el sol saliese ni diese luz a la ciudad, en la cual las madres comían sus propios hijos. Los padres debían primero servirse de tales viandas antes que las madres, los cuales no dejaban las armas después de tales muertes. Diciendo estas cosas, pensó que ya todos los enemigos estaban desesperados, y que no habían de cobrar ya seso, pues habían padecido todo lo que antes que lo padeciesen pensaban haber de hacerles mudar sus ánimos y propósitos.

Capítulo IX

Cómo fué combatido el muro, y del incendio del templo.

Como a los ocho días de agosto hubiesen acabado las dos legiones de hacer sus montes o caballeros, mandó Tito que llegasen todos sus ingenios ala parte del templo exterior, por la parte occidental, porque seis días antes combatiendo la pared sin cesar con el ariete o ingenio más fuerte, no pudieron hacer algo, ni habían con todo aprovechado.

Pero la grandeza y edificio de las piedras vencía la fuerza de éste y de todos los otros arietes: unos minaban los fundamentos de la puerta que estaba al Septentrión, y habiendo trabajado en ello mucho, solamente pudieron quitar las piedras que por defuera estaban, y las puertas cargaban y se sostenían sobre las que estaban por de dentro y duraron mucho tiempo en quererlas derribar, hasta que, pensando o no confiando que podrían derribarlas jamás con todos sus ingenios y fuerzas, determinaron llegar con escalas; pero los judíos, que para defender e impedir esto estaban apercebidos, salían a pelear con los romanos y así derribaban a los unos atrás, mataban otros que corrían a socorrer a los que caían, y muchos que subían por las escalas que habían puesto antes de concederles tiempo para cubrirse y ampararse con sus escudos eran muertos; y algunas escalas llenas de gente armada, volviéndolas a un lado, las derribaron. De lo cual no pequeño daño y matanza sucedía entre la gente romana. Otros había también que peleaban por cobrar su banderas, las cuales los judíos les quitaban, teniéndose por muy afrentados que tales cosas les quitasen. A la postre los judíos se las ganaron todas y mataron además de esto toda la gente que había subido; los demás, espantados por ver la matanza grande que hacían, bajábanse muy amedrentados; pero ninguno de los romanos murió en esta pelea que no hiciese primero alguna cosa señalada y digna de nombre.

Los revolvedores y amotinados de la ciudad, que antes en las primeras escaramuzas habían peleado bien, mostraron aquí también su esfuerzo, y principalmente Eleazar, el hermano del tirano Simón. Como, pues, Tito viese que trabajando en guardar y no echar a perder un templo que era ajeno y de otra gente, perdía sus soldados y se había de guardar con pérdida de tantos romanos, mandó que pusiesen en la misma hora fuego a las puertas.

Viniéronle delante, estando en esto, huidos Anano el de Amaunta, cruelísimo hombre de los de la guarda de Simón, y Arquelao, hijo de Magadato, confiando que por verse los romanos vencedores habían de alcanzar perdón de Tito. Oyendo Tito la crueldad que éstos habían usado contra los judíos mismos, determinó matarlos a entrambos, porque decía haber venido a él no cierto por voluntad ni de grado, mas por verse ya a ello forzados, y que no eran dignos de la vida hombres que desamparaban a su propia patria, abrasada por causa de ellos. Y aunque la fe y promesa que les había hecho refrenó su ira y los dejó ir, no quiso que los dejasen donde los otros estaban, por no tenerlos en la misma reputación. Habían, pues, los soldados puesto ya fuego a las puertas, y derretida la plata, presto las puertas fueron quemadas; y pegándose más el fuego, dió luego a los otros portales del templo.

Viéndose los judíos cercados de fuego, perdieron no menos las fuerzas que los ánimos que tenían, y atónitos y muy espantados, ninguno hube que osase ni trabajase en impedir ni matar el fuego; estábanse

pasmados mirándolo y con todo no se dolían de lo que se destruía, con tal que pudiesen salvar lo que de más tenían y les quedaba, por lo cual cobraban ánimo.

Creció el fuego todo aquel día y toda la noche siguiente, porque no pudieron poner fuego juntamente ni poco a poco a todos los portales; esotro día luego mandando a parte de su gente que matase el fuego e incendio hecho y allanase el camino hacia las puertas, por que más fácilmente pudiese llegar su ejército, mandó llamar a sus capitanes, y escogiendo seis de los más principales caballeros, Tiberio Alejandro, capitán de todo el ejército, Sexto Cerealo, capitán de la quinta legión, Largio Lépedo, de la décima y Tito Frigio de la décimaquinta, con los cuales estaba también Eternio Fronto, maestro de dos legiones de Alejandría, y Marco Antonio Juliano, procurador de Judea; y juntando también todos sus capitanes, aquellos que tenían a su mandato mil hombres cada uno, y todos los procuradores, propúsoles que determinasen el mejor consejo sobre lo que convenía hacer del templo: parecía a unos que se debía guardar la ley de la guerra en todo, porque los judíos no cesarían entretanto que el templo estuviese entero, adonde todos los que podían de todas partes se recogían; algunos otros decían: que si los judíos dejaban el templo y no querían defenderlo con las armas, ellos debían conservarlo, y que si lo ganaban peleando, debía ser quemado; porque ya cierto no parecía templo sino un castillo, y que quien lo quemase no cometería mal alguno ni cosa contra Dios, pues tendrían la culpa de ello aquellos por cuya causa era quemado.

Diciendo Tito que aunque los judíos trabajasen en pelear, no por eso se debían ellos vengar de las paredes y piedras sin alma, y que no había él de quemar obra tan excelente y tan magnífica, porque el daño sería ya de los romanos, así como sería, quedando entero, ornamento muy señalado de todo el imperio romano; estando ciertos, y entendiendo los que estaban juntos lo que pretendía, fueron de su parecer Fronto, Alejandro y Cerealo.

Despidió su consejo entonces, y mandando a los soldados que ninguno moviese algo contra el templo, antes que todos se sosagasen y los capitanes también, por que estuviesen todos aparejados para cuando fuese necesario, escogió de todo el ejército los que allanasen el camino, y mandóles que matasen todo el fuego; el trabajo y el temor que los judíos tuvieron, les detuvo para que no hiciesen aquel día algo; pero al siguiente, recogiendo luego y juntando sus fuerzas, y tomando nuevo ánimo y esperanza, salieron contra los que estaban en guarda del templo o de la parte de fuera, a las dos horas después de mediodía: la primer fuerza valerosamente ellos la sostuvieron, y cubiertos con sus escudos, hacíanse muro delante de los enemigos, en tan espeso escuadrón se pusieron. Todavía tenían por muy cierto que los romanos no podrían resistir mucho tiempo, porque eran vencidos por el número de gente y por la audacia y animosidad; pero Tito, antes que su gente volviese las espaldas a los enemigos (estaba en la torre Antonia mirando lo que se hacía), vino con la gente de a caballo más escogida a socorrerles; no pudieron resistir ni sostener tanta fuerza los judíos, antes muertos los que primero estaban, los demás huyeron, y retrayendo su fuerza los romanos volvían a atacarles, y como los romanos otra vez viniesen contra ellos luego huían, hasta que cerca de las cinco horas, forzados los judíos, se recogieron al templo y fueron allí encerrados.

Tito se volvió a Antonia, determinado a combatir el templo luego por la mañana con todo su ejército y poder; pero por juicio de Dios ya antes era condenado a fuego mucho tiempo había, y había ya pasado y corrido muchos tiempos, y estaba ya presente el día determinado a ello, que era el décimo día de agosto: en el día mismo fué también antes quemado por el rey de Babilonia, pero todavía fueron causa y principio de este incendio los domésticos y naturales; porque habiéndose reposado algún poco los sediciosos y revolvedores, por haber partido Tito, acometieron otra vez de nuevo a los romanos, y trabóse gran pelea entre los que trabajaban por defuera en matar el fuego y los que estaban por guarda del templo, y habiendo los romanos hecho huir a los judíos, llegaron hasta el templo.

Capítulo X

Cómo fué encendido y quemado el templo contra la voluntad de Tito.

Aquí, pues, entonces un soldado, sin aguardar que alguno se lo mandase, y sin vergüenza de tal hecho, antes movido parece de furor e ímpetu divinamente, fué animado por uno de sus camaradas, y tomando parte del fuego, que aun había, echólo a una ventana de oro por donde había entrada y pasó a las otras partes del templo, hacia la parte del Septentrión. Levantándose la llama, levantóse aquí un llanto y clamores dignos ciertamente de tal destrucción y ruina, y venían con prisa a socorrerle; determinando ya a exponer sus propias vidas y no poner fin a sus fuerzas viendo que habían perdido aquello que ellos para defenderse en tanto tenían.

Fué llevada presto esta nueva a Tito por cierto hombre: él, que acaso estaba reposando en su cámara, por haber venido cansado de la pelea, luego en la hora saltó a caballo, y vino corriendo al templo para impedir el incendio; seguíanlo todos los capitanes y todo el ejército muy amedrentado: el ruido que tan gran ejército, viniendo sin orden y con gran grito, movía, era muy grande, y Tito, dando voces, y haciendo señal con su mano a los que peleaban, mandaba matar el fuego; pero ni oían su voz, porque las voces que todos daban les cerraban los oídos, ni miraban las señales que él les hacía con sus manos, estando los unos distraídos en el pelear, y otros por la ira grande que tenían.

Las amenazas y los mandamientos de Tito no eran bastantes para detener el ímpetu de los que adentro corrían, antes iban adonde el furor airado que tenían los llevaba; y muchos quedaban muertos y pisados en el estrecho por donde entraban, queriendo entrar todos juntamente, y muchos cayendo en lo quemada de los portales, que aun ardían y abrasaban, padecían como los mismos enemigos.

Cuando hubieron llegado al templo, fingiendo que no oían lo que Tito les mandaba, cada uno persuadía al que le iba delante que pusiese fuego al templo: no les quedaba ya esperanza alguna a los amotinados y revolvedores de poder socorrer ni prohibir lo que se hacía, porque era la matanza general por todas partes, y huía cada uno según mejor podía: la gente que no podía defenderse ni hacer algo doquiera que era presa y hallada, allí era muerta.

Amontonábase gran muchedumbre de muertos alrededor de donde estaba el altar, por las gradas del templo corría la sangre, y los cuerpos que por allí caían nadaban con la mucha sangre, y corrían abajo.

Cuando Tito vió que no podía detener el ímpetu furioso de sus soldados, y que el fuego lo señoreaba todo, entró con sus regidores dentro, y miró todo el templo, y lo que se llamaba el lugar santo, lo cual ciertamente excedía la fama que tenía, y aun era más excelente, y no menos que lo que la gloria y loores que los judíos por ellos se daban, merecía; pero como no hubiese llegado aún por parte alguna la llama ni el fuego a lo interior del templo, ni hubiese tocado aún en algo de cuanto estaba alrededor, pensando, como era' la verdad, que podría aún conservarse, saltó en medio de ellos y comenzó a rogar a

su gente que matasen todo el fuego, y envió un capitán de cien hombres de los de su guarda, para que castigase a todos los que no cesasen ni quisiesen obedecerle y refrenarse: pero el furor embravecido de la gente, la fuerza e ímpetu grande que traían y el odio que contra los judíos tenían, era causa que menospreciasen el mandamiento de su emperador con menos reverencia y acatamiento de lo que convenía, y que no temiesen al que había venido por defender y detener el fuego: algunos, o los más, se movían a esto por pensar que dentro estaría todo lleno de dinero, viendo que las puertas estaban hechas de oro.

Un soldado de los que habían entrado, antes que Tito corriese a impedir y prohibirles que pusiesen fuego, lo había ya puesto a una puerta, y entonces presto, viendo ya que la llama por dentro relumbraba, partieron Tito y sus capitanes con él, y ninguno hizo más fuerza a los que por fuera ponían el fugo.

De esta manera, pues, fué quemado el templo contra la voluntad de Tito; pero aunque haya alguno que piense haber sido esta destrucción muy digna de lágrimas y de ser muy llorada, porque la obra era la mejor, más excelente y más maravillosa de cuantas hemos visto u oído, tanto en su edificio, cuanto en su grandeza y magnificencia en cada cosa, y en la gloria y honra que a las cosas santas aquí se daba y hacía, todavía sé que se consolará mucho por saber que así estaba por Dios determinado, de lo cual ni hay hombre, ni animal, ni edificio ni cosa alguna que pueda evitar ni guardarse.

Maravillaránse también por ver y saber la orden y verdad de los tiempos, por qué fué quemado ahora el mismo día y el mismo mes que los babilonios antiguamente lo quemaron. De la primera edificación, comenzada por el rey Salomón, hasta esta final destrucción, la cual aconteció el segundo año del imperio de Vespasiano, se cuenta haber pasado mil ciento treinta años, siete meses y quince días, y de la postrera edificación y renovación que hizo Ageo el segundo año del reino de Siro, hasta la destrucción acontecida, imperando Vespasiano, pasaron seiscientos treinta y nueve años, un mes y quince días.

Capítulo XI

De los sacerdotes y destrucción del Gazofilacio o tesoro del templo.

Ardiendo el templo, cuanto a las manos les venía a los soldados y podían haber, todo lo robaban, y la gente que mataban era infinita de cuantos hallaban. No hubo misericordia de edad, por vieja que fuese, ni hubo reverencia alguna a la castidad, antes niños y viejos, sacerdotes y gente profana todos eran muertos y puestos a cuchillo, igualmente eran todos perseguidos de una misma manera, así los que les suplicaban, como los que les resistían: y el ruido del fuego con los gemidos y llantos de los que morían hacía siempre mayor; pues por ser aquel collado muy alto, y la obra que se quemaba ser muy grande, parecía ciertamente que toda la ciudad ardía y estaba llena de fuego, y no hay clamor ni voces tan horribles y espantosas como aquí se oían; porque las legiones de los romanos levantaban ruido grande, y las voces de los sediciosos que estaban cercados de fuego y de armas, subían al cielo. Huía el

pueblo que de fuera hallaba a los enemigos con miedo grande, y las quejas que daban por tal destrucción pasaban al cielo.

Los que estaban en el collado hacían retumbar el ruido por toda la ciudad: muchos que estaban marchitos y medio muertos, por fa grande hambre que padecían, cerrados ya sus ojos por estar muy cerca de la muerte, viendo el fuego del templo y las quejas que por todas partes daban, cobraron fuerzas, recobraban el habla y comenzaron a dar grandes voces.

Resonaba con el ruido toda la región que estaba de la otra parte del río, y los montes que alrededor había hacían retumbar más los alaridos y los hacían más graves y todavía eran, cierto, las muertes que dentro se hacían mayores que no eran las voces y el ruido: porque quien lo viera pensara que el collado, en el cual estaba edificado el templo, se abrasaba de raíz: tan lleno estaba por todas partes de fuego.

Pues la sangre que manaba se mostraba aún mucho más que no el fuego, y fueron muchos más los muertos que los matadores; estaba toda la tierra cubierta de muertos y los soldados perseguían a los que huían corriendo por encima de los cuerpos muertos. Eran en fin, los ladrones en tanto número, que hicieron recoger a los romanos en la parte de fuera del templo, y ellos acometieron para entrar en la ciudad, porque todo el pueblo que había quedado había huido a la puerta que estaba en la parte exterior.

Había también algunos sacerdotes, que al principio con unas puntas de hierro y después con sus propias sillas, adonde se asentaban, las cuales siendo de plomo las atrancaban y tirábanlas a los romanos, pero viendo a la postre que nada aprovechaba y que el fuego ya llegaba a ellos, apartábanse a una pared ancha de ocho codos, por que el fuego no pudiese tomarlos y estábanse allí.

Dos de los nobles, como pudiesen librarse, y guardarse de todo peligro huyendo a los romanos o permanecer en el mismo estado y fortuna de los otros, ellos mismos se echaron en el fuego y fueron quemados juntamente con el templo: el uno era Meyro, hijo de Belga; el otro Josefo, hijo de Daleo.

Los romanos viendo que vanamente y por demás les era querer conservar los edificios que alrededor del templo estaban, ardiendo el templo, pusieron fuego a todo juntamente y a cuanto quedaba aún de los portales y puertas, excepto una que había por la parte de Oriente, y otra por la parte de Mediodía, las cuales después del todo derribaron y destruyeron. Dieron fuego también a las arcas donde estaba el tesoro, llamadas con propio nombre Gazofilacio, las cuales estaban llenas de dinero, de ropas y de muchos otros bienes; y concluyendo con esto brevemente, estaban dentro de ellas todos los bienes y riquezas de los judíos: porque todos los ricos habían vaciado sus casas en ellas y habían recogido allí sus tesoros.

Vinieron también contra un solo portal que quedaba entero fuera del templo, adonde se habían recogido todas las mujeres y los muchachos y otra muchedumbre a la revuelta, hasta seis mil personas. Pero antes que Tito determinase algo sobre las cosas que convenían hacerse de esa gente y antes de mandar algo a sus capitanes, los soldados que ardían con la ira grande que tenían, pusiéronle fuego. De aquí sucedió que los unos murieron queriendo echarse de allí abajo y otros fueron con el fuego quemado, .de manera que de número tan grande ninguno se libró con la vida.

Causa de la muerte de éstos había sido un falso profeta, el cual había predicado el mismo día en la ciudad, que Dios los mandaba subir al templo por darles señal y respuesta de su salud y salvación, porque muchos profetas sobornados entonces por los tiranos, denunciaban al pueblo que esperasen el socorro de Dios y no tuviesen cuidado de guardarse y menos de huir de ellos, y los que no temían, ni se guardaban, se detuviesen también mucho mejor con la esperanza que les daban estos falsos profetas.

Porque cuando un hombre está en adversidad fácilmente se le persuade de toda cosa, y si el que quiere engañar promete haber de ser librado del mal que al presente padece, necesariamente el que lo padece es forzado a tener esperanza.

Capítulo XII

De las señales principales que precedieron y se mostraron antes de la ruina y destrucción de Jerusalén.

El miserable pueblo, así pues, creía a los engañadores de Dios y del mundo: mostráronse señales muchas y prodigios, los cuales manifiestamente declaraban la destrucción presente, pero ni las advertían ni aun las querían creer, antes como atónitos y sin sentido, como hombres ciegos y sin almas, disimulaban y cubrían todo cuanto Dios les mandaba y descubría: una vez cuando pareció la estrella como una espada ardiente encima de la ciudad, y duró la cometa todo el espacio de un año entero; también cuando antes de la guerra y rebelión primera, el día de la pascua, juntándose el pueblo, según tenían de costumbre, a ocho días del mes de abril, a las nueve de la noche, se mostró tanta lumbre alrededor del altar y alrededor del templo parecía ciertamente ser un día muy claro, y duró esto media hora larga, y aunque los ignorantes y la gente que no lo entendía lo tuviesen por muy buena señal, todavía los que lo entendían tuvieron por cierto y juzgaron lo que había de ser.

Este mismo día y en la misma fiesta, un buey que traían para sacrificar, parió un cordero en medio del templo. La puerta oriental del templo interior, siendo de cobre muy grande y muy pesada, la cual apenas podían cerrar cada noche veinte hombres, y tenía los cerrojos todos de hierro y las aldabas muy altas, las cuales daban en lo hondo de una piedra muy grande, que estaba en el umbral de la puerta, se mostró abierta una noche a las seis horas, sin que alguno llegase a ella. Cuando las guardas que estaban en el templo llegaron a hacer saber esto a los sacerdotes, a quienes el negocio pertenecía, vinieron todos y apenas la pudieron cerrar: pero esta señal parecía también buena a la gente idiota y popular. Decían que había Dios abierto la puerta de los bienes. La gente más prudente y los sacerdotes del templo pensaban que sus fuerzas de grado se rompían y deshacían, y que abrirse las puertas era don y merced grande que los enemigos les hacían, y de esto significaban haber de suceder gran destrucción y soledad. .

Pocos días después de los días de las fiestas, a los veintiuno del mes de mayo se mostró otra señal increíble a todos muy claramente. Podría ser que lo que quiero decir fuese tenido por fábula, si no viviesen aún algunos que lo vieron, y si no sucedieran los fines y muertes tan grandes como eran las señales: porque antes del sol puesto se mostraron en las regiones del aire muchos carros que corrían por todas partes y escuadrones armados, pasando por las nubes derramadas por toda la ciudad, pues al día de la fiesta que llaman de Pentecostés, habiendo los sacerdotes entrado de noche en la parte del templo más cerrada, para hacer, según tenían de costumbre, sus sacrificios, al principio sintieron cierto movimiento y cierto ruido; y estando atentos a lo que sería, oyeron una súbita voz que decía: Vámonos de aquí.

Y lo que fue más horrendo y aun más espantoso que todo lo dicho, hubo un hombre rústico y plebeyo llamado Jesús, hijo de Anano, que, cuatro años antes de comenzarse la guerra, estando la ciudad en gran paz y en gran abundancia, habiendo venido a la fiesta que entonces se celebraba, en la cual tienen por costumbre ataviar y adornar las cosas sagradas del templo por honra de Dios, comenzó a dar voces grandes repentinamente. Voz por Oriente, voz por Occidente, voz por las cuatro partes de los vientos, voz contra Jerusalén y contra el templo, voz contra los recién casados y recién casadas, voz contra todo este pueblo. Y dando tales voces rodeaba todas las plazas y calles de la ciudad.

Algunos de los varones de más nombre y más señalados, pesándoles mucho por saber la suerte adversa y desdicha que aparejada les estaba, prendieron al hombre y diéronle muchos azotes por que callase. No dejó él por esto de dar gritos de la misma suerte, sin tener cuenta, ni consigo, ni con aquellos que lo maltrataban, ni habló algo secreto; antes perseveraba dando las mismas voces y diciendo lo mismo.

Pensando los regidores de que era este movimiento y la ciudad lo que verdad así era, voz divinamente enviada, lo trajeron al presidente romano, a donde fue desollado hasta los huesos con azotes que le dieron; pero con eso no rogó jamás que lo dejaran, ni le salió lágrima alguna, sino que como mejor podía a cada azote o golpe que le daban, bajaba algo su voz muy lamentablemente y decía: ¡Ay, ay de ti, Jerusalén!

Como Albino, que era entonces juez, le preguntase quién era, o de dónde o por qué razón daba tales voces, no le respondió. Pues no cesó de gritar, ni llorar la desdicha de la ciudad miserable, hasta tanto que juzgando Albino que estaba loco, le dejó libre: hasta el tiempo de la guerra no se veía con ciudadano alguno, ni hubo tampoco quien lo viese hablar; antes se estaba cada día como elevado orando, y como casi quejándose, decía: ¡Ay, ay de ti, Jerusalén! No maldijo a alguno como fuese cada día maltratado, ni decía bien tampoco a los que le traían de comer. Solamente tenía estas palabras en la boca, las cuales eran tristes nuevas y señales para todos. Daba voces principalmente los días de fiesta y perseverando en esto siete años y cinco meses a la continua, nunca enronqueció ni jamás se cansó: hasta tanto que llegado ya el tiempo, cuando fue la ciudad cercada, entendiendo todos claramente lo que significaba, él se reposó. Y rodeando otra vez la ciudad por encima del muro, gritaba con la voz alta: ¡Ay, ay de ti ciudad, templo y pueblo! Como llegando ya el fin de sus días dijese: ay de mí también; una piedra echada con uno de aquellos tiros, luego lo mató, y le hizo salir el alma que aun lloraba todo el daño y destrucción que tenía presente.

El que pensare, pues esto, hallará ciertamente, que Dios aconseja bien a los hombres y les muestra en todas las maneras cómodas y posibles, lo que les es saludable y conveniente, y ellos mueren y perecen con males que ellos mismos por su locura y falta de entendimiento se acarrear. Pues los judíos, después que les fue tomada la torre Antonia, habían hecho cuadrado el templo, teniendo en sus libros sagrados escrito que la ciudad y templo había de ser tomado y destruido si el templo se hacía cuadrado.

Pero lo que a ellos principalmente les movió a ser pertinaces y guerrear, era una respuesta dudosa, hallada también en los libros y escrituras sagradas, la cual decía: que había de ser en aquel tiempo, cuando un hombre nacido entre ellos había de tener el imperio del Orbe universo. Tomaron esto como propio, y muchos sabios se engañaron en declarar lo que esto significaba. Y esta profecía declaraba el imperio de Vespasiano, el cual fué elegido emperador estando en Judea. Pero no pueden los hombres excusar lo que ha de ser, aunque antes lo vean y lo entiendan. Estos interpretaron parte de estas señales, según su codicia y lujuria: parte también menospreciaron, hasta tanto que con la muerte y destrucción, así de ellos, como de su patria, fué descubierta y castigada la maldad de esta gente.

Capítulo XIII

Del imperio de Tito y de cómo los sacerdotes fueron muertos.

Viendo los romanos que todos los sediciosos habían huido a la ciudad, pues el templo y todo lo que alrededor había estaba hecho brasa, pusieron sus banderas en el templo delante de la puerta del Oriente, y habiendo celebrado allí grandes sacrificios, declaraban por emperador con grandes voces a rito; pero hurtaron tanto los soldados, que no valía en Siria un peso de oro sino la mitad de lo que antes solía valer.

Entre los sacerdotes que habían permanecido y salvádose en la pared del templo que arriba dijimos, había un muchacho que, muriéndose de sed, pedía a los romanos que lo recibiesen con paz, y confesaba la gran sed que tenía, y dándole la mano los romanos, movidos a compasión, no menos de su edad que de su necesidad, habiendo ya bebido y llenado el cántaro que consigo trajo, retiróse huyendo a los suyos, y no hubo guarda alguna de las que allí había que lo pudiese alcanzar, pero maldecían y vituperaban su poca fe y su gran infidelidad. Respondíales él que no había hecho algo contra lo que les había prometido, porque la promesa que él les había hecho no era que hubiese de quedar con ellos, sino para que solamente descendiese y tomase agua, y habiéndolo él hecho así, no tenían por qué decirle quebrantador de la fe, pues antes había guardado todo lo prometido. Los que habían sido engañados maravillábanse de ver un muchacho de tan poca edad tan astuto.

Cinco días después descendieron los sacerdotes muertos ya de hambre, y los que estaban de guarda lleváronlos a Tito, los cuales solamente le pedían les guardase la vida y dejase salvos. Respondiendo éste que ya el tiempo para alcanzar el perdón se les había pasado y había perecido ya todo aquello por lo cual él les había de perdonar y dejarlos méritamente con la vida, y que convenía que los sacerdotes pudiesen con el templo, pues éste era ya consumido, mandólos llevar a que fuesen todos degollados.

Los tiranos con sus compañeros, por verse cercados por todas partes, sin manera ni esperanza de poder huir ni librarse, movieron a Tito que les hablase. Deseando éste, por su benignidad natural, conservar lo que de la ciudad quedaba y persuadiéndole Tomismo sus amigos, porque pensaban que los ladrones se habían ya algo moderado, paróse en la parte occidental del templo. Había aquí, encima del portal, unas puertas y un puente que juntaba la ciudad por la parte alta con el templo, y ésta estaba entonces en medio de Tito y de los tiranos. Había también muchos soldados de entrambas partes; los judíos miraban a Juan y Simón confiando alcanzar perdón, y los romanos a su emperador, por ver y conocer con cuánto amor los recibiría.

Habiendo mandado pregonar que refrenasen sus soldados la ira y las armas, puso Tito uno por lengua que les hablase: esto era lo que manifestaba ser él señor, y él mismo les dijo y comenzó a hablar primero de esta manera:

"¿Estáis ya, pues, hartos del daño y males, oh varones, que han acontecido a vuestra patria, habiéndoos olvidado de la mucha virtud de los romanos y de vuestra poca fuerza? Pero con ímpetu mal

considerado y furioso echáis a perder la ciudad, el templo y todo el pueblo, y a la postre pereceréis vosotros también muy justamente; pues que primero, después que Pompeyo os venció valerosamente, nunca habéis dejado de buscar novedades e innovar vuestro estado; después levantasteis también y movisteis guerras contra el pueblo romano, por ventura confiados en que erais gran número de gente. Pues un escuadrón pequeño de romanos os resistió, ¿acaso esperabais que os habían otros de ayudar? ¿Qué gente no hay sujeta a nuestro imperio que desease ayudar más y servir a los judíos que a los romanos? ¿Confiasteis, pues, en vuestra fuerza y valentía? ¿NO sabéis que los germanos nos sirven y reconocen por señores? Os confiasteis en la fortaleza o firmeza de vuestros muros, pues qué mayor muro que todo el mar océano, y qué mayor obstáculo o impedimento, con el cual estaban fortalecidos los britanos y muy rodeados, y nos sirven ahora y adoran las armas de los romanos? ¿Pensasteis que habíais de vencer por ser de ánimo más constante y firme, y tener capitanes más prudentes y más experimentados? ¿Sabéis todos haber sido presos por fuerzas nuestras los cartagineses? Os movió, pues, por cierto solamente contra nosotros la benignidad que en los romanos habéis experimentado; porque primeramente os dejamos libremente habitar en estas tierras; porque os dimos reyes de vuestra propia y natural gente; porque os hemos guardado y conservado las leyes de la patria; porque hemos permitido que vivieseis, no sólo apartados de la comunidad de las otras gentes, pero aun viviendo vosotros con otros os hemos dejado vivir a vuestra voluntad, y os concedimos, lo que es de tener en más, tomar tributo en nombre de Dios y recoger dones en vuestro templo, sin detener y prohibir a los que los ofrecían, y todo esto para que fueseis más ricos enemigos nuestros, y con el dinero nuestro pudieseis armaros contra nosotros.

"Habiéndoos, pues, hecho tantos beneficios, quisisteis mostrar cuán abundantes y hartos estabais de todo contra aquellos que os los habían concedido; y como suelen las fieras serpientes, echasteis la ponzoña de vuestros ánimos contra aquellos que os halagaban y tanto bien hacían, pues así menospreciasteis la negligencia de Nerón; y como si se os hubiese quebrado un miembro de vuestro cuerpo o se os hubiese encogido, no pudiendo bien reposar, descubristeis y fuisteis hallados en mayor vicio, y os alargasteis a tener esperanzas más altas y peores de lo que os convenían, y a codiciar cosas muy grandes y demasiadas.

"Vino mi padre a vuestras tierras, no por tomar castigo de lo que merecíais por lo que contra Cestio habíais hecho, sino por enmendares y corregiros con consejo. Y como debiese, si tuviera intención de destruir vuestra nación, perseguiros a todos y desolar esta ciudad toda, quiso más destruir a Galilea y a los lugares vecinos de allá, por daros tiempo para proveeros y pedir la paz, y para que mostraseis señal alguna de arrepentimiento de todo lo hecho.

"Esta humanidad y clemencia suya os parecía cobardía y poca fuerza, y con nuestra mansedumbre habéis criado vuestro atrevimiento.

"Muerto Nerón hicisteis lo que acostumbran hacer todos los malos, y de las discordias que habéis sabido que había entre los nuestros, tomasteis esperanza y nuevo atrevimiento: y habiendo yo partido con mi padre para Egipto, pensasteis que era este tiempo el propio y conveniente para mover la guerra.

"No tuvisteis vergüenza de perturbar y desordenar los príncipes y regidores que os dejamos declarados, a los cuales habíais experimentado todos por capitanes muy humanos y mansos.

"Viniendo finalmente el imperio a poder de mi padre, siendo todos en ello muy conformes; y enviando embajadores de todas partes extrañas para darle el parabién, según se acostumbra hacer, luego otra vez los judíos se levantaron como enemigos: enviasteis luego de la otra parte del Eufrates embajadas por mover novedades; cercasteis nuevamente vuestros muros; levantáronse motines y revueltas

entre vosotros, y también contiendas de tiranos y guerra entre vosotros mismos: cosas son éstas, ciertamente, que no convienen sino a hombres muy llenos de toda maldad.

"Habiendo yo venido muy mandado y contra voluntad por mi padre con tristes mandamientos para vuestra ciudad, alegrábame ver que el pueblo tenía intención de haber la paz.

"Antes de comenzar la guerra, yo os rogaba que cesaseis, y peleando también, en parte os perdonaba, no ejecutando en vosotros mis fuerzas, según pudiera, ni negando libertad a los que de grado se rendían y pasaban a mi parte: guardé mi fe y mi palabra con todos los que a mí se acogían, y refrené a los que movían y encendían la guerra con azotes y castigo; traje forzado y contra mi voluntad las máquinas y tiros míos a vuestros muros; refrené siempre a mis soldados que deseaban todos daros la muerte. Cuantas veces yo vencí, tantas trabajé por moveros y atraeros a pedirme paz, no con menor ánimo que si yo fuera el vencido.

"Habiéndome llegado después cerca del templo, olvidándome adrede de lo que la ley de guerra manda, yo os suplicaba que quisiereis excusar tal destrucción, y guardar y conservar vuestro templo y vuestras cosas sagradas; dábaos facultad y licencia para salir libremente y para pelear en otro tiempo y en otro lugar si pelear queríais.

"Todas estas cosas menospreciasteis, quemasteis vosotros mismos, y pusisteis fuego con vuestras manos al templo. Ahora, malvados, moveisme a que hable: ¿Qué hay ya que guardar que sea tal como lo que ha sido destruido? ¿Qué salud pensáis merecer vosotros mismos, después de haber sido causa que un templo tal fuese destruido? ¿Aun ahora os mostráis armados con las lanzas enristradas, y estando ya en vuestra final destrucción, no sois aún para humillaros? ¡Oh miserables! ¿Con qué esperanza hacéis esto? ¿Por ventura todo vuestro pueblo no está ya muerto y consumido? ¿No es destruido ya el templo y la ciudad es ya mía? Vuestras almas y vidas están ya en mis manos, ¿y aun con todo esto pensáis que es gloria de vuestra fortaleza morir pertinaces? No quireo contender ni pelear con vuestra pertinacia.

"Dejadas las armas aparte, entregándoos a mi poder, yo os perdono las vidas: y habiendo el Señor tomado venganza con mansedumbre, como en una casa privada o particular suele acontecer de las cosas más graves y que más ofendían, quiero conservar todo lo otro."

Respondieron ellos a todo lo que había dicho, que no podían ellos tomar la fe ni la palabra de Tito, porque habían jurado no hacer jamás tal cosa; y que sólo pedían licencia para salir por entre sus fuerzas y municiones por la parte que había cercado el muro: con sus hijos y mujeres, prometían irse a un desierto o soledad, y dejarles la ciudad.

Enojóse por esto Tito gravemente, viendo que siendo sujetos a reconocerse como vencidos, pedían condiciones de vencedores: mandó que les fuese declarado con son de trompeta, que ninguno de ellos acudiese más a él y que ninguno esperase ya alcanzar fe, ni promesa alguna porque a ninguno había de perdonar; y que peleasen con todas sus fuerzas y trabajasen en hacer lo posible por guardar y conservar sus vidas: porque había determinado ejecutar en ellos el derecho y furor de la guerra.

Entonces dió licencia a sus soldados para que saqueasen la ciudad y le pusiesen fuego; pero ellos no lo hicieron en todo aquel día: el siguiente pusieron fuego al Archivo adonde estaban todos los libros: a la Corte del Consejo Real y a la villa alta y al lugar que llamaban Ofla. Llegaba el fuego hasta el palacio real de Elena, el cual estaba en medio de la villa alta: y no ardían menos las calles y las casas de la ciudad llenas de cuerpos muertos.

El mismo día los hijos del rey Izata y sus hermanos y muchos nobles del pueblo juntos, suplicaron a Tito que los perdonase y les diese su palabra: pero él, aunque estaba enojado con todos, no mudó su costumbre, antes los recibió. Mandó ponerlos a todos por entonces en guarda, y llevóse los hijos del rey y parientes atados después a Roma, para tomar allí rehenes de la palabra y fe que le habían prometido.

Capítulo XIV

De los robos que los sediciosos hacían, y cómo fué la ciudad interior quemada.

Habiendo venido los sediciosos y amotinados de la ciudad a la casa real, adonde habían muchos, por ser casa muy segura, puesto todos sus bienes, echaron de aquí a los romanos, y mataron todo el pueblo que allí se había juntado, que era bien hasta ocho mil y cuatrocientos, y robaron todo el dinero que aquí hallaron.

Prendieron dos soldados romanos vivos, uno de a caballo y otro de a pie: al infante mataron y arrastraron por toda la ciudad, como casi tomando de todos venganza en el cuerpo de un romano: el caballero por haber prometido descubrirles algo muy conveniente para la salud y amparo de todos, fué llevado delante de Simón: y no teniendo allí qué decir, fué entregado a uno de los capitanes llamado Ardaba por nombre. Este mandóle atar las manos atrás y tapar les ojos con una venda de lienzo, y sacólo delante de los romanos, en parte que pudiese ser de todos visto, y tenía lo como si lo quisiese degollar. Mientras el judío sacaba su espada de la vaina, huyóse a los romanos: no sufrió ni quiso Tito que fuese muerto, pues había huido de los enemigos; pero juzgólo por indigno de ser contado entre los soldados romanos, pues había sido preso vivo, y quitándole las armas, echólo de las compañías, lo cual parecía a todos los prudentes más grave y peor de sufrir que la muerte.

Al día siguiente los romanos, habiendo hecho huir los ladrones de la parte baja de la ciudad, quemaron todo cuanto delante les vino hasta Silea: y holgábanse de ver consumir la ciudad, pero no les quedaba algo a que dar saco: porque los ladrones que lo habían ya vaciado todo se recogían a la parte alta de la ciudad.

Ningún arrepentimiento tenían de tanto mal cuanto hacían, y no tenían menos soberbia, que si les fuera todo muy próspero. Mirando, pues, con alegre cara cómo la ciudad ardía y se abrasaba, decían con voz muy alegre, que no deseaban sino la muerte; porque consumido el pueblo, quemado el templo, y ardiendo toda la ciudad, no habían de dejar algo para los enemigos.

Trabajaba Josefo estando ellos en la extrema necesidad en rogar por lo que de la ciudad salvo restaba. Habiendo, pues, hablado muchas cosas contra la impiedad y crueldad de esta gente, y habiéndoles dado muchos consejos sobre lo que hacer les convenía para salvarse, todo fué vano: porque no querían entregarse ni rendirse por causa del juramento que habían hecho, ni podían ya pelear igualmente con los romanos cercados por ellos como por guardas: estaban tan avezados a morir y a ver matar, que va no se les daba nada por ello.

Ibanse esparcidos por toda la ciudad, escondiéndose entre lo que estaba derribado y destruido, acechando por donde mejormente podrían huir. Muchos eran presos y muertos, porque con el hambre que padecían no tenían fuerzas para huir, y los muertos echábanlos a los perros. Parecía, pues, todo género de muerte que padeciesen, mucho mejor que era el hambre que los atormentaba: la cual era tan grande, que muchos sin licencia y sin tener esperanza de alcanzar misericordia huían a los romanos, y venían a dar en manos de los sediciosos y amotinados, los cuales no cesaban de matar: y no había lugar vacío en toda la ciudad, que todo estaba lleno de muertos, consumidos, o por la gran hambre, o por las manos de aquellos ladrones amotinados, y estaba todo muy lleno de cuerpos muertos, de los que, o por hambre, o por la revuelta de esta maldita gente, habían perecido.

Consolábanse los tiranos y los ladrones amotinados con la esperanza que tenían de salvarse en los albañales cuando todo les faltase; porque confiaban que si aquí se recogían, no serían hallados: pues acabada de destruir la ciudad, y partidos ya de allí los romanos, pensaban poder salir y huir todos: pero esto no era sino un sueño: porque no podían esconderse, o de Dios o de los romanos. Confiados, pues, como dije, de salvarse en los albañales y cavas que debajo de tierra tenían, quemaban ellos mucho más que los mismos romanos, y los que huyendo del incendio se escondían en las cuevas, matábamos malamente y los desnudaban.

También donde quiera que hallasen que comer, por más lleno que estuviese antes de sangre, se lo tragaban. Tenían ya guerra entre sí sobre quién robaría más, y creo que si no fueran destruidos o muertos, quisieran con su sobrada crueldad gustar y comer la carne de los muertos.

Capítulo XV

Cómo fué combatida la superior o más alta parte de la ciudad, y cómo algunos de los judíos se pasaron y huyeron a Tito.

Viendo Tito que era imposible tomar la parte alta de la ciudad sin haber sus caballeros, por estar edificada y fundada en lugar enhiesto por todas las partes, a los veinte días del mes de agosto ordenó su gente en la obra.

Traer la materia para esto era cosa muy dificultosa y de gran trabajo, por haber sido gastados todos los ingenios y aparejos que para ello tenían de cien estadios alrededor en los primeros montes o caballeros que habían hecho.

Levantaron su obra las cuatro legiones en la parte occidental de la ciudad delante del palacio real, el escuadrón y gente de socorro con todos los demás, hacia el Xisto, y hacia el puente y torre de Simón: la cual había él antes edificado para defenderse cuando guerreaba con Juan.

Habiéndose juntado estos mismos días los capitanes de los idumeos secretamente, tomaron consejo sobre la manera que tendrían para rendirse a los romanos: y enviando cinco hombres de los suyos a Tito, suplicábanle que quisiese concederles perdón, y pedían les concediese las vidas.

Confianto Tito que partidos los idumeos los tiranos se habían de rendir, porque eran éstos gran parte en la guerra, todavía, aunque tarde, les prometió la vida y les devolvió los embajadores que le habían enviado.

Estando éstos ya aparejando su partida, súpolo Simón, y nnotó luego los cinco varones que habían salido a hablar con Tito y encarceló a los capitanes y al más noble de ellos también, el cual era Diego, hijo de Sofa. Quitados los capitanes a esta muchedumbre de Idumeos, los cuales no sabían lo que hiciesen, por no tener quién los rigiese, no quiso dejarles sin capitanes, antes los puso debajo de guarda más diligente; y con todo no podían los guardas impedir ni detener a los que huían; porque aunque muchos eran por esto muertos, había muchos más que huían.

A todos los recibían los romanos, por haber Tito menospreciado las amenazas que antes les había hecho por su demasiada mansedumbre y amistad; y los soldados, con la esperanza que de ganar tenían, y también por estar ya muy hartos, templábanse en matar a los que huían a ellos. Porque dejados aparte los nobles y principales, todo el otro vulgo, así hombres como mujeres, vendían por poco precio, y como fuesen muchos los vendidos y hubiese pocos que los comprasen, aunque Tito había mandado pregonar que ninguno huyese solo, porque tuviesen cuidado de traer consigo también todas sus familias, todavía como quiera que viniesen, él los recibía, puesta diligencia y guarda que mirasen los que eran dignos de castigo, y luego les matasen.

Así, pues, fué gran número el de la gente que fué vendida. Fueron juntados y guardados más de cincuenta mil de los ricos del pueblo, los cuales Tito dejó después ir como cada uno quiso.

Estos mismos días uno de los sacerdotes, hijo de Tebuta, llamado por nombre Jesús, tomando la palabra del emperador en su seguridad, por que entregase algunas de las cosas que habían sido ofrecidas al templo, salió y entrególe de la pared del templo dos candeleros semejantes y muy parejos a los que estaban en el mismo templo, y muchas mesas, platos y tazas hechas todas de oro muy macizo y de gran peso. Entrególe también muchos velos y ornamentos de pontífice llenos de perlas y riqueza, y con esto muchos vasos y aparejos que para hacer sus sacrificios tenían muy ricos. .

Fué también preso el tesorero y guarda del dinero y riqueza del templo, llamado Fincas, el cual mostró los vestidos sacerdotales; mostróle también mucha púrpura y grana que estaba todo guardado en sus armarios para el uso necesario. Con éstos había algo de cinamomo de casia y otra muchedumbre de olores, de los cuales cada día mezclando parte la ofrecían a Dios, y- la quemaban en su nombre. También le entregó éste de otras riquezas mucha parte y no pocos ornamentos hechos para el culto divino, por respeto de las cuales cosas, aunque fué preso por fuerza, le fué todavía concedido perdón, no menos que a los que huían.

Capítulo XVI

Cómo los romanos ganaron toda la otra parte que de la ciudad quedaba.

Acabadas ya las trincheras y puesta en orden toda la gente, a los siete días de septiembre, dieciocho días después de comenzada la obra, acercaban ya los romanos sus máquinas y tiros que para combatir tenían.

Parte de los sediciosos, desesperando ya de salud y de poder guardar su ciudad, desamparados los muros, recogíanse la villa alta; otros se echaban por los albañales; otros muchos, ordenándose, querían impedir a los romanos que pusiesen sus máquinas y sus tiros como querían; pero vencíanles los romanos no menos en esfuerzo que en el número grande de la gente que tenían; y lo que es de tener en más, que éstos estaban poderosos y alegres, y los judíos flacos y muy tristes.

Siendo, pues, ya una parte del muro derribado, y habiendo caído algunas torres combatidas con las máquinas o ingenios llamados arietes, luego los que estaban para defenderlos huyeron. Y los tiranos fueron entonces más amedrentados de lo que la necesidad les compelia; porque antes que los enemigos entrasen, estaban ya entorpecidos y también suspensos, sin saber si huyesen o qué debían hacer: vierais aquí los que poco antes solían ser muy soberbios y muy arrogantes en sus obras y hechos muy impíos, estar en este tiempo tan humildes y tan temblando, que aunque eran muy bellacos y malos, movieran a compasión a quien los viera.

Trabajaron por echar a los que guardaban el muro, roto el cerco que ceñía los muros de la ciudad, y por salir; pero no hallando ya el socorro de todos aquellos que hasta allí les habían sido fieles, huía cada uno adonde la necesidad y fuerza lo echaba. Y como viniesen otros y les hiciesen saber que todo el muro, hacia el Occidente, estaba ya derribado y por tierra, otros que les denunciaban cómo los romanos habían entrado y llegaban ya buscándoles, otros que afirmaban que veían los enemigos estar en las torres, engañándoles la vista el grande miedo que tenían, echábanse boca abajo en tierra y quejábanse de sí mismos y de su locura, y estaban como cortados sin saber a donde mejor huir y poder salvarse.

En esto conocerá cualquiera la potencia y virtud de Dios contra los malos, y la dicha y gran prosperidad de los romanos.

Priváronse aquí estos tiranos ellos mismos de su guarda y defensa, y bajáronse de su voluntad y de su grado de las torres que tenían, adonde no podían ser, por fuerza grande que les hiciesen, presos, si no era por hambre solamente; y los romanos, que habían trabajado en sólo los muros primeros y más bajos, prendieron ahora, por dicha y por su fortuna, los que antes no pudieron prender con sus artes ni sus fuerzas.

Las tres torres que antes dijimos eran ciertamente más fuertes que todas cuantas máquinas e ingenios los romanos tenían. Desamparándolas, pues, todas tres, o, lo que es más cierto, echados de ellas por voluntad de Dios, huyeron luego al valle de Siloa, y habiendo perdido, por estar aquí algo del

miedo grande que tenían, dieron por esta parte contra la guarnición que cercaba el muro; pero fueron rechazados, más por haber acometido con poca fuerza, que por la necesidad y fuerza que los que estaban en guarnición les hicieron, porque cierto de decir es, que teman ya las fuerzas muy quebrantadas por el trabajo grande que pasaban, por el miedo que tenían, y por la gran destrucción y calamidad que delante sus ojos veían claramente, escondiéronse como mejor pudieron en diversos albañales y lugares de suciedad.

Habiendo ganado los romanos los muros, pusieron en las torres sus banderas, celebrando su victoria con grande alegría y cantares, por ver que había llegado el fin de aquella guerra mucho más fácil que les había sido el principio.

Habiendo, pues, alcanzado sin derramamiento de sangre el muro, que no pensaban por cierto fuese el postrero, y no viendo alguno que les resistiese, maravillábanse como de cosa muy incierta: derramados, pues, por las estrechuras de las calles y plazas con las espadas desenvainadas, mataban sin hacer diferencia alguna a cuantos hallaban, y quemaban todas las casas con los que en ellas se recogían juntamente. Destruyendo también muchas de las en que habían entrado por robarlas, hallaban en ellas las familias muertas, las cámaras y suelos llenos de muertos consumidos por el hambre: y así huían sin tomar algo con las manos vacías con horror de ver tan horrenda cosa; pero aunque de los muertos de esta manera tenían compasión y lástima, no la tenían semejante de los vivos, antes matando a cuantos delante les venían, y llenando las calles angostas de cuerpos muertos, manaba toda la ciudad sangre, de tal manera, que gran parte del fuego se mataba con la sangre que de los muertos corría: de noche cesaba el matar y crecía el fuego.

Ardiendo, pues, y quemándose Jerusalén, amaneció el día octavo del mes de septiembre, y si ésta se hubiera bien servido desde el tiempo que fué fundada de todos los bienes que Dios le había dado, así como se sirvió de tantas muertes cuantas experimentó, siendo cercada, hubiera sido ciertamente envidiada por todas las del universo: digna de tan grandes desdichas, no ciertamente por otra cosa, sino por haber engendrado y sufrido dentro de sí generación tal, y tan perversa, que le causase tal y tan grande destrucción.

Entrado que hubo Tito dentro de la ciudad, maravillábase de muchas cosas, y de ver principalmente las guarniciones, la altura y fortaleza de las torres, las cuales habían por su locura desamparado los tiranos. Habiendo mirado la firme altura de ellas, y la grandeza y la labor que cada piedra por sí tenía, cuán altas y cuán anchas fuesen cada una, según el lugar que ocupaba, dijo: hemos peleado ciertamente con ayuda particular de Dios, y Dios es el que sacó de estos fuertes a los judíos: porque ¿qué máquinas, o qué manos de hombres, por fuertes que fuesen, bastarían para tanto?

Habló también entonces muchas cosas con sus amigos, y dió libertad a los que halló atados y presos en los castillos por los tiranos. Y como derribase todas las otras fuerzas de la ciudad y todos los muros, quiso dejar estas torres por memoria de su buena fortuna y victoria, por cuyo favor y ayuda había alcanzado aquello que sin ellas no pudiera ser jamás tomado.

Porque los soldados se fatigaban ya de matar, y quedaba aún gran muchedumbre de vivos, mandó Tito que fuesen sólo muertos los que quisiesen resistirles, y que dejasen salvos y libres a todos los otros; los soldados mataban y despedazaban juntamente con los que Tito había mandado, cuantos viejos y débiles hallaban, no aptos ni buenos para pelear, e hicieron recoger los mancebos y hombres más útiles dentro del templo, y encerráronlos en el lugar a donde solían estar las mujeres. Puso Tito por guarda de esta gente un liberto suyo y amigo, llamado Frontonio, el cual diese a cada uno el castigo o galardón que mereciese; éste mató todos los ladrones, porque el uno acusaba al otro, y a todos los

revolvedores sediciosos y amotinados, y guardaba para el triunfo los mancebos más escogidos y de más alto y lindo cuerpo, y todos los otros que hubo mayores de edad de diecisiete años, enviólos muy atados con buena guarda a Egipto a que trabajasen.

Distribuyó la mayor parte Tito por todas aquellas provincias para que fuesen muertos en los espectáculos y fiestas por las bestias fieras; los que se hallaron de menor edad de diecisiete años fueron vendidos, y en los mismos días que Frontonio hacía esta elección, murieron de hambre doce mil de ellos, a los cuales, parte por odio que los guardas les tenían, no les daban que comer, y parte de ellos también porque estaban con hastío grande, sin poder comer lo que les daban: y era tanta la muchedumbre de la gente, que tenían necesidad y mucha hambre de trigo.

Capítulo XVII

Del número de los que forzaron cautivos y de los que murieron.

Llegó el número de cautivos que fueron presos en toda esta guerra al número de noventa y siete mil, y los que murieron durando el tiempo del cerco de la ciudad, llegaron a once veces cien mil hombres. Los más de éstos fueron naturales judíos, pero no todos naturales de Jerusalén, porque juntados de todas partes para los días de las fiestas o de su Pascua, fueron súbitamente cercados de guerra, y primero por estar tan apretados les cercó gran pestilencia y luego después el hambre.

Que la ciudad pudiese tener tanta gente, está claro y manifiesto de lo que dijimos haberse hallado en tiempo de Cestio, Presidente y Gobernador de Jerusalén; porque deseando éste entonces hacer que Nerón supiese la fuerza y poder de esta ciudad, viendo que menospreciaba mucho esta nación, pidió a los pontífices, que si fuese posible en suerte alguna le diesen cuenta del número de la gente, y ellos un día solemne de sus fiestas, el cual llaman Pascua, estando ocupados en matar animales para sus sacrificios desde las nueve hasta las once, estaban repartidos de diez en diez, no menos porque no les era lícito matar uno, sin que fuesen por lo menos diez, aunque se podían bien juntar veinte, y así contaron doscientos cincuenta y seis mil y quinientos animales muertos para los sacrificios; y montan éstos, no contando por cada uno más de diez varones, dos millones y setecientas mil personas, siendo todos puros y limpios, porque los leprosos o albarazados, que es otro género de lepra blanca, y los que no pueden detener su simiente, los cuales se llaman gonorreicos, y las mujeres no limpias por estar con su regla, ni todos los otros enfermos no podían participar en los sacrificios; ni los que eran extranjeros, sino sólo los que por causa de la religión hubiesen venido: y tan gran muchedumbre, claro está que de los de fuera se juntaba; pero entonces parece que por sus hados y ventura toda la gente se había juntado como en una cárcel, y estaba cercada la ciudad muy llena de gente.

Vence, pues, y excede en gran manera toda pestilencia, así humanamente venida, como por Dios enviada, el número grande de los que murieron públicamente, y de los que prendieron los romanos; porque escudriñando los albañales, y desenterrándolos de los sepulcros, degollaban a cuantos hallaban.

Fueron también aquí hallados más de dos mil, de los cuales los unos se habían ellos mismos por sus propias manos muerto y los más se habían muerto unos a otros, y algunos otros corrompidos por el hambre y trabajo que padecían: salía un hedor tan hediondo al encuentro de los que entraban, que hacía volver atrás a muchos de ellos; otros con el cuidado que de ganar más tenían, pisando los cuerpos

muertos que por el suelo había juntos, no curaban sino de entrar, porque hallábanse muchas riquezas escondidas en aquellas cavas, y la codicia de ganar hacía camino por todas partes, y lo allanaba todo. Libraban a muchos que los tiranos habían atado y encarcelado malamente, porque estando en su extrema necesidad, no habían aún dejado de mostrar su crueldad y tiranía; pero Dios tomó venganza de entrambos justamente; porque Juan, oprimido con el hambre y puesto con sus hermanos en los albañales, suplicaba y pedía a los romanos lo que tantas veces había desechado con menosprecio, es a saber, que lo perdonasen. Simón, habiendo luchado cuanto podía con la necesidad grande, como después mostraremos, se rindió.

Fué el uno de éstos guardado para el triunfo de Vespasiano, y Juan fué puesto en cárcel perpetua, y los romanos quemaron las partes postreras de la ciudad y derribaron los muros del todo.

Capítulo XVIII

En el cual se escribe brevemente una historia de las cosas de Jerusalén.

Así, pues, fué tomada la ciudad de Jerusalén el segundo año del imperio de Vespasiano, a ocho días del mes de septiembre, y habiendo sido antes tomada cinco veces, ahora fué del todo destruida.

El rey de Egipto Asocheo, y después Antíoco, luego Pompeyo, y después Sosio y Herodes, la tomaron también y la conservaron; pero primero fué destruida antes por el rey de Babilonia, después de mil trescientos sesenta años, ocho meses y seis días después que fué fundada.

El primero que la edificó o fundó fué un poderoso cananeo llamado Melchisedech, que quiere decir varón justo en lengua de la patria, y era ciertamente tal; por lo cual fué el primero que sirvió y administró a Dios el sacerdocio, y comenzando éste a edificar el templo, llamó la ciudad Jerusalén, porque antes se llamaba Sol ima.

Echado después el pueblo de los cananeos, el rey David la entregó a su pueblo, y cuatrocientos sesenta y cuatro años después y tres meses más fué destruida y derribada por los de Babilonia.

Después del rey David, que fué el primer rey judío que reinó en ella, hasta esta destrucción hecha por Tito, pasaron mil ciento treinta y nueve años, y de su primera fundación hasta su última destrucción, dos mil ciento setenta y siete años, pero no le valió, en fin, su antigüedad. ni sus riquezas, ni la fama divulgada por todo el universo, ni la gloria grande de su religión, para que no fuese destruida y pereciese; éste fué, pues, el fin del cerco y destrucción de Jerusalén.

No teniendo ya el ejército a quién matar, ni qué robar, porque a la ira que en sus ánimos contra los judíos tenían todo parecía faltarles, pues por más que tuvieran otra cosa en qué ocuparse lo dejaron de

hacer, mandóles Tito que acabasen de destruirla toda y todo el templo también, dejando solamente aquellas torres que eran más altas que todas las otras; la una de Faselos, la otra de Hipico, y la tercera la de Mariamma; y tanto también del muro, cuanto cercaba la ciudad por la parte de Occidente. Este por que sirviese de fuerte a los que quedasen allí de guarnición, y las torres para que mostrasen a los que habían de suceder en los siglos por venir, qué ciudad y cuán guarnecida y abastada de toda cosa hubiesen ganado y sujetado los romanos.

Derribaron todo el otro cerco de la ciudad, y de tal manera la allanaron toda, que cuantos a ella se llegasen apenas creerían haber sido habitada en algún tiempo.

La imprudencia y locura de los revolvedores del pueblo y de los que amaban innovar las cosas, fué el fin y destrucción de Jerusalén, ciudad muy principal y de gran nombre, loada y predicada entre todos los hombres del mundo.

Capítulo XIX

Del premio y remuneración que los soldados hubieron por haber peleado bien.

Determinó Tito dejar en guarnición la décima legión y alguna compañía de caballos y escuadrones de a pie.

Habiendo, pues, administrado todas las cosas de la guerra muy bien, deseaba loar todo el ejército generalmente por haber hecho todas las cosas valerosamente y con gran ánimo y deseaba dar el premio a los que se habían en esta guerra mostrado principales.

Mandando poner en orden un gran tribunal, en medio y delante de todos, salió él con la gente noble más principal y de la parte que podían todos los soldados oírle, hizoles muchas gracias, diciendo que había conocido el ánimo y benevolencia que habían con él usado y perseverado. Loábales principalmente porque le habían en todo obedecido y por haber mostrado gran esfuerzo y fortaleza en muchas y muy grandes cosas, ensanchando con ello el imperio de la patria, y haciendo manifiesto a todos los hombres, que ni la muchedumbre de los enemigos, ni el abastecimiento de las tierras, ni la grandeza de las ciudades, ni el atrevimiento y audacia sin consideración, ni las crueldades fieras y muy desenfrenadas pueden jamás huir de las manos ni de las fuerzas de los romanos, por más que hayan algunos tenido por favorable la fortuna en muchas cosas; dijo también ser cosa muy gentil poner fin a las guerras, que mucho tiempo habían durado, porque no les había él deseado cosa alguna mejor desde que se comenzaran, y que esto era mejor y más digno de todo loor e inmortalidad; que los capitanes romanos y administradores del imperio reciben con toda honra y muy dignamente al que ellos por emperador declaran, y piensan ser cosa justa y razonable tenerse todos a lo que ellos habían determinado. Dijo que se maravillaba de todos e igualmente a todos los amaba, porque ninguno se mostró menos alegre en el trabajo que esforzado a su tiempo; pero a los que con mayores fuerzas

habían más valerosamente peleado, y habían ganado con sus hechos valerosos nombre e ilustrado su fama, ennobleciendo más su milicia con mayores hazañas, dijo que él les satisfaría según merecían y los galardonaría también; y que ninguno de los que habían trabajado más que los otros sería sin justísimo premio y galardón; porque él tenía gran diligencia puesta sobre ello, lo tenía muy a cargo, porque más quería honrar la virtud y esfuerzo que habían mostrado en perseverar, como buenos compañeros, en la guerra, que no en castigar los yerros de los otros.

Mandó entonces que aquellos que tenían de ello cargo, luego a la hora los nombrasen y declarasen, y llamando a cada uno por su nombre, loábalos a todos en su presencia como alegrándose por ver buen suceso en sus cosas, y poníales coronas de oro en sus cabezas, cadenas en sus cuellos y lanzas largas, daba otras insignias también hechas de plata, y mudaba las órdenes, adelantando a cada uno más del estado que tenía.

Repartió también del despojo y saqueo de la ciudad mucho oro y mucha plata, muchos vestidos y mucho de todo el otro robo liberalmente.

Habiendo, pues, galardonado a todos, según lo que cada uno merecía, y habiendo hecho él con todo su ejército sus ruegos a Dios, haciendo gracias, descendió con gran aplauso y favor de todos, y púsose a celebrar sus sacrificios a Dios por causa de la célebre victoria, y estando gran muchedumbre de bueyes allí alrededor de las aras, habiéndolos todos sacrificado, diólos después a su ejército, para que celebrasen con ellos sus banquetes y regocijos, y habiéndose él holgado también por espacio de tres días con los más principales que con él estaban, dió licencia a toda su gente para que cada uno se fuese a donde mejor le pareciese.

Encomendó la guarda de Jerusalén a la décima legión, poniéndola toda allí de guarnición sin enviarla al Éufrates, a donde antes solía estar; la duodécima, acordándose que había sido vencida por los judíos, la mandó salir toda de Siria, porque antes solía estar con los rafoneas, y envióla a Melitene, una villa o ciudad así llamada: está ésta edificada en la raya o en los confines de Armenia y de Capadocia, y pensó que le bastaba a él por entonces tener consigo dos, hasta que llegase a Egipto; es a saber, la quinta y la décimaquinta.

Y habiendo de allí descendido a Cesárea, que es ciudad marítima, puso allí, y dejó todo lo que de Jerusalén consigo traía, y mandó que fuesen muy bien guardados todos los prisioneros y cautivos que consigo traía, porque por ser ya invierno érale imposible navegar para Italia.

Capítulo XX

De la navegación de Vespasiano y de la prisión de Simón y espectáculo que fué hecho en su fiesta.

En el tiempo que Tito estaba en el cerco de Jerusalén detenido, Vespasiano vino en una nao hasta Rodas, y partiendo de aquí con galeras, después de haber visitado todas las ciudades, por las cuales pasó navegando, y después de muchos recibimientos que le fueron con toda alegría y solemnidad

hechos, pasó de Jonia a Grecia, y saliendo después de Corcyra, llegó a Japigia, desde donde comenzó a caminar por tierra.

Vuelto Tito de la ciudad marítima de Cesárea, vino a la ciudad que se llama Cesárea de Filipo, a donde se detenía mucho por hacer fiestas y espectáculos diversos, en los cuales murieron muchos de los judíos que presos traían; los unos echados a las fieras, otros forzados a pelear entre sí, no menos que si fueran enemigos.

Aquí halló preso a Simón, hijo de Giora; este Simón, durando el cerco de Jerusalén, y teniendo la parte alta de la ciudad bajo su mando, después que habiendo entrado el ejército había comenzado a destruir toda la ciudad, llamando los más fieles que tenía por amigos, y los oficiales para ello necesarios cuantos le bastasen, escondióse con todos ellos dentro de un albañal muy secreto, y caminaban todo lo que por dentro podían, y cuando no, mandaba a los oficiales que cavasen, confiando que pasando más adelante hallarían camino y facilidad para salir, y de esta manera se salvarían; pero el peligro del negocio les mostraba ser esta esperanza muy vana; porque apenas habían alargado los oficiales algo adelante el camino, cuando el mantenimiento, por mucho que se habían templado en el comer, ya les faltaba; entonces, pensando poder con algún espanto engañar a los romanos, vistióse con unas túnicas, o como blancas camisas, trabadas con sus hebillas, y con una ropa larga de grana, salió de allí debajo de tierra por la parte a donde el templo fué edificado, y apareció delante de la gente de aquella manera.

Al principio los que lo vieron se espantaron mucho y ninguno osaba moverse de su lugar. Llegándose después más cerca, pidiéronle que dijese quién era: Simón a esto no respondía, pero mandaba que le llamasen delante al capitán, y llamado luego por los que se lo fueron a decir, vino Terencio Rufo, porque éste había sido dejado por regidor de toda aquella gente, y sabida toda la verdad, guardábalo muy bien atado e hizo saber a Tito cómo había sido este hombre preso.

Así, pues, de esta manera puso Dios a Simón, para que se tomase en él venganza de la crueldad que había con los suyos amarga y tiránicamente usado, en poder de sus enemigos, que tanto lo tenían aborrecido y mal querían, no sujetándolo a las manos de éstos por fuerza, pero traído de su grado a recibir digno castigo, según sus merecimientos por haber él muerto a muchos cruelmente, acusándolos con acusaciones falsas, y diciendo que querían pasarse a los romanos; porque en fin la maldad no puede huir la ira y castigo de la mano de Dios, ni es cosa de poca fuerza la justicia, antes alguna vez bien sabe tomar venganza de los que la violan y quebrantan y da mayor y más grave pena a los culpados, cuando ya piensan estar del todo libres, por no haber sido luego castigados por lo que han cometido; esto aprendió también Simón después de haber caído en desgracia e ira de los romanos.

Su salida a muestra sobre la tierra fué causa que muchos de aquellos revolvedores y gente sediciosa fueran presos por ser hallados en aquellos albañales.

Habiendo vuelto Tito a la ciudad de Cesárea, que llamamos marítima, fuéle presentado Simón muy bien atado, y mandó que le fuese muy bien guardado para el triunfo que había de hacer en Roma; deteniéndose aquí, celebró la fiesta del nacimiento de su hermano, matando por su honra en sus juegos gran parte de los cautivos que allí consigo tenía: porque el número de los que pelearon con las fieras, de los que fueron puestos al fuego, y de los que perecieron peleando entre sí en sus luchas y escaramuzas, llegó a más de dos mil y quinientos hombres; aun todo esto parecía a los romanos mucho menos de lo que todos ellos merecían, por más que fuesen de mil maneras muertos y consumidos.

Vino después Tito a Berito. Es ésta una ciudad de la provincia de Fenicia, poblada por los romanos, y detúvose aquí también algún tiempo; haciendo mayor fiesta el día que celebró el nacimiento de su padre, tanto en la magnificencia de los espectáculos,, cuanto en muchos otros gastos nuevos, pereciendo también esta vez no menos gente de los judíos cautivos que en los fiestas por el hermano.

Capítulo XXI

De la destrucción de los judíos hecha en Antioquía

Aconteció en este mismo tiempo, que los judíos que quedaban en Antioquía padecieron gran mal y gran matanza, levantándose contra ellos toda la ciudad de Antioquía, tanto por las acusaciones que al presente dieron contra ellos, cuanto por las que habían poco antes entendido, y habían sido hechas, de las cuales me parece necesario contar algo, para que después sucesivamente podamos dar razón y cuenta de todo lo que sucedió; porque los judíos fueron muy esparcidos por todas las ciudades del universo; pero por la vecindad, había en Siria en la ciudad de Antioquía gran parte, siendo también la ciudad muy grande, y los reyes que habían sido después de Antíoco les habían dado gran libertad y poder para habitar en ella; porque Antíoco, el que fué llamado Epifanes, destruyendo la ciudad de Jerusalén dió saco a todo el templo, y los que le sucedieron después en el reino, cuanto habían habido de los dones de cobre ofrecidos al templo, volviéronlo todo a los judíos que vivían en Antioquía, dedicándolo a su Sinagoga, y concediéronles tanta libertad y derecho en la ciudad como tenían los mismos griegos. Siendo tratados asimismo por todos los reyes que después sucedieron, creció el número de esta gente, y levantaron muchos más solemnes edificios en su templo, enriqueciéronlo con muchos dones que le ofrecieron muy magníficos, y llegando siempre a sí por su religión gran número de gente pagana, hiciéronlos casi como parte o naturales judíos; pero siendo proclamada y denunciada la guerra públicamente, y habiendo entonces llegado con una nao Vespasiano a Siria, y creciendo el odio de los judíos en todas partes, entonces uno de ellos llamado Antíoco, varón digno de mucha honra por causa de su padre, porque era príncipe de los judíos, que estaba en Antioquía, estando todo el pueblo de Antioquía junto en un teatro, salió en medio de todos acusando a su padre y a todos los otros, fingiendo que querían todos poner fuego una noche a toda la ciudad, y descubrió algunos judíos de los que se habían hospedado allí como sabedores y partes de esto.

Oídas estas cosas, no podía el pueblo contener su ira, antes luego mandaron traer mucho fuego y quemar a los que les habían sido entregados, y fueron todos quemados en el mismo teatro; y dábanse prisa por venir contra toda la muchedumbre de judíos que allí había, pensando que tomando castigo de ellos, guardarían y defenderían a su patria.

Pensó también Antíoco mover más la ira y saña de los paganos, con mostrar que había mudado su voluntad en lo de su religión; porque sabía que aborrecía esta gente mucho las costumbres de los judíos, sacrificó él según los paganos acostumbraban, y mandó que todos los judíos hiciesen lo mismo, porque los que rehusasen hacerlo serían tenidos por traidores.

Habiendo los de Antioquía hecho experimento de esto, hubo muy pocos que en ello consintieron, y todos los otros que no quisieron fueron muertos. Tomando Antíoco gente del capitán de los romanos, mostraba con ella su crueldad contra sus compatriotas, no dejándolos celebrar su fiesta el séptimo día de la semana, según tenían por costumbre, antes los forzaba a que hiciesen todo lo que los otros días hacer acostumbraban, y forzólos a hacer esto en tanta manera y con tanta fuerza, que no sólo fueron quebrantadas ya las fiestas en Antioquía solamente; sino tomando de aquí principio, en breve tiempo fué hecho lo mismo en todas las otras ciudades.

Habiendo, pues, padecido tanto daño en Antioquía, acontecióles otra nueva destrucción; y con propósito de contarla, hemos relatado todo lo dicho: porque quemándose el mercado y las arcas adonde las escrituras y procesos públicos estaban y otras cosas, apenas pudo ser detenido el fuego ni muerto antes de quemarse toda la ciudad; tan gran poder había tomado, y Antíoco acusó luego a los judíos como culpados en este hecho. Los naturales de Antioquía cuando no tuvieran mucho antes enojo alguno contra los judíos, fácilmente fueran movidos con la nueva acusación del fuego; y con esto les persuadió mucho más, y fué causa de que le diesen mayor crédito, de tal manera que pensaban y creían todos haber visto Antíoco que los judíos ponían fuego a la ciudad, y como furiosos vinieron con gran fuerza e ímpetu contra los que Antíoco acusaba. Apenas se pudo reprimir ni sosegar el alboroto levantado.

Cólega el embajador y mancebo, pidió que le dejasen hacer saber a César el alboroto levantado (porque ya Vespasiano les había enviado el regidor de Siria, Sesenio Peto; pero éste aun no había llegado.) Haciendo después Cólega gran pesquisa y diligencia, por saber la verdad de lo que pasaba, halló lo que buscaba; y descubrió cómo ninguno de los judíos de los que eran acusados por Antíoco tenían culpa alguna en todo aquello: porque unos hombres perdidos y bellacos habían cometido todo aquello por causa de muchas deudas que tenían, pensando que quemada la Corte y escrituras o procesos públicos serían libres de toda exacción y demanda.

Todavía los judíos, por saber las acusaciones grandes que les levantaban, aguardaban lo que sería de ellos, pero con temor muy grande, sin saber qué consejo en ello mejor tomasen.

Capítulo XXII

De qué manera, volviendo Vespasiano, fué recibido por los romanos.

Habiendo sabido Tito por un embajador que su padre le había enviado, cómo había llegado muy deseado y con gran fiesta a todas las ciudades de Italia, y principalmente la gran alegría y aplauso con que toda Roma lo había recibido, recibió por ello muy gran placer, librado ya de todos los cuidados que de él tenía, como deseaba.

Amaban a Vespasiano, aunque de él estuviesen ausentes y muy lejos todos los de Italia, no menos que si a todos les estuviera presente, confiando que la esperanza que de verlo tenían, por la impaciencia con que lo deseaban, lo hacía ya ver presente, teniendo todos de su grado voluntad y deseo franco, sin ser a ello forzados; porque el Senado, acordándose bien de las revueltas pasadas, que por la variedad y mutación de los príncipes habían acontecido, deseaba ver un emperador de madura edad, con hechos y memorias dignas de honra en las cosas de la guerra, cuya presencia sabía haber de servir mucho, y ser muy buena para la salud de todos sus vasallos y sujetos; y el pueblo, fatigado de los trabajos que había hasta entonces pasado, deseaba mucho más su venida, confiando que con su presencia sería acabado de librar de toda sujeción y tiranía, y que recibirían otra vez y recobrarían su antigua libertad con toda prosperidad.

Tenían, principalmente los soldados, los ojos puestos en él, porque éstos conocían y sabían bien la grandeza de sus hazañas en las cosas de guerra; y habiendo experimentado el poco saber y poca arte de los otros capitanes, deseaban ser librados de tan feo y torpe nombre como habían alcanzado, y suplicaban a Dios les dejase ver y recibir a aquél, el cual sólo los podía librar, guardar y honrar a todos.

Como, pues, todos lo amasen y desearan juntamente de esta manera, a los más nobles y honrados parecían cosa intolerable esperar tanto tiempo; pero todavía trabajaban en salir fuera de Roma a recibirlo con toda la honra posible. Y no había alguno que pudiese bien sufrir su larga ausencia; así se salían todos juntamente, que parecía a todos cosa más fácil irlo a buscar que detenerse en algún lugar; de tal manera, que la ciudad mostraba holgarse en ver que la gente por algún tiempo disminuía; los que quedaban eran ciertamente mucho menos que los que salían.

Cuando fué descubierto que él ya llegaba, contaban todos con cuánta mansedumbre y afabilidad había recibido a los que habían ido primero, por lo cual toda la otra muchedumbre de gente lo esperaba por las calles y caminos con sus mujeres e hijos; y por donde pasaba loaban la voluntad que tenía de ver a todos, y declaraban con grandes voces la mansedumbre y alegría que en el rostro mostraba, llamándolo todos a una voz muy mercedamente conservador de la patria y dador de la salud, y príncipe sólo digno de los romanos.

Estaba toda la ciudad como suele estar un templo lleno de ramos, flores y olores. Y pudiendo a gran pena llegar al palacio por la gran muchedumbre de gente, celebró él su buena venida, dando el parabién por ella a los dioses de su patria.

El pueblo celebró públicos banquetes de alegría haciendo convites por linajes, y entre amigos y vecinos, y sacrificaban a Dios solemnemente; y rogábanle todos y suplicábanle muy humildemente que perseverase mucho tiempo y lo conservase en el imperio a él y a su hijo y a todos sus descendientes, para que fuesen príncipes grandes y dignos de memoria.

Recibido, pues, en Roma Vespasiano de esta manera, sucedíale todo muy prósperamente.

Capítulo XXIII

En el cual se cuentan los hechos de Domiciano contra los germanos y galos.

Antes de estos tiempos, estando aun Vespasiano en Alejandría y Tito en el cerco de Jerusalén, rebeláronse gran parte de los germanos, con los cuales juntándose los galos, que les son vecinos, habíanles dado gran esperanza que los librarían del imperio de los romanos.

Movió a los germanos á que se rebelasen y moviesen guerra contra el imperio su naturaleza de ellos, muy ajena e inhábil de todo buen consejo, y que desea, con poca esperanza de bienes, verse puesta en peligros; además de esto el odio de los príncipes, porque esta gente no sabe servir por fuerza, sino sólo a los romanos.

Dióles también grande esperanza ciertamente para esto el tiempo presente; porque como viesan que el romano imperio padecía tantas mutaciones en los emperadores con las discordias civiles, y conociendo que casi todo el universo que les era sujeto y los reconocía estaba en peligro, y sondeando a qué parte se tendría, pensaron que este tiempo que por las discordias y mutaciones tantas que habían entre sí padecido se les ofrecía, era el mejor y más cómodo para rebelarse.

Dábales este consejo y engañábalos con esta esperanza uno llamado Clasico, y otro llamado Civil; los más poderosos de aquellos que en otro tiempo deseaban innovar y revolverlo todo; movidos, pues, con aquella ocasión descubrieron lo que sentían y lo que tenían determinado hacer.

Habían ya deliberado sobre el consejo de experimentar qué ánimo tuviese el pueblo y la gente común; pero habiéndoles prometido también la mayor parte de los germanos rebelarse juntamente, sin que alguno por ventura de todos los otros discordase, pareció que, por divina providencia, Vespasiano envió cartas a petilio Cercalo, el cual había sido antes regidor de Germania, con las cuales le declaró por cónsul, y mandóle partiese a administrar las Bretañas.

Partiendo, pues, éste para donde le había sido mandado, haciendo su camino, y habiendo oído que los germanos se habían rebelado, acometiólos estando ya muy grande ejército junto, e hizo en ellos gran matanza; y haciéndoles perder aquella locura y vanidad que habían concebido, hízolos recobrar sentido y sobriedad, pero si éste no llegara a estas partes antes, todavía poco después fueran bastantemente castigados: porque en la misma hora que vino la embajada de esto a Roma, Domiciano, que era hijo de Vespasiano, habiéndolo oído y entendido, hizo, no como hiciera otro si fuera de su edad, porque era muy mozo, rehusando emprender tan gran cosa, antes con la fortaleza y esfuerzo que naturalmente de su padre tenía, y ejercitado más y mejor de lo que su edad sufría, partió luego contra los bárbaros.

Entendiéndolo éstos y amedrentados por saber la gente y ejército que consigo traía, todos se rindieron, sacando de aquello esta gran ganancia, que fueron sujetados otra vez y puestos debajo del mismo yugo que antes estaban, sin algún derramamiento de sangre.

Ordenadas, pues, todas las cosas de la Galia como convenía, por que no pudiesen moverse jamás así tan fácilmente, Domiciano, venciendo con su consejo muy señalado y esclarecido con sus obras y hechos a su edad, los cuales levantaban hasta el cielo el nombre de su patria, volvióse a Roma.

Habíase juntado en este concierto de los germanos el atrevimiento y osadía de los escitas; porque aquellos que se llamaban sármatas, pasando gran muchedumbre de ellos el río Istro, que llamaban Danubio, con gran crueldad y fuerza, por haber arremetido con ímpetu y furor, sin pensar en ello, mataron muchos de los romanos que hallaron de guarnición en las ciudades que entraron; y el legado o embajador que el cónsul enviaba, viniéndoles al encuentro, y habiendo con ellos peleado valerosamente fué muerto, y entrábanse en todas las ciudades y regiones que al encuentro les venían, prendiendo, robando, matando y quemándolo todo, donde quiera que hallaban resistencia.

Entendiendo esto Vespasiano, y sabiendo la destrucción hecha en Mesia, envió allá a Rubrio Galo, para que tomase castigo de ellos, el cual mató en diversos combates muchos de ellos; y los que pudieron salvarse y huir recogieron a sus tierras muy atemorizados.

El general, acabada esta guerra, tuvo por bien proveer, para que no pudiesen en otro tiempo rebelarse; porque puso en todos aquellos lugares más guarniciones y mayores, de tal manera que no dejó paso, ni les era ya posible a los bárbaros pasar a aquellas tierras.

Esta fué la diligencia con que se dió fin a la guerra de Mesia.

Capítulo XXIV

Del río Sabático que pasa por el reino de Agripa, y del triunfo celeberrimo hecho en Roma a Vespasiano y a Tito.

Deteníase algún tiempo en Berito el príncipe Tito, como arriba dijimos; pero volviendo de allá, por todas las ciudades donde pasaba de Siria, celebrando magníficos espectáculos, usaba mal de los judíos que cautivos tenía, por mostrar la matanza hecha en ellos, y la victoria habida.

Vió en su camino un río muy digno que de él hablemos: pasa éste por entre Arcas y Rafanea, ciudades del rey Agripa. Y tiene una cosa muy maravillosa, porque siendo cuando nace y cuando corre muy abundante, de seis a seis días falta de su manantial y lugar donde nace, y viene a mostrarse seco, sin correr más. Luego después como si no hubiese pasado mutación alguna, el día séptimo nace muy abundante como solía, y hase hallado muy ciertamente, que guarda siempre este orden en su nacimiento: por lo cual fué llamado este río Sabático, por causa que la sagrada fiesta de los judíos es también el sábado.

El pueblo de la ciudad de Antioquía, entendiendo que ya Tito llegaba, era tan grande el gozo que por esto tenía, que no podía detenerse dentro de los muros de la ciudad; antes todos se daban prisa grande por salir: y saliendo treinta estadios o más fuera, esperábanlo, no sólo los varones todos, sino también las mujeres y muchachos; y como después ya viesan que llegaba por ambos lados del camino, levantaban todos sus manos, saludándolo y regocijándose por ver el gran favor que él a todos hacía y todos también le hacían; volvíanse juntamente con él acompañándolo.

Y entre muchos loores que de él venían diciendo y celebrando, suplicábanle que echase los judíos de la ciudad: pero Tito no se movió por mucho que se lo rogaron; es bien verdad que oía muy reposado todo cuanto de ellos se decía.

Los judíos estaban muy amedrentados por no saber lo que determinaba ni lo que había de hacer. No se detuvo Tito en Antioquía mucho tiempo, antes puso luego en orden su camino hacia el Eufrates a una ciudad llamada Zeugma: vinieron aquí embajadores enviados por Vologeso, rey de los partos; y presentándole la corona por la victoria que de los judíos había habido, recibida que la hubo, hizo un convite muy célebre a los del rey, y así se volvió para Antioquía.

Suplicándole mucho el Senado y todo el pueblo de Antioquía que entrase en el teatro, adonde lo estaban todos aguardando, él les obedeció muy fácilmente.

Rogándole otra vez mucho, e importunándole muchas veces que echase de la ciudad a los judíos, respondiéndoles muy aguda e ingeniosamente, diciendo que había ya perecido la patria donde ellos se podían recoger siendo echados, y que no había ya lugar en parte alguna adonde fuesen recibidos. Visto esto, suplicáronle los de Antioquía otra cosa, por no haber podido alcanzar lo que antes le rogaban, y era que quitase las tablas de cobre en las cuales tenían escritos los judíos sus privilegios y franquicias; pero ni esto quiso Tito concederles, antes dejando los judíos en Antioquía como estaban primero, y en su mismo estado, partió de aquí para Egipto.

Y como haciendo su camino hubiese llegado a Jerusalén y comparase la triste soledad y desierto que allí entonces veía, con la gentileza que antiguamente esta ciudad solía tener, acordándose de las obras grandes y de la hermosura con que en otro tiempo la había visto, tenía por cierto gran compasión por verla tan destruida, no alegrándose ni regocijándose por haber destruido ciudad tan grande, antes bien maldiciendo a los que de ello fueron causa y a los que lo movieron y forzaron que así la destruyese. Tan determinado estaba y cierto en no querer mostrar su virtud y esfuerzo en destruir y arruinar a los que tan destruidos habían sido.

Hallábase aun de las grandes riquezas que esta ciudad tenía, no pequeña parte entre lo que estaba derribado. Algunas cosas descubrían y sacaban los romanos, y muchas más tomaban, mostrándoselas los que tenía cautivos, tanto de oro como de plata y otras cosas muy preciosas, las cuales habían enterrado y escondido en lo más hondo de la tierra, por no saber el fin y suceso que habían de tener en la guerra comenzada.

Después, prosiguiendo su camino Tito para Egipto, como tenía determinado, pasando presto la soledad y desierto, llegó a Alejandría, y determinando navegar de aquí a Italia, teniendo en su compañía dos legiones, enviolas otra vez cada una al mismo lugar de donde habían venido: la quinta a Mesia y la décimaquinta a Pannonia; y mandó que los capitanes de los cautivos, Simón y Juan, y setecientos hombres escogidos que excediesen a los otros, tanto en la grandeza del cuerpo como en la gentileza, fuesen llevados a Italia, deseando servirse de ellos en el triunfo que en Roma esperaba hacer.

Habiendo acabado su navegación como deseaba, estaba Roma esperándolo con gran deseo, y envióle los mismos recibimientos que había antes enviado a su padre.

Fué causa de mayor honra a Tito su padre, que le vino al encuentro y lo recibió con triunfo grande. Los ciudadanos tenían muy grande alegría por ver tres príncipes tales juntos.

No muchos días después determinaron hacer un triunfo común por las cosas sucedidas y hechas, aunque el Senado había determinado hacer particularmente a cada uno el suyo.

El día que había de ser el triunfo y pompa de la victoria, no hubo alguno de tan infinita muchedumbre como había en la ciudad que quedase en casa. Habiendo salido todos, ocupó cada uno no más lugar de lo que era necesario para ver el triunfo y para ver los emperadores, dejando el lugar necesario para que pasasen.

Saliendo, pues, antes de amanecer toda la gente de guerra con sus capitanes y regidores, todos en compañías muy en orden y puestos todos cerca de la puerta, no del palacio sino del templo de Isis, porque allí dormían los príncipes aquella noche, llegando ya la mañana y comenzando a reír el alba, salieron Vespasiano y Tito coronados de laurel y vestidos con ropas de grana, según la costumbre de su tierra, pasaron a los paseos que se llamaban de Octavio Augusto, porque aquí esperaban su venida el Senado y los principales capitanes y caballeros de honra.

Habían hecho delante de la puerta un tribunal como un grande y magnífico cadalso, y estaban con gran orden aparejadas en él sillas de marfil. Subiendo, pues, aquí ellos, se sentaron; fueron luego recibidos con gran regocijo y alegría de todos los soldados, los cuales loaban la virtud de entrambos y la levantaban como testigos de todo.

Estaban los príncipes desarmados, vestidos muy ricamente de seda, y coronados con sus coronas de laurel.

Habiendo recibido Vespasiano muchos loores de ellos, como quisiesen aún decir más, hizo señal que cesasen y tuviesen silencio.

Estando, pues, todos con gran silencio y reposo, levantóse Vespasiano de la silla adonde estaba sentado, y descubriendo casi toda su cabeza, hizo sus votos y solemnidades, y lo mismo también hizo Tito. Acabados sus votos y gracias que a Dios hicieron, Vespasiano habló con todos comúnmente; envió los soldados al banquete que el emperador acostumbraba darles y partióse él hacia la puerta, la cual, por entrar siempre por ella toda la pompa de los triunfos, tiene por ello nombre.

Aquí primero comieron, y vestidos de vestiduras triunfales, habiendo sacrificado a los dioses que estaban puestos a las puertas, pasando por medio de todos los espectáculos que había, llevaban el triunfo muy solemnemente, por que el pueblo y gente común lo pudiese ver fácilmente.

No podría ahora contar como conviene la muchedumbre que había de espectáculos ni la magnificencia de ellos, en todo cuanto se puede pensar; ora miremos los hechos artificiosos y galanos, ora la abundancia de riquezas, ora las nuevas invenciones que traían; porque casi cuantas cosas se hallaron entre hombres riquísimos, y que algún tiempo triunfaron de todo cuanto puede causar maravilla y magnificencia, todas ellas mostraron en este día la grandeza del Imperio Romano.

Porque ciertamente podría decirse, viendo la abundancia de oro, plata y marfil, labrada toda de tan gentiles maneras, que no la llevaban como en pompa y por muestra, sino que todo estaba lleno de ello naturalmente.

Traían vestiduras de diversos géneros de escarlatas y granas, las unas adornadas con pinturas, hechas a la manera y arte de Babilonia; y piedras excelentísimas tantas y tan grandes, unas puestas en

coronas de oro, y otras fueron traídas puestas en otras cosas muy gentiles, de tal manera, que parecían tantas, y tan ricamente las llevaban, que no habrían de ser yapreciadas en algo.

Traían también muchos ídolos de los que esta gente tiene y adora por dioses, hechos de maravillosa grandeza y arte, y de todo esto no había algo que no fuese de muy excelente materia. Salían también diversos géneros de animales, ornados a su natural cada uno: venía también muchedumbre de hombres para traerlos, todos vestidos de púrpura y de oro; los que venían apartados de los otros para esta pompa, venían con vestidos mucho más ricos y más magníficos: después de éstos los cautivos venían muy ornados y muy bien tratados, en tal manera, que la variedad y gentileza de vestidos que consigo traían quitaba la fealdad que sus cuerpos por el cansancio grande tenían: pero era maravilloso de ver la fábrica y pinturas de castillos y torres levantadas que traían; las cuales eran tan grandes y de tanta excelencia, que los que salían a verlas se temían les faltasen las fuerzas a los que las traían, porque muchas de ellas venían más altas y más levantadas que de tres suelos y estados, y aun algunas otras de cuatro; y la magnificencia y fábrica movía, por cierto, gran admiración a los que las miraban, y deleitaba mucho la vista, y había entre ellas gran cantidad de oro y mucho marfil.

Venía pintada toda la guerra con pinturas y muestras muy excelentes diversamente: porque era de ver, aquí destruir una tierra muy fértil y muy abundante, y ver matar los escuadrones enteros; otros huir; otros ser cautivados, y los muros excelentes en grandeza verlos derribar con las máquinas e ingenios: ver quemar los fuertes y guarniciones de los castillos, y romper los muros de las ciudades muy populosas; ver entrar el ejército dentro de los muros; verlo todo lleno de matanza y de muertos; ver los ruegos que los que no podían pelear les hacían; el fuego puesto en los templos; el derribar y destruir las casas encima de sus mismos señores, después de haberlas robado y dado saco; ver el río cuánta tristeza mostraba, por correr ya, no por su acostumbrado camino, ni para hartar la sed de los hombres y animales brutos, antes corriendo por toda la tierra.

Todas estas cosas padecieron los judíos en la guerra; pero el arte y la grandeza de las cosas hechas mostraba claramente lo que había pasado, a todos los que no lo sabían. Venía en cada torre o castillo de éstos el capitán de aquella ciudad, que había sido tomada de la misma manera y orden con que fué preso.

Seguían también después muchas naos, y traían muchos otros despojos; pero más se mostraban los que habían sido ganados en la ciudad de Jerusalén, y hallados en el templo; la mesa de oro de más peso que un gran talento, y el candelero también, todo hecho de oro; pero trocada venía ya su obra y manera de lo que solía servirnos a nosotros, porque la columna de en medio de él estaba junta, y recalcaba sobre su pie, y salían de ella unos como cañutos delgados, hechos a manera de un arriete, y cada uno parecía como una lámpara; es bien verdad que eran siete, y esto por mostrar la honra del séptimo día, que es el que los judíos celebran y guardan.

Seguía después de esto la ley de los judíos, que era la postrera de todos los despojos. Pasaban después muchos, trayendo imágenes y representaciones pintadas muy al vivo de esta victoria, todas hechas de oro y de marfil. Iba luego después Vespasiano, y luego también seguía con orden Tito. Venía Domiciano a caballo juntamente, muy adornado de toda gentileza, con un caballo muy digno de ser visto.

Acabóse la pompa al llegar al templo de Júpiter, el que llamaban Capitolino; luego todos allí pararon. Tenían por costumbre esperar allí hasta tanto que hubiese alguno que denunciase la muerte del capitán de los enemigos.

Era éste Simón, el hijo de Giora, el cual venía entre los cautivos en medio de la pompa, pero muy bien atado con una cuerda, con la cual había de ser ahogado por los mismos que lo llevaban, y era así llevado por medio de la plaza: y los que merecen la muerte por ley de los romanos, han de ser aquí en este lugar o plaza muertos.

Después que le fué denunciado de qué manera había de acabar la vida, y hecha la exclamación por todos, comenzaron sus sacrificios, y siendo ya acabados éstos la segunda vez muy solemnemente, fuéronse al palacio: y recibieron con convites a los unos y a los otros; todos tenían aparejados muy magníficos y solemnes banquetes.

Celebraba gran fiesta la ciudad de Roma este día, por alegría de la victoria habida de los enemigos, por el fin de las guerras civiles, y por la buena esperanza de la prosperidad de los príncipes.

Después de los triunfos y después de confirmado el estado del imperio romano, determinó Vespasiano edificar un templo de la paz, el cual con presteza y diligencia maravillosa, mayor aun de la que es posible pensar, fué acabado: porque habiendo usado de gran largueza y liberalidad, lo quiso ornar de pinturas maravillosas y dignas de ser muy vistas: porque todas las cosas que antes movían a verlas a todos cuantos había por el mundo universo, fueron puestas en este templo, deseando todos ver cómo estaba esto entre otra gente.

Puso también aquí todos los ingenios y cosas que los judíos tenían con gran magnificencia suya. La ley y los velos que tenían en los lugares más secretos, mandó que fuesen muy bien guardados y puestos dentro del palacio.

Capítulo XXV

Cómo Baso tomó a Herodión y a Macheró.

Enviado por embajador Lucio Baso a Judea, tomando el ejército de Cercalo Vetiliano, tomó el castillo de Herodión con la guarnición que tenía, porque se rindió.

Allegando después toda la gente que pudo, porque había trucha parte de ella esparcida, y juntándola con la décima legión, determinó combatir el castillo de Macherunta.

Parecíale muy necesaria cosa derribar este castillo, porque muchos, confiando en su fortaleza y guarda, serían movidos a rebelarse. La natural fortaleza del lugar daba grande esperanza y ánimo de libertad: los que allí estaban y a los que querían acometerlo, ponía gran miedo y duda: porque lo que está cercado de muro, es un collado alto y muy peñascoso, y por esto parece también muy difícil de ser tomado; pero tenía aún, para que a él no se llegasen, ciertas guardas naturalmente, que era un valle o foso que lo cercaba alrededor, cuya hondura era tanta, que no se podía ver el suelo de él, y así era muy difícil pasarlo, ni podía ser en alguna manera henchido de tierra o de otra cosa para hacer paso: porque el valle que lo parte por la parte occidental se extiende más de sesenta estadios, y viene a dar casi en la laguna Asfalte, y por esta parte se levanta muy alto el castillo de Macheró; ciñenlo por la parte de Septentrión y Mediodía los valles de la grandeza dicha arriba, y son también tan hondos y tan altos, que es imposible pasarlos ni combatirlos; y el valle que lo cerca por el Oriente, tiene, según lo que se halla,

más de cien codos de alto, y nene a fenecer y acabar saliendo a un monte que está contrario de Macherón.

Habiendo entendido y sabido el rey Alejandro que era este lugar tan fuerte, fué el primero que quiso fortalecer en él este castillo, el cual después Gabinio derribó en la guerra que con Aristóbulo tuvo. Pero reinando Herodes, parecióle que era lugar muy digno de tener cuenta con él, mucho más que todos los otros, y de fortificarlo, por estar principalmente vecino de Arabia, adonde tiene muy oportuno asiento, y está por fuerte delante de los términos de Arabia.

Habiendo, pues, cercado de muro todo el lugar y de torres muy fuertes, hizo allí una ciudad, de donde se subía fácilmente al castillo. Había también por lo alto del castillo hecho otro cerco de muro, y en los cantones había levantadas ciertas torres de sesenta codos en alto.

En medio de este cerco había edificado un palacio muy rico y muy grande, con muchas cámaras y aposentos muy gentiles. Había hecho muchas cisternas, para que en ellas se recibiese y recogiese el agua, y la pudiesen también sacar abundantemente en todos los lugares que pudieron hacerse cómodamente: parece que conteniendo con la dificultad y naturaleza de esta tierra, porque lo que ella había hecho de sí muy expugnable, quería vencer él, y hacer con sus fuerzas inexpugnable: porque puso aquí gran muchedumbre de saetas y otras máquinas e ingenios de guerra, e inventó toda la fuerza para fortalecer esta tierra, de manera que pudiese menospreciar cualquier cerco que delante se osase poner.

Había en el palacio real un árbol de ruda de maravillosa grandeza, porque no había higuera más alta ni que más grande fuese. Decían que aun duraba desde el tiempo del rey Herodes, y durara más ciertamente; pero los judíos que se habían apoderado de aquel lugar lo habían arrancado.

El un lugar del valle que cerca de la ciudad por la parte septentrional, se llama Baras, adonde nace o se engendra una raíz semejante en el color a una llama de fuego, y cerca de la noche resplandece muy reluciente, y no se deja arrancar fácilmente cuando quieren o desean los hombres arrancarla; antes siempre resiste, hasta tanto que le echan de las aguas de una mujer o de su purgación, y aun entonces, si alguno la toca, tiene muy cierta la muerte si ya no se lleva la misma raíz en sus manos.

Tómase también de otra manera sin peligro alguno, la cual es ésta: cavan por todo alrededor, de tal manera que quede muy poco de la raíz debajo de tierra; atan luego en ella un perro, y queriendo el perro seguir aquel que lo ha atado allí, arranca fácilmente la raíz; el perro luego muere casi como en lugar de aquel que había de arrancar la hierba, y después se puede tomar por todos sin miedo.

Es hierba digno de ser tomada con tantos peligros como tiene, por una sola virtud que tiene muy grande: porque los malos espíritus de los hombres, que por otro nombre llamamos demonios, cuando han entrado en el cuerpo de algún hombre, y lo atormentan de tal manera que le matan si no le socorren, esta hierba los hace huir con tal que la lleguen, por poco que sea, a los que tal adversidad padecen.

Nacen también de este mismo lugar fuentes de aguas calientes de muy diversos sabores: porque las unas son muy amargas, y otras tan dulces, que más no pueden ser.

Hay también muchas aguas que nacen muy frías y tienen fuentes unas después de otras, no sólo en los lugares más bajos, pero aun hay otra cosa, de la cual ninguno se maravillará, que en un lugar muy cerca de aquí hay una cueva no muy honda, pero cubierta por encima de peña viva; y levántense encima de ésta como dos mojonos a manera de tetas, la una apartada de la otra algún poco, y de la una

nace una fuente muy caliente y de la otra, otra fuente muy fría, y mezclándose entrambas aguas, se hace de ellas un lavatorio muy suave y saludable para curar muchas dolencias y enfermedades: aprovecha principalmente para curar los nervios: tiene este mismo lugar muchos metales de azufre y de alumbre.

Habiendo, pues, mirado Baso por todas partes muy bien toda esta tierra, determinó aparejar su entrada, hinchando el valle que está por la parte del Septentrión, y así comenzó su obra trabajando en levantar un monte para hacer un caballero que pudiese servirles de fuerte para combatir desde él fácilmente esta ciudad: los que fueron tomados dentro, apartando los judíos de los extranjeros y gentiles, mandaron a éstos que guardasen la parte baja de la ciudad, y recibiesen ellos primero la fuerza de los enemigos y el peligro, pensando que era gente vulgar y de poco: y ellos se recogieron en el castillo que estaba en lo alto, por estar muy bien guarnecido y por salvarse más seguramente.

Pensaban que si entregaban a los romanos la ciudad, habían de alcanzar con esto perdón; pero querían primero experimentar si podrían apartar del cerco a los romanos, y por tanto, con ánimos alegres, cada día hacían algunas corridas, y trabándose a pelear con los que al encuentro les venían, morían muchos de ellos y mataban también muchos romanos.

Del tiempo se les acrecentaba a entrambas partes la victoria: de los judíos, si arremetían algo menos provistos de lo que convenía, y de los romanos, si recibían sus escaramuzas en orden y con destreza bien armados; mas no era éste el fin que había de ser del cerco.

Hízose una cosa acaso, la cual constriñó necesariamente a los judíos a que entregasen el castillo. Había un mancebo entre los que estaban cercados, valiente por sus manos, atrevido y feroz, llamado por nombre Eleazar; éste había en las peleas y corridas mostrado a los enemigos su nobleza; no le detenía el miedo para hacer saber a los enemigos su fuerza, saliendo contra muchos y deseando echarlos del monte o caballero que tenían levantado: maltrataba siempre a los romanos, y ayudando con su gran audacia a sus compañeros, les causaba que la fuerza que hacían e ímpetu que traían al arremeter, les aprovechase, y también en el recoger solía ser el postrero que partía, y de esta manera les era causa que se recogiesen sin peligro.

Habiendo, pues, un día cesado la pelea entre ellos y recogiendo entrambas partes, pensando él que no habría ya enemigo que osase salir contra él, menospreciándolos a todos, quedóse fuera de la puerta, y hablaba con los que estaban en los muros, mirando muy atentamente lo que dirían o harían. Vió esta oportunidad un egipcio del campo de los romanos, llamado Rufo, y viniendo contra él, cosa que ninguno lo pensara, tomándolo con todas sus armas muy repentinamente, maravillándose mucho de ver esto los que estaban en el muro, pasólo consigo al campo de los romanos; pero después mandó el capitán que lo extendiesen desnudo, puesto en parte que pudiese ser visto por todos los de la ciudad, y que allí fuese muy rigurosamente azotado: los judíos, viendo esto que al valiente mancebo había acontecido, estuvieron muy confusos, y toda la ciudad lloraba y se quejaba por la muerte de un tal varón.

Advirtió esto Baso muy bien, y tomó esto por principio de sus consejos contra los enemigos, y deseando acrecentar la compasión de los judíos, porque forzados por guardar la vida al dicho mancebo, le entregasen el castillo, a la postre alcanzó lo que quería: porque mandó poner allí delante una horca, como si quisiese ahorcar a Eleazar, y viéndola los que dentro del castillo estaban, fueron mucho más amedrentados, y quejábanse con muchas lágrimas, gritando y dando voces, que era aquella destrucción

intolerable. Entonces Eleazar les rogaba que no lo menospreciasen porque había de morir muy malamente, y mirasen ellos mismos a su salud, pues que ya todos estaban sujetos a las fuerzas y poder de los romanos.

Concediéndolo los judíos, parte por lo que éste les dijo y parte también porque había dentro muchos que por él rogaban, porque estaba muy emparentado con todos, fueron vencidos de misericordia y compasión, cosa contra su naturaleza, y enviando algunos por embajadores que con diligencia hablasen, decían que ellos rendirían el castillo, con tal que les volviesen a Eleazar y los dejasen ir sin peligro y sin miedo.

Consintiendo en esto el capitán romano, habiendo hecho concierto con los romanos, todo el pueblo que estaba en la ciudad baja determinó huir, venida la noche, muy secretamente. Como ya hubiesen abierto las puertas, vino un mensajero a Baso de aquellos que le habían prometido rendirse, o por envidia de la salud de ellos o por miedo, por no dejarla ocasión para huir; pero los más valerosos que se habían adelantado se salvaron: de los que quedaron fueron muertos mil setecientos varones: las mujeres y muchachos fueron llevados cautivos. Pero Baso tuvo por bueno guardar su palabra y lo que había prometido a los que le habían entregado el castillo y los dejó libres y les volvió a Eleazar.

Capítulo XXVI

De los judíos que mató Baso, y de cómo la tierra de Judea fue vendida.

Acabadas estas cosas, trabajaba Baso en llevar su ejército a un paso o bosque que se llama Lardes, porque se decía que estaban aquí muchos judíos juntos de los que huyeron antes en el tiempo del cerco de Jerusalén y de Macherunta.

Habiendo, pues, llegado al sobredicho lugar y hallando ser así lo que le había sido dicho, cercó primero todo este lugar con su caballería, para que si algún judío tratase de huir, no lo pudiese hacer sin dar en las manos de la caballería, y mandó que la infantería cortase una selva, en la cual se habían escondido. De esta manera fueron forzados a hacer algo que fuese nombrado y de hombres valerosos: porque peleando animosamente y con audacia, les fuese, por ventura, posible huir y librarse.

Juntos, pues, todos y a una voz, arremeten contra los que los habían cercado; pero ellos los recibían valerosamente, y atreviéndose a mucho los judíos, y los romanos resistiendo a todo, duró la pelea mucho tiempo, pero no fué el fin de ella semejante para todos, ni fué tampoco bueno: porque murieron solamente doce hombres de los romanos, y fueron muy pocos los heridos; y ningún judío se salvó con la vida, antes no siendo menos de tres mil hombres, todos fueron muertos, y el capitán de ellos, que era un hijo de Jayro, llamado judas, del cual arriba hablamos, que se había librado por un albañal, siendo capitán de un escuadrón de gente entretanto que Jerusalén estaba cercada, también fué muerto.

Escribió en este mismo tiempo César a Liberio Máximo, éste era procurador, que vendiese toda la tierra de los judíos, porque no quiso edificar en ella ciudad para guardar el señorío de ella, ni toda la tierra. Mas dejando aquí ochocientos soldados solamente, dióles un lugar donde viviesen, llamado Amaus, el cual está a treinta estadios lejos de Jerusalén.

Mandó que los judíos, dondequiera que estuviesen, pagasen sus parias y tributos, y que trajesen al Capitolio cada año dos dracmas, así como hasta aquí solían pagarlas al templo de Jerusalén.

En este estado, pues, estaban las cosas de Jerusalén en este tiempo.

Capítulo XXVII

De la matanza que fué hecha en los del rey Antíoco, y de la salida de los alanos contra Armenia.

A los, cuatro años del imperio de Vespasiano aconteció que, estando en Comagenes el rey Antíoco con toda su familia y casa, incurrió en grandes muertes, por la causa siguiente: Cesenio Peto, que administraba por entonces las cosas de Siria, o porque a la verdad así fuese, o por la enemistad que con Antíoco tenía, porque lo cierto ciertamente no se supo, envió cartas a César diciéndole que Antíoco se levantaba contra los romanos con su hijo Epifanio, haciendo sus conciertos con el rey de los partos, y que por esto debían ser antes presos, porque comenzando ellos a innovar las cosas y el estado, perturbarían y pondrían en revuelta y guerra todo el imperio romano.

No había de tener en poco César tal embajada como ésta, porque ser estos reyes tan vecinos, era causa que debiese proveerse en ello con mayor diligencia.

Es Sarnosata una ciudad muy grande en Comagenes, fundada cerca del Eufrates por que pudiesen los partos tener pasaje fácil y no por otra causa, y por que les fuese recogimiento seguro. Habiendo, pues, tomado la palabra de ellos y tomando poder para hacer lo que le parecía convenir al caso, pensó que era negocio del cual se debía tener mucha cuenta.

Súbitamente, sin que tal pensase Antíoco ni su gente, entró por Comagenes con la sexta legión y algunas compañías más de infantería y de gente de a caballo; tenía en socorro suyo el rey de Calcidia, Aristóbulo, y al de Emesa, llamado Sohemo.

Entraron dentro sin fuerza alguna, porque ninguno de los naturales podía contradecirles. Habiendo recibido Antíoco tal nueva, la cual él no esperaba, no quiso mover guerra contra los romanos ni aun pensaren ella. Antes determinó salir él con su mujer e hijo del reino, y dejarlo en el estado en que estaba, pensando que con esto satisfaría y quitaría la sospecha que los romanos de él tenían; y saliendo lejos de la ciudad, a casi ciento treinta estadios, puso su casa en medio del campo.

Envió Peto gente a Samosata que la tomase, y con ellos tenía la ciudad, y él, con todo el otro ejército, determinó ir contra Antíoco, pero el rey, con toda la necesidad que padecía, no se movió a querer hacer guerra ni resistir en algo a los romanos, mas quejándose de su desdicha y adversidad grande, determinaba padecer toda cosa: los mancebos y los ejercitados en la guerra, y sus hijos, que eran mancebos muy esforzados, no podían sufrir aquello fácilmente; por lo cual, viniendo Epifanio y Calinico, juntamente quisieron salir por la virtud, y habiendo peleado todo el día muy valerosamente y con gran fuerza, mostraron su esfuerzo y partieron sin habérseles menguado en algo sus fuerzas.

No le parecía a Antíoco, por próspera que hubiese sido esta pelea, quedar en su lugar, y tomando a su mujer e hijos, huyó a Cilicia, y con ausentarse él quitó el ánimo a sus soldados; de manera que, desconfiando poder haber el reino, se pasaron a los romanos, estando todos muy, desesperados.

Antes, pues, que les faltase todo socorro, era necesario que Epifanio se guardase de los enemigos, con todos los otros que también quisiesen, y juntáronse entre todos diez caballeros, los cuales pasaron juntos el río Eufrates con sus caballos, y partiendo de aquí sin algún miedo, muy seguros, llegando a Vologeso, rey de los partos, no fueron despreciados ni tenidos en poco como gente que huía, antes fueron no menos honrados y estimados que si tuvieran todo su estado y permanecieran aún en su reino.

Llegando Antíoco a una ciudad de Cilicia llamada Tharso, Peto lo prendió y enviolo preso a Roma con un capitán de cien hombres, al cual llamaban centurión.

No quiso Vespasiano que de esta manera le trajesen delante un rey, teniendo por mejor y por cosa más digna tener cuenta con la antigua amistad suya, que guardar su ira fiera e inexorable por la ocasión y según la ley de guerra. Mandó, pues, que al venir le fuesen quitadas todas las ataduras con que venía atado, y dejando su partida para Roma en este medio, se detuviese en Lacedemonia, y proveyóle de gran dinero para que pudiese ser tratado, no sólo abundantemente, pero también con magnificencia real.

Entendiendo estas cosas Epifanio y los otros, que antes tenían gran temor por los sucesos de su padre, fueron aliviados de muy gran cuidado, y tomaron ellos mismos esperanza de haber la paz y reconciliarse con César. Y como Vologeso hubiese escrito a César de estas cosas, porque aunque prósperamente les sucediese, no podían vivir fuera del imperio romano, y como César con gran mansedumbre les permitió venir, vinieron a Rama, y trayéndoles de Lacedemonia a su padre, quedáronse allí por verse bien tratados.

La gente de los alanos, que son los mismos de Escitia, que tienen sus asientos cerca del río Thanais, y por el lago que se llama de Meothis, en otro lugar hemos hablado ya de ellos, tomando consejo en este mismo tiempo para entrar a robar la tierra de Media, y más adentro aún, hablaron sobre ello con el rey de los Hircanos, porque éste es el señor de aquel pasaje, el cual le había entregado Alejandro y había hecho que se cerrase con unas puertas de hierro muy firmes; pero dándoles entrada, entraron todos sin que los modos tal cosa sospechasen, y robaban todas las tierras, las cuales eran muy pobladas y estaban llenas de todo género de ganado, sin que hubiese alguno que les osase resistir; porque Pacoro, que era rey de estas tierras, huyendo amedrentado por las partes más desiertas y ásperas de ella, les dejó todos sus bienes, y alcanzó de ellos con gran pena, dándoles cien talento, que se llevase su propia mujer y sus mancebas.

Alcanzando, pues, tanto poder, y viendo que podían dar saco a toda aquella tierra sin que les costase sangre, pasaron hasta Armenia destruyéndolo todo.

Rey de esta tierra era Tiridates, el cual, como saliendo al encuentro de esta gente hubiese peleado, no estuvo muy lejos de ser preso en esta batalla, porque uno de sus enemigos le echó de lejos un lazo de cuerda para cogerle con él, pero con su espada presto le rompió y huyó.

Hechos los romanos, por los sucesos que habían alcanzado, algo más fieros, destruyeron y despojaron todas las tierras y volvieron a sus recogimientos llevándose gran muchedumbre de gente, y otro robo de estos dos reinos.

Capítulo XXVIII

Cómo fué el castillo fuerte de Masada destruido y abrasado.

Muerto Baso en Judea, sucedióle en la administración del cargo Flavio Silva, y viendo éste que ya toda la tierra estaba sujeta al imperio romano, excepto un solo castillo, juntó toda la gente que por allí halló, y vino con ejército contra él por haberlo.

El nombre del castillo era Masada, y el príncipe de aquellos matadores que lo habían ocupado y lo poseían era un hombre muy poderoso, llamado Eleazar, del linaje de Judas, el cual había antes persuadido a no pocos judíos, según dijimos, cuando Cirenio fué enviado a Judea, a que no le obedeciesen; entonces estos matadores se levantaron contra todos los que quisieron obedecer a los romanos, y no los trataban de otra manera que si fueran enemigos, robando y destruyéndoles todos los bienes y poniéndoles fuego en sus casas. Porque decían que no diferían ellos de los extranjeros, pues les habían entregado su libertad, por la cual debían antes pelear muy bravamente, y habían mostrado desear más estar debajo de la servidumbre de los romanos.

Esto, pues, era su excusa, y con ella cubrían su crueldad y avaricia, la cual después claramente se mostró por experiencia, porque ellos mismos fueron los que los animaron a rebelarse, y emprendieron juntamente la guerra con los romanos. La causa que para ello tuvieron, después se les empeoró, cuando vieron claramente que la ocasión por la cual decían haberse movido, y los achaques que daban, eran falsos, por lo cual trataban peor a todos los que justamente reprendían la maldad de ellos.

Pareció este tiempo, y fué ciertamente entre los judíos, el más abundante en todo género de maldades y bellaquerías, de tal manera, que nada se dejaba de cuanto se emprendía, sin acabar y sin dar remate a ello, y cuando alguno quisiera ponerse a innovar algo, no tendría, por cierto, en qué trabajar que entonces no se cometiese.

Tan conformes eran todos, no menos en particular que públicamente, y tanto trabajaba cada uno por sí en exceder y adelantarse en cometer toda maldad y toda impiedad contra sus prójimos; los poderosos maltrataban el pueblo y el pueblo daba diligencia por arruinar y destruir a todos los poderosos; éstos tenían codicia de señorear y aquéllos de resistirles y robar los bienes de los ricos; los primeros fueron matadores y autores de toda crueldad contra sus propios parientes, sin dejar de decir toda palabra

injuriosa, ni sin dejar de cometer toda cosa para dar muerte y destruir del todo a los que les acechaban; pero Juan mostró que éstos eran algo más moderados, porque no sólo mataban a cuantos trabajaban en persuadirle lo que le era necesario y provechoso, dando en ellos como contra los más enemigos ciudadanos suyos, mas aun acarreó otros muchos daños y males a su patria, cuales hiciera cualquiera que ya se atreviese a menospreciar a Dios impiamente. Servíase de mesa que no le era lícita; había desterrado la castidad de la patria legítimamente debida, de tal manera, que no era ya de maravillar si no mostraba mansedumbre y trato humano con los hombres, el que había furiosa y locamente menospreciado a Dios, su religión y piedad.

Pues si consideramos lo que Simón Giora hizo, ¿qué maldad dejó de cometer, o con qué injuria, por grande que fuese, contra los suyos naturales, se tuvo por contento, habiéndolo ellos mismos criado y elegido por su señor? ¿Pues qué amistad, qué deudo o parentesco no los hizo más feroces en darse unos a otros y buscarse la muerte? Porque maltratar los extranjeros, parecían ser una maldad sin arte; pero pensaban que les nacía gloria muy esclarecida y grande si mostraban su crueldad contra sus mismos naturales.

Los idumeos imitaron el loco furor de esta gente, porque aquellos malvados y llenos de toda impiedad, después de haber muerto los pontífices, por que no pudiese conservarse parte de religión ni piedad para con Dios, acabaron por cortar todo lo que de bueno quedaba en la ciudad, y desterraron toda la justicia, haciendo que reinase la injusticia solamente, en lo cual se mostró más aquel linaje de hombres que llamamos zelotes, los cuales quisieron comprobar sus nombres con sus hechos, porque todo género de maldad cometieron, sin dejar de imitar cuantas maldades se retienen en memoria haberse cometido en tiempos pasados, aunque se habían puesto nombre a imitación de buenos, los cuales engañaban por su naturaleza fiera, con cavilaciones, a todos los que querían dañar, teniendo los males, por grandes que fuesen, por bienes, y recibéndolos por tales.

Hallaron, empero, el fin, que su vida merecía, dándoles Dios la pena conforme a lo que todos eran acreedores: porque todos los suplicios y penas que posibles son pasar por los hombres, pasaron por ellos juntamente, hasta que todos acabaron sus vidas con diversos tormentos.

Dirá, por ventura, alguno que sufrieron aún menos de lo que merecían, pero ¿qué pena les podía ser dada que fuese digna para compensar las maldades grandes que ellos habían cometido? No es éste lugar para quejarse de la desdicha de aquellos que en este tiempo cayeron en medio de tanta crueldad.

Otra vez, pues, vuelvo a contar lo que había antes dejado: vino el capitán de los romanos contra Eleazar, y contra los que tenían con él el castillo de Masada, que eran todos matadores y gente mala: ganóles luego toda la tierra, puestas sus guarniciones en todas las partes y lugares que oportunos para ello le parecieron: cercó de muro el castillo, por que ninguno de cuantos allí había cercados pudiese huir o escaparse, y mandó poner gente de guarda muy diligente, y él por otra parte tomó lugar para poner su campo, muy idóneo, cierto y bueno, el que había escogido para cercarlos, por la parte que las peñas del castillo se juntaban con el monte que estaba vecino, pero difícil para proveerse de las cosas necesarias para el uso y servicio del campo: porque no sólo eran traídos todos los bastimentos con trabajo muy grande de los judíos y de parte muy lejos por aquellos a quienes era este cargo encomendado, sino aun también lo que el campo había de beber se traía de partes muy apartadas, porque cerca de aquel lugar adonde estaban, ninguna fuente nacía.

Ordenadas, pues, estas cosas, acometió Silva su cerco, que necesitaba de arte y no poco trabajo, por la fuerza del castillo, el cual estaba de esta manera edificado: una roca muy grande y redonda, muy alta, cerrada de valles muy hondos cortados de la misma roca, y en lo hondo que era imposible verse: tiene

algunos riscos, y es imposible que animales algunos por ella puedan andar, sino que de dos maneras se pueda subir por esta roca, aunque muy dificultosamente.

Está en un camino por el lago Asfalte hacia el Oriente, y el otro es algo más fácil por la parte de Occidente. El uno se llama la culebra, por ser muy angosto y por las muchas vueltas que da a manera de culebra: porque la peña que se levanta, rómpese, y juntándose muchas otras veces, viénese a alargar poco a poco; pero el que por aquí camina, conviene que vaya muy recatado y mudando su camino; se ha de tener en un pie necesariamente, porque de otra manera el peligro está muy cierto y muy seguro para quien cayere: la altura de las rocas está enhiesta por entrambas partes, de tal manera que el que más atrevido fuere, quedará en este paso muy espantado.

Por este camino, cuando habrás subido ya bien hasta veinte estadios, lo que demás queda no es trabajoso de andar, antes es harto llano por lo alto. Aquí edificó en esta roca el pontífice Jonatás el primero de todos un castillo y llamólo Masada.

Después Herodes, rey, se remiró mucho en hermohear este edificio: porque por todo su cerco levantó un muro que tenía siete estadios, hecho todo de piedra blanca, alto de doce codos y ancho de ocho: había en él veintisiete torres de cincuenta codos cada una en lo alto levantadas, por las cuales tenían entrada en las casas que estaban edificadas por todo lo de dentro del muro: porque el rey quiso que lo alto, que era más llano y más fértil y tan aparejado para todo fruto y árboles, como cualquier otra tierra llana, fuese lleno de toda clase de hortalizas, para que si alguna vez en algún tiempo por defuera sucediese alguna hambre o necesidad, no la sintiesen los que se hubieran recogido a vivir en este castillo.

Habíase también edificado aquí un palacio por la subida de la parte de Occidente, puesto dentro del muro de la misma torre y vuelto hacia la parte de Septentrión; y el palacio estaba rodeado de un muro muy grande, y tenía cuatro torres en sus cuatro cantones, muy fuertes, altas de sesenta codos cada una. Pues los apartamientos que por dentro había, los portales y paseos, los baños y todo lo demás, era muy bello y de edificio maravilloso: nacían las columnas de piedras grandes, las cuales estaban puestas por todas partes: las paredes y cuartos del palacio estaban edificadas de piedras muy firmes, y estaban variadas de diversos colores.

En cada habitáculo en lo más alto, y alrededor del palacio, y delante de las torres, había hecho grandes pozos cavados en aquellas peñas vivas, para que en ellos se pudiese guardar el agua: e hizo que tuviesen tanta abundancia de ella, como los que tenían muchas fuentes muy vecinas.

El foso llevaba camino desde el palacio hasta la torre grande, y por defuera ninguno lo podía ver, pero ni aun de los caminos, que eran manifiestos y estaban harto descubiertos, podían los romanos o los enemigos que viniesen, fácilmente servirse: porque el camino por la parte de Oriente es por natural tal, que es imposible llegar a hacer camino por él, como arriba dijimos, y el que está en la parte del Occidente, aunque es muy difícil por sí mismo, quisolo cerrar con una gran torre, la cual estuviese lejos de la fortaleza y castillo no menos de mil codos, y así no era posible pasar por aquí, y era casi imposible tomarla por fuerza.

Era tan difícil de salir de ella, que aun los que con licencia paseaban, entrados que eran, no podían aún salir sino con trabajo y dificultad. De esta manera, pues, estaba fortalecido este castillo contra toda fuerza que los enemigos quisiesen hacer, parte por la naturaleza del lugar adonde estaba, y parte también por la obra de manos que había en él mandado hacer. Los aparejos y provisiones que dentro había guardados conservaron este castillo más largo tiempo y más ocultamente: porque dentro de él

había mucho trigo guardado, que pudiese bastar para mucho tiempo: había también mucho vino y mucho aceite, y además de esto frutas y todas maneras de legumbres y muchos dátiles. Todas estas cosas, pues, halló maduras Eleazar y a su tiempo, habiéndose apoderado del castillo con su gente con muchos engaños y traiciones; no era lo guardado peor que lo nuevo, aunque parece haber sido aparejado todo igualmente para la destrucción que los romanos hicieron de todo, y habían bien pasado casi cien años del tiempo que fueron estas cosas aparejadas, hasta que los romanos destruyeron el castillo, y los mismos romanos hallaron algunos frutos, los cuales no habían sido jamás en otro tiempo tocados.

Quien pensare que la causa de guardarse esto tan largo tiempo era el buen viento que tenía, no errará, porque estaba la torre muy alta y muy apartada de todas las cosas que suelen engendrar en la tierra corrupción. Hallóse también aquí gran muchedumbre de toda manera de armas encerradas por el rey, las cuales bastaban para armar más de diez mil hombres: había mucho hierro sin labrar, mucho plomo y mucho cobre, de tal manera, que si lo vieras, dijeras ciertamente haber sido hecho este aparejo con grandes causas. Dicen que Herodes había mandado edificar este castillo para su recogimiento, temiéndose o sospechando dos peligros: el uno era del pueblo de los judíos, por si quisiesen privarle de su reino, y llamar al principado a los que antes habían sido desechados, el otro, mayor ciertamente y más cruel, por temor a Cleopatra, reina de Egipto. Porque ésta no encubría lo que deseaba, antes hablando muchas veces con Antonio, le pedía que matase a Herodes, y le suplicaba que diese a ella el reino de los judíos: y causará a alguno maravilla saber que jamás la quiso obedecer Antonio, estando tan siervo y tan cautivo de su amor.

Por estar, pues, Herodes con miedo de estas dos cosas, dejó como trabajo postrero para los romanos este edificio de Masada. El capitán de los romanos, habiendo ya cercado por defuera todo el edificio del muro, según arriba dijimos, y habiendo puesto diligencia y guarda grande en que ninguno pudiese huir, comenzó a combatirlo, hallando solamente un lugar adonde pudiesen hacer señal los ingenios y máquinas que tenían: porque después de la torre, la cual por la parte del Occidente cerraba el camino para el real, y al collado del monte, había aquí una represa de una gran piedra muy ancha y muy larga, la cual estaba trescientos codos más baja que el castillo de Masada, y llamábanla Leucén.

Cuando Silva la vió aquí arriba, mandó llegar su gente y que trajesen todos sus máquinas e ingenios; viniendo todos ellos con gran alegría y ánimo a la obra, levantaron un monte de doscientos codos en alto muy firme, pero no les parecía que sería bastante este monte o caballero para subir y sostener todas las máquinas que tenían; hicieron encima como un tribunal a manera de teatro, con piedras muy grandes, alto y ancho de cincuenta codos. La fábrica o manera de todos los instrumentos e ingenios y máquinas que éstos tenían era semejante a la de los que había tenido antes Vespasiano para combatir las tierras, y después de Vespasiano Tito, su hijo; y vínose a hacer una torre de sesenta codos de alto, fortalecida y cubierta toda de hierro, desde donde los romanos, con muchas saetas y golpes de sus máquinas, presto ahuyentaron a los judíos que estaban peleando desde el muro, y les impidieron que osasen asomar la cabeza.

Juntamente también mandó hacer uno de aquellos que arriba llamamos arietes, muy grande, e hizo Silva que diesen en el muro, y a gran pena pudo derribar alguna parte de él. Los ladrones que dentro estaban presto proveyeron en esto, edificando por dentro otro nuevo muro, el cual no pudiese ser derribado con todos los ingenios de los romanos, porque estaba aún nuevamente edificado y blando, de tal manera, que podía resistir a la fuerza de los ingenios, sin recibir daño por estar de esta manera edificado.

Ordenaron vigas muy grandes en lo alto que abrazaban todo el espacio: después, por donde eran aserradas estaban ordenadas parejamente por dos partes: la una de la otra distaba tanto cuanto era bien la anchura del muro, y entrambas llenaban el espacio que había de tierra como levantando un monte; pero porque no cayese la tierra, creciendo demasiado en lo alto este edificio, atábanla y fortalecíanla con otras vigas puestas a lo largo atravesadas. Erales, pues, semejante la obra a un edificio muy concertado. Los golpes que con sus máquinas y petrechos daban eran baldíos y vanos; y como el lodo mejor se asentaba, tanto más se fortalecía esta obra.

Considerado que hubo Silva estas cosas, pensando tomar este muro con fuego más fácilmente, mandó que echasen muchos manojos de cosas encendidas, abrasando a los soldados que dentro estaban: el muro, cuya mayor parte era de madera, tomó el fuego presto, y encendiéndose hasta lo más hondo de él por lo ancho, levantó con gran llama lumbre muy grande.

Aun cuando el fuego comenzaba, ya los romanos se espantaban con el gran viento que hacía, porque traía con su fuerza la llama hacia ellos, y habían ya desesperado de salvar algo, casi como si todo se hubiese ciertamente de quemar; pero mudándose el viento, después levantándose otro más manso, como por divina voluntad, echó el fuego contra el muro que estaba contra éste y así todo se quemaba y ardía.

Teniendo, pues, los romanos en su ayuda y favor a Dios, volvíanse a su campo muy alegres todos, determinados a dar asalto al castillo luego por la mañana y hacer aquella noche mayor guarda, por que ninguno de los judíos pudiese huir o salvarse en la oscuridad.

No pensaba el mismo Eleazar en huir, ni tenía determinado dar licencia, ni permitir que alguno huir pudiese, y viendo destruida y consumido todo con el fuego, y sabiendo que no le quedaba otra cosa, ni otro medio para librarse, ni otra virtud, antes poniéndose delante de los ojos lo que los romanos habían de hacer con sus hijos y mujeres, si vencían, tomó consejo cómo los mataría a todos, y pensando ser esto la mayor vergüenza que podía hacer, juntando aquella misma noche todos los compañeros que él tenía por más valientes y de mayor ánimo, movíalos y convidábalos a esto con estas palabras:

"Habiendo determinado mucho tiempo ha, varones muy esforzados, no sujetarme a servidumbre, ni de romanos, ni de cualquiera otra gente, sino servir a Dios solamente, porque éste es sólo el justo y verdadero Señor de los hombres, este es el tiempo en el cual conviene probar con las obras vuestros ánimos. No nos deshonremos, pues, habiendo sufrido antes servidumbre grande, y además de ésta, habiendo de padecer penas intolerables, si aconteciere que vengamos vivos en manos y poder de los romanos. Somos los primeros que nos hemos rebelado contra ellos, y los postreros que con ellos guerreamos. Pienso que Dios nos ha concedido la gracia de que podamos morir libres, lo cual no ha sido concedido a todos los otros que sin este propósito fueron vencidos y muertos. Nosotros tenemos la muerte y destrucción nuestra por muy cierta en amaneciendo. Libres, pues, somos en elegir el género de muerte para nosotros y los de nuestro afecto, porque no pueden esto prohibirnos los enemigos, que sólo desean prendernos vivos y vemos claramente sernos imposible vencerlos peleando; por ventura convenía conocer la voluntad de Dios al principio, cuando deseando defender la libertad nuestra, todas las cosas que emprendíamos nos sucedían mal, parte por nuestra culpa, y más aún por la de nuestros enemigos: y debíamos saber que el linaje y nación de los judíos, que le había sido en otro tiempo tan amiga, estaba ya condenada a ser del todo destruida y arruinada: porque si quedara y permaneciera Dios como ayuda y favor nuestro, o por lo más algún poco enojado contra nosotros, jamás hubiera permitido destrucción de tales y tan grandes hombres, ni pusiera su ciudad muy sagrada en las manos de los enemigos, para que la quemasen y destruyesen.

"Nosotros solamente hemos quedado de todos los judíos, confiando vencer y conservar nuestra libertad, como si no hubiésemos cometido algo, ni faltado contra Dios, y como si no fuéramos parte en alguna culpa ni pecado, habiendo mostrado y enseñádoslos a los otros. Ya veis, pues, claramente todos ahora cómo nos redarguye y muestra que éramos vanos y confiábamos en vanidades, dándonos peores daños y males de lo que era posible esperar de su mano por nuestros pecados.

"No nos ha aprovechado algo para salvarnos, estar en un castillo que es por su naturaleza fuerte e inexpugnable; antes hemos perdido toda la esperanza por la voluntad de Dios, quitándonos él mismo manifiestísimamente todo el mantenimiento que teníamos juntado, la muchedumbre y abundancia de armas y todo el otro aparejo, que conservado estaba de todas las cosas necesarias. Veis que el fuego que antes dañaba e iba contra los enemigos, sin hacerle alguno fuerza se ha vuelto de su grado contra el muro que teníamos nosotros edificado; pero ahora pagamos lo mucho que hemos cometido, y lo que hemos como locos y furiosos osado contra nuestros mismos naturales, por las cuales cosas no esperemos nosotros que tomen de ello castigo los romanos, sino tomémoslo antes nosotros mismos por nuestras propias manos. Estas son más mansas y más moderadas que no las de los romanos, porque morirán las mujeres sin ser injuriadas, y morirán los hijos sin experimentar qué cosa es servidumbre.

"Después de muertos éstos, sirvámonos los unos a los otros guardando nuestra libertad, y encerrándola con nosotros en nuestras sepulturas; pero primero quememos y demos fuego al castillo y al dinero que dentro de él tenemos: porque ciertamente sé que les pesará a los romanos, si no pudieren haber nuestros cuerpos, y se vieren libres de este trabajo. Dejemos solamente las provisiones, porque ellas nos serán testigos buenos cómo no hemos sido muertos por falta de comer, ni por hambre, sino como habíamos antes determinado, preciando más y anteponiendo la muerte a la triste servidumbre y cautiverio.'

Estas cosas decía Eleazar; pero los pareceres de los que presentes estaban, no concordaban de la misma manera. Unos se daban prisa por obedecer a todo lo que Eleazar había dicho, y muy llenos de alegría, pensaban serles la muerte muy buena; pero los que eran más tiernos, con misericordia de sus hijos, mujeres y amigos, o por espantarse todos de ver claramente que ellos mismos se habían de matar y ser de sí mismos homicidas, y mirándose el uno al otro, mostraban con sus lágrimas cómo eran de voluntad y parecer contrario.

Como Eleazar los viese amedrentados y con gran temor, y que sus ánimos no bastaban a ejecutar consejo tan grande, temió que aquellos mismos que habían antes entendido lo que había dicho, y querían ejecutarlo valerosamente, se afeminasen y perdiesen el ánimo, viendo a los que lloraban y estaban derramando muchas lágrimas. No dejó, pues, su amonestación; antes, más levantado y mucho más animoso, comenzó una habla más clara de la inmortalidad del alma, y usando de una grande exclamación, mirando los que alrededor estaban llorando, dijo:

"Mucho me he engañado, ciertamente, pensando que los varones esforzados y valerosos, peleando por la libertad, habían de querer mucho más morir bien que no vivir malamente. No tenéis, por cierto, ventaja, ni os adelantáis en algo vosotros, ni en virtud ni en audacia, a algún hombre; pues habiendo de libraron de males muy grandes, teméis la muerte cuando antes debieseis sobre esto ni tardar más, ni esperar quien os lo aconsejase o persuadiese.

"Antiguamente acostumbraban las oraciones sagradas de la patria a enseñarnos, confirmándolo los hechos y ánimos de nuestros antepasados y padres primeros, que la vida es dada al hombre, pero que el no morir era pena muy grande; porque la muerte que da libertad a las almas, las envía al lugar que es propio de ellas y puro de toda revuelta, para que permanezcan allí, sin ser jamás corrompidas, antes

duraderas eterna y felizmente. Pero mientras están atadas o encarceladas en el cuerpo y padecen los males y accidentes que el cuerpo padece, están, cierto, como muertas; porque hágoos saber que mala compañía hace lo mortal con lo inmortal y divino.

"Mucho puede el alma junta con el cuerpo, porque sírvese de él como de instrumento; muévelo interiormente y Nácele hacer cosas ajenas aun de su mortal naturaleza; mas librada de este grave peso que tanto la tira a tierra, y librada de esta carga pesada que de ella cuelga, cuando pudiere venir al lugar que le es propio y le está aparejado, entonces se fortalece y participa de la verdadera libertad y bienaventuranza, quedando no menos invisible a los ojos humanos, que el mismo Dios, porque ni aun estando en el cuerpo es posible verla. Viene a él ocultamente, y cuando de él se parte, tampoco parece ni se muestra: teniendo ella siempre una naturaleza libre y muy ajena de toda corrupción, pero da al cuerpo ocasión y causa de mutación, porque dondequiera que hubiere alma, allí habrá también vigor y vida, y de adonde saliere, esto queda marchito y muerto, tanto lo excede por su inmortalidad.

"Tomad por argumento de esto que digo al sueño, en el cual veréis que las almas que recogidas en sí, sin ser distraídas por ocupaciones del cuerpo, reposan con gozo grande muy descansadas, y viviendo con Dios por la semejanza y parentesco que con él tienen, están en todo lugar y profetizan antes muchas cosas que después han de ser; ¿por qué razón, pues, hemos de temer la muerte, deseando por otra parte el reposo del sueño? ¿No sería cosa muy loca y muy temeraria que nos tuviésemos envidia de nuestra inmortalidad y quisiésemos seguir antes y amar más la brevedad de la vida y que quisiésemos más gozar de lo mortal que de lo inmortal? Convenía, por cierto, que nosotros, criados e instituidos en nuestra ciudad domésticamente y como conviene, fuésemos ejemplo a los otros para prontamente recibir y padecer la muerte; pero si conviene pedir de los extranjeros aprobación y confirmación de esto que digo, veamos ahora los maestros de sabiduría entre los judíos lo que dicen; porque éstos, como sean buenos hombres, el tiempo que viven súfrenlo forzados como don necesario y cargo de naturaleza; pero trabajan por librar sus almas de la pesada e importuna carga del cuerpo, y sin mal ni enfermedad alguna, por el deseo que de la inmortal conversión tienen, dicen a los otros que han de partir; ni hay quien resista ni lo impida, antes todos los llaman bien afortunados y dichosos, y envían a sus amigos y familiares mandados; tan ciertamente creen ser ésta la costumbre que los ánimos entre sí tienen; y habiendo ellos entendido y sabido lo que les encomiendan, dan al fuego sus cuerpos por morir con loores, por que se parta el alma del cuerpo pura, limpia y sin mácula, y los más amigos, más fácilmente y con mejor ánimo los acompañan a la muerte que ningún otro extraño acompaña sus propios ciudadanos, si han de partir para algunas tierras muy lejanas.

"Lloran después por sí mismos juzgando a los muertos por bienaventurados, por ver los que entran ya en el número de los que son inmortales. No nos hemos, pues, nosotros de avergonzar si nos mostrásemos aún menos sabios que los judíos y más necios, y si despreciásemos por cobardía nuestra y falta de ánimo las leyes de la patria, las cuales parecen a todos dignas de imitar y ser muy honradas. Pues aunque fuéramos instituidos al contrario de lo que ahora somos, y nos fuera dado a entender que es sumo bien el vivir, y es sumo mal y daño el morir, todavía este tiempo nos muestra y enseña claramente que pasemos y suframos la muerte con buen ánimo, habiendo de morir de una manera o de otra, por la voluntad de Dios necesariamente.

"Esto lo tiene Dios de tiempo muy antiguo, según lo que parece, muy determinado contra todo el linaje de los judíos, que muriésemos y fuésemos privados de la vida, porque no nos habíamos de servir de ella según convenía y era razonable. No oso atribuir la causa de ello a nosotros mismos, ni hacer las gracias de ello a los romanos, porque la guerra que con nosotros han tenido nos ha consumido. No han acontecido estas cosas por las fuerzas y esfuerzo de ellos: pero otra causa intervino más fuerte, y ésta causó que pareciese ser ellos vencedores. Porque ¿con qué armas de los romanos fueron muertos los

judíos que vivían en Cesárea? Cuando estando sin ánimo de rebelarse contra ellos, celebrando la fiesta del sábado o séptimo día, les acometió todo el pueblo de Cesárea y matáronles a todos con sus hijos y mujeres, sin hacer los judíos alguna resistencia; ni tuvieron vergüenza de los mismos romanos, los cuales no pensaban haber otros enemigos entre nosotros, sino éramos nosotros, que nos habíamos contra ellos levantado.

"Pero dirá alguno que los de Cesárea siempre tuvieron discordia con los judíos que allí dentro de la ciudad vivían, y alcanzando la ocasión, ejecutaron su odio y el aborrecimiento que contra ellos tenían. ¿Pues qué diremos de los de Escitópolis? Atreviéronse aquéllos a hacer guerra con nosotros por causa de los griegos, y no osaron juntarse con nosotros para tomar venganza de los romanos. Mucho, pues, les aprovechó a éstos la fe y amistad de aquéllos: todos fueron, por cierto, despedazados y muertos con sus familias, hijos y parientes; y por haberles ayudado antes, estas gracias les hicieron; porque habiendo prohibido y estorbado que padeciesen ellos esto de nosotros, hubiéronlo después de sufrir ellos de los mismos, como si fueran los que querían matarlos.

"Largo e importuno sería si me quisiera parar a contar particularmente todo lo sucedido. Todos sabéis que ninguna ciudad hay en el reino de Siria, la cual no haya muerto todos los judíos que en ella vivían, mostrándose más enemigos todos con nosotros que no fueron los mismos romanos: adonde también los damascenos, no pudiendo hallar para ello causa que fuese razonablemente probable, llenaron su ciudad de cuerpos de hombres muertos sin razón ni justicia, degollando dieciocho mil judíos con sus familias y mujeres; pues la muchedumbre que en Egipto murió de las llagas, sabemos haber pasado el número de sesenta mil. Murieron éstos, por ventura, estando en tierra extraña, sin hallar quien a los enemigos contradijese; pero a los que en nuestras tierras emprendieron guerra contra los romanos, no les faltaba algo de cuanto les podía dar esperanza de alcanzar victoria muy cumplida; porque las armas, los muros, los castillos fuertes e inexpugnables y los ánimos valerosos y no amedrentados por defender la libertad, movieron a todos a que se rebelasen; pero habiéndoles durado todas estas cosas muy poco tiempo, y habiéndose ensoberbecido y levantado más de lo que debían, fueron principio de mayores males. Todo ha sido tomado por los enemigos y todo ha venido a parar en manos de ellos, como si fuera aparejado para acrecentar y ennoblecerles más la victoria, y no para salud ni defensa de aquellos para quienes había sido edificado y puesto en pie.

"Los que murieron en la guerra debemos pensar que son bienaventurados, porque, en fin, murieron con su libertad, trabajando en defenderla peleando; pero de la muchedumbre que ha sido sojuzgada por los romanos, ¿quién no tendrá compasión y gran lástima? ¿O quién, antes que tal le acontezca, no se dará prisa por morir? De ellos fueron los unos atormentados y perecieron con azotes y con fuego; otros, medio comidos por las bestias fieras, son guardados para que de ellos se apacienten, y de todos, los más malaventurados y míseros son los que quedan aún en esta vida, los cuales, deseando muchas veces la muerte, aun ésta no pueden alcanzar. ¿A dónde está ahora aquella ciudad grande? ¿O a dónde está la que fué metrópoli y ciudad principal de toda la gente de los judíos? Fortalecida con tantos cercos de muro y con tantas torres y castillos delante de los muros, en la cual apenas podía caber todo el aparejo que para la guerra había, que tanta muchedumbre tenía de gente que la defendiese. ¿Qué se ha hecho ahora la que pensábamos ser guardada y conservada por la mano de Dios y que Dios moraba en ella? De raíz ha sido destruida; solamente quedan algunas antigüedades y memorias, las cuales guardan los que quedaron allí de guarnición. Están los desdichados e infelices viejos, están entre las cenizas del templo, y algunas pocas mujeres reservadas por los enemigos, para afrenta muy torpe de la vergüenza de ellas.

"Pues pensando estas cosas y poniéndose ante los ojos todo lo que yo he dicho, ¿habrá alguno que pueda u ose alzar los ojos a mirar el sol, aunque pueda vivir muy seguro y sin peligro? Quién es tan

enemigo de su patria, quién tan poco de guerra o de tan poco ánimo, que no se arrepienta de haber vivido hasta el presente?

"¡Pluguiera a Dios, y ojalá fuéramos todos muertos antes que viéramos destruir y abrasar por manos de los enemigos aquella ciudad sagrada, antes de ver derribar de su raíz aquel santo templo! Pero, pues nos había movido no mala esperanza, pensando que pudiéramos vengar lo hecho en ella, veis ahora que ya nos es imposible y nos ha dejado en nuestras necesidades solos nuestra desdicha o desventura, demos diligencia en que muramos bien; tengamos nosotros mismos de nosotros compasión y misericordia, teniéndola de nuestras mujeres e hijos, entretanto que el tiempo nos lo concede. Nacidos somos para morir, y para lo mismo nacieron los que nosotros engendramos: no pueden huir la muerte los fuertes, por fuertes que sean; pero vernos injuriados y con servidumbre, ver que nos llevan nuestras mujeres e hijos con afrenta, no es este mal que se haya de sufrir naturalmente, antes lo sufren, por su temeridad y locura, los que pudiendo morir rehusaron y dejaron de ejecutarlo.

"Nosotros, confiados mucho en nuestro esfuerzo, nos rebelamos contra los romanos, y aconsejándonos ellos mismos ahora lo que nos era saludable, no les obedecíamos. ¿Quién hay, pues, que ignore o no le sea manifiesta la ira que contra nosotros tienen, si pudieran sojuzgarnos y prendernos vivos? Habráse de tener compasión grande de los mozos y mancebos, cuyas fuerzas bastarán ciertamente para sufrir muchos daños, y habráse de tener no menos de los que ya son de más edad, viendo que éstos no serán bastantes a sufrir la muerte que les será dada. Verá el uno que le quitan de su lado a su mujer; otro, atadas sus manos, oirá la voz del hijo que pide su socorro.

"Ahora, pues, entretanto que tienen su libertad, y tienen las espadas en las manos, sírvanos de oficio tan bueno, sin experimentar la servidumbre que en poder de los enemigos les está aparejada. Muramos libres, y partamos de esta vida con nuestros hijos y mujeres. Las leyes nos mandan esto; estas cosas nos ruegan nuestros hijos y mujeres. Dios manda que pasemos por esto; los romanos lo contrario querrían, y temen que alguno de nosotros muera antes de la general matanza y destrucción. Démonos prisa, pues, y por el deseo que de gozar de nosotros tienen, dejémosles causa para que se espanten por habernos dado nosotros mismos la muerte, y memoria y ocasión de maravillarse por nuestro atrevimiento."

Deseando Eleazar decir más, todos lo interrumpían e impedían; y con un ímpetu muy desenfrenado, movíanse a ejecutar lo que había sido dicho, y como movidos por furias, los unos trabajaban y deseaban adelantarse en dar la muerte a los otros, teniendo y pensando por muy cierto que era esto señal de grande esfuerzo y de buen consejo, hacer y trabajar cada uno por su parte por no ser el postrero. Tanto deseo les tomó a todos de matar a sus hijos y mujeres y a sí mismos, que ni aun viniendo a la obra, cosa que no pensaría, se detuvieron o amedrentaron algo, antes todos quisieron ejecutar aquel parecer que tomaron cuando Eleazar les hablaba. Retenían todos el afecto y amor propio que debían; pero dando lugar a la razón, y pensando que hacían en aquello lo que por sus hijos hacer debían, saludaban y despedíanse de sus mujeres, abrazándolas y quitándoles los hijos de las faldas y regazos: llorando en extrema manera, los besaban, y daban en ellos, como si fueran extraños, de propia voluntad, matándolos a todos como antes fué dicho, consolándose de todos los males que habían de sufrir sujetos que fuesen a sus enemigos, con pensar que les era necesario morir.

Ninguno, pues, se halló que no tuviese para esto atrevimiento. Mataron todos los más allegados y más amigos. ¡Desdichados, que les fué necesaria tal cosa, y más desdichados, que tenían por el menor y menos mal, matar sus propios hijos y mujeres! No pudiendo, pues, ya sufrir el dolor de tales hechos, por lo cual, pensando que causaban tristeza a todos los muertos, quedaban ellos vivos algún tiempo: mas de pronto juntaron en uno todos los bienes que tenían, y pusieronles fuego; y escogiendo luego diez hombres de entre todos por fuertes que fuesen, diestros y esforzados para matar todos los otros,

ordenándose encima de los cuerpos de sus mismas mujeres e hijos, y abrazándolos a todos, se ofrecían muy aparejados todos para ser muertos por aquellos que habían de ejecutar tan desdichado servicio.

Ellos entonces, pues, todos eran ya sin algún temor, antes muy atrevidamente, muertos; pusieron la misma ley para ser todos muertos, de manera que a quien la suerte le cupiese, cuando hubiese muerto a los otros, él mismo se hubiese de matar sobre los otros, y de tal manera se confiaban entre sí todos, que ninguno se tenía por inferior ni por más principal que otro, no menos en el atrevimiento que tenían en cometer cualquier crueldad, que en sufrirla.

A la postre todos se sujetaron a la muerte, y quedando el uno y el postrero viendo la muchedumbre de los muertos, porque no quedase, por ventura o acaso, alguno que pudiese tener necesidad de sus manos, cuando entendió que todos eran muertos, puso fuego al palacio, y pasándose toda su espada con gran fuerza por todo su cuerpo, murió encima de los suyos. Así fueron éstos muertos, creyendo que ningún ánima quedaba sujeta a los romanos.

Estuvo una mujer muy vieja escondida, y otra parienta de Eleazar, mucho más docta y más sabia que acostumbran ser las mujeres, y cinco muchachos, por las minas que tenían hechas, por las cuales traían por bajo tierra las aguas para beber, entretanto que los otros estaban ocupados en pensar de qué manera se darían ellos mismos la muerte, los cuales eran hasta número de novecientos sesenta entre mujeres y muchachos.

Esta destrucción fué hecha a los quince días del mes de abril.

Los romanos, que aguardaban aún y pensaban haber de pelear, venida la mañana juntaban sus montes con los puentes de las escaleras, y acometían el muro, pero no viendo alguno de los enemigos, y sí por todas partes gran soledad, y el fuego con tan gran silencio, no podían descubrir ni saber lo que había sido hecho, y al fin, dando un gran golpe con mucho ímpetu con aquel ariete o ingenio que tenían, dieron muy grandes gritos por saber si alguno había que les respondiese.

Oyeron los clamores las mujeres que estaban escondidas, por lo cual, saliendo de los albañales, adonde estaban, descubrieron a los romanos todo lo que de dentro había sido hecho, contándolo una de ellas cómo había pasado todo manifiestamente.

Los romanos todavía no creían esto tan fácilmente, por no creer que se hubiesen atrevido a tanto los judíos, pero trabajaban en matar el fuego, y siguiendo su camino por donde el fuego venía, llegaron al palacio real, y viendo tan gran muchedumbre de muertos, no se gozaron de ello, como debían, por ser sus enemigos; antes se maravillaban de ver un consejo y determinación de tanta crueldad, y un menosprecio tan obstinado en tan gran número de gente, para darse la muerte.

Capítulo XXIX

De cómo fueron muertos los matadores que habían huido a Alejandría y a Tebas.

Acabada esta matanza de esta manera, el capitán dejó guarnición en el castillo, y él luego partió con su ejército para verse con César: porque ya no quedaba enemigo alguno en todas aquellas regiones; pero toda Judea había sido ya destruida con la guerra larga que había pasado, y aun muchos de los judíos que vivían en tierras muy extrañas y muy lejos de allí, se habían perturbado mucho y muy amedrantado.

Aconteció que muchos murieron cerca de Alejandría, que es una ciudad de Egipto: porque todos los revolvedores que se pudieron allí salvar y recoger, no se tenían por contentos con estar seguros de peligros; sino aun allí trabajaban por levantar revueltas y novedades por defender su libertad, sin querer reconocer por mejores que ellos a los romanos, diciendo que sólo Dios era el Señor. Y como algunos de los judíos, no de los más bajos, les contradijesen, seguidamente los mataron; y a los otros les persuadían y daban prisa, diciendo y amonestándoles a que se rebelasen. Viendo los principales y más viejos la pertinacia que éstos tenían, no pensasen ya serles cosa segura querer refrenar en algo a esta gente; sino juntando a todos los judíos en uno, publicaban la locura y temeridad de aquellos matadores, mostrando que ellos eran causa de todos aquellos males, y decían que aunque éstos huyesen, no les parecía que alcanzarían esperanza alguna de salud: porque en saber o conocerlos los romanos, luego habían de perecer, y participarían ellos de lo que éstos merecían y se les debía, sin ser consentidores en algo, ni tener culpa alguna.

Aconsejaban, pues, que debían todos guardarse de la muerte que éstos les buscaban; y que entregándose y rindiéndose a los romanos, satisficiesen ellos por su parte. Dichas estas cosas, y visto claramente el peligro grande que todos corrían, obedecieron a los que les rogaban, y acometiendo con gran ímpetu a todos aquellos matadores, refrenáronlos y prendieron luego seiscientos de ellos; y los que se escaparon huyendo hacia Egipto y Tebas, que está en la provincia y reino mismo, no mucho después fueron todos presos, por cuyo ánimo endurecido, atrevimiento y pertinacia de voluntad, no hay ciertamente alguno que no se maravillase y quedase atónito; porque con todos los géneros de tormentos que se pudieron contra ellos hallar ni pensar, no pudieron conseguir que llamasen señor a César, ni que lo confesasen, ni aun mostró alguno tener voluntad de decir tal cosa: antes todos, viéndose en tal necesidad, se mostraron más pertinaces, como si no sintiesen los tormentos ni el fuego hiciera otra cosa sino los cuerpos sucios, y no las almas.

Principalmente los muchachos movieron gran espanto y maravilla a cuantos los veían padecer, porque ninguno de ellos pudo ser jamás movido para que llamase señor a César: en tanta manera excedía y se adelantaba al poco esfuerzo, la audacia y atrevimiento grande que tenían.

Biblioteca de la Historia Cristiana

Las Guerras de los Judíos

Flavio Josefo

Libro Sexto

Capítulo XXX

Cómo fué cerrado el templo de Onius, que estaba en Alejandría.

Regidor de Alejandría era en este mismo tiempo Lupo, y luego hizo saber a César esta revuelta que había pasado. Pensando éste que debía proveer en quitar la ocasión a los judíos de innovar o revolver algo, y temiendo se juntasen otra vez todos, mandó a Lupo que destruyese el templo de los judíos que estaba en la ciudad que llamaban de Onias.

Esta ciudad está en Egipto, la cual por esta causa se comenzó a habitar, y tomó el nombre de un hijo de Simón llamado Onias, que siendo uno de los pontífices, fué forzado a huir de Jerusalén, teniendo en él tal tiempo guerra con los judíos Antíoco, rey de Siria, y vino a Alejandría, adonde fué recibido con grande amistad por Ptolomeo, porque era enemigo de Antíoco, y dijo que juntaría en su ayuda toda la gente de los judíos, si quería obedecer a lo que él le mandase. Como el rey le concediese todo lo que fué posible hacer, rogóle que le permitiese edificar un templo en alguna parte de Egipto y servir y honrara Dios según en su patria acostumbraban: porque de esta manera Antíoco sería más odioso y aborrecido de los judíos, éstos le serían mucho más amigos, y con este motivo de la religión y templo, muchos judíos se pasarían a su parte.

Fué de esto contento Ptolomeo, y le dió un lugar apartado de Menfis ciento treinta estadios. Llámase esta tierra Heliopolitana, adonde habiendo edificado un castillo, edificó Onias un templo semejante al de Jerusalén. La torre hizo que fuese muy semejante, levantada sesenta codos en alto con piedras muy grandes. La fábrica y edificio de la torre hizo que fuese como era el de Jerusalén: puso allí muchos dones y ornamentos semejantes a los del otro templo, excepto la manera del candelero: porque no hizo candelero, pero puso colgada de una cadena de oro cierta manera de linterna, cubierta por defuera y dentro de oro, que echaba rayos, como si fuera una muy resplandeciente estrella. Cercó todo el templo de una piedra cocida, e hizo que fuesen las puertas también de piedra.

Concedióle el rey mucha parte de tierra y rentas, para que tuviesen los sacerdotes abundancia de todo lo que el culto y honra de Dios requiriese.

Onias no hacía esto con voluntad sana, ni con buen ánimo, sino teniendo contienda con los judíos que vivían en Jerusalén, por la ira y memoria que de su huida tenía, pensaba que, edificado este templo, había de revocar y juntar consigo todo el pueblo que en Jerusalén estaba.

Había habido cierta profecía antigua de novecientos y setenta años: decía Isaías que este templo había de ser edificado en Egipto por un varón judío, y así era este templo edificado.

Como Lupo, regidor de Alejandría, recibidas las cartas del emperador, hubiese llegado al templo, sacó algunos dones y joyas que dentro de él había, y cerrólo.

Muerto Lupo, Paulino, que le sucedió en la administración, no dejó en él algo, porque hizo grandes amenazas a todos los sacerdotes, si no le descubrían cuanto había; ni quiso permitir que los que venían al templo por cumplir con su religión, entrasen dentro de él; sino cerradas las puertas, hizo que no

pudiesen llegarse a él, de tal manera que no quedase muestra ni señal alguna de haber sido jamás allí Dios honrado ni acatado.

Habían pasado desde el tiempo que fué edificado este templo, hasta que fué cerrado y arruinado, trescientos treinta y tres años.

Biblioteca de la Historia Cristiana

Las Guerras de los Judíos

Flavio Josefo

Libro Sexto

Capítulo XXX

Cómo fué cerrado el templo de Onius, que estaba en Alejandría.

Regidor de Alejandría era en este mismo tiempo Lupo, y luego hizo saber a César esta revuelta que había pasado. Pensando éste que debía proveer en quitar la ocasión a los judíos de innovar o revolver algo, y temiendo se juntasen otra vez todos, mandó a Lupo que destruyese el templo de los judíos que estaba en la ciudad que llamaban de Onias.

Esta ciudad está en Egipto, la cual por esta causa se comenzó a habitar, y tomó el nombre de un hijo de Simón llamado Onias, que siendo uno de los pontífices, fué forzado a huir de Jerusalén, teniendo en él tal tiempo guerra con los judíos Antíoco, rey de Siria, y vino a Alejandría, adonde fué recibido con grande amistad por Ptolomeo, porque era enemigo de Antíoco, y dijo que juntaría en su ayuda toda la gente de los judíos, si quería obedecer a lo que él le mandase. Como el rey le concediese todo lo que fué posible hacer, rogóle que le permitiese edificar un templo en alguna parte de Egipto y servir y honrara Dios según en su patria acostumbraban: porque de esta manera Antíoco sería más odioso y aborrecido de los judíos, éstos le serían mucho más amigos, y con este motivo de la religión y templo, muchos judíos se pasarían a su parte.

Fué de esto contento Ptolomeo, y le dió un lugar apartado de Menfis ciento treinta estadios. Llámase esta tierra Heliopolitana, adonde habiendo edificado un castillo, edificó Onias un templo semejante al de Jerusalén. La torre hizo que fuese muy semejante, levantada sesenta codos en alto con piedras muy grandes. La fábrica y edificio de la torre hizo que fuese como era el de Jerusalén: puso allí muchos dones y ornamentos semejantes a los del otro templo, excepto la manera del candelero: porque no hizo candelero, pero puso colgada de una cadena de oro cierta manera de linterna, cubierta por

defuera y dentro de oro, que echaba rayos, como si fuera una muy resplandeciente estrella. Cercó todo el templo de una piedra cocida, e hizo que fuesen las puertas también de piedra.

Concedióle el rey mucha parte de tierra y rentas, para que tuviesen los sacerdotes abundancia de todo lo que el culto y honra de Dios requiriese.

Onias no hacía esto con voluntad sana, ni con buen ánimo, sino teniendo contienda con los judíos que vivían en Jerusalén, por la ira y memoria que de su huida tenía, pensaba que, edificado este templo, había de revocar y juntar consigo todo el pueblo que en Jerusalén estaba.

Había habido cierta profecía antigua de novecientos y setenta años: decía Isaías que este templo había de ser edificado en Egipto por un varón judío, y así era este templo edificado.

Como Lupo, regidor de Alejandría, recibidas las cartas del emperador, hubiese llegado al templo, sacó algunos dones y joyas que dentro de él había, y cerrólo.

Muerto Lupo, Paulino, que le sucedió en la administración, no dejó en él algo, porque hizo grandes amenazas a todos los sacerdotes, si no le descubrían cuanto había; ni quiso permitir que los que venían al templo por cumplir con su religión, entrasen dentro de él; sino cerradas las puertas, hizo que no pudiesen llegarse a él, de tal manera que no quedase muestra ni señal alguna de haber sido jamás allí Dios honrado ni acatado.

Habían pasado desde el tiempo que fué edificado este templo, hasta que fué cerrado y arruinado, trescientos treinta y tres años.

Capítulo XXX

Cómo fué cerrado el templo de Onius, que estaba en Alejandría.

Regidor de Alejandría era en este mismo tiempo Lupo, y luego hizo saber a César esta revuelta que había pasado. Pensando éste que debía proveer en quitar la ocasión a los judíos de innovar o revolver algo, y temiendo se juntasen otra vez todos, mandó a Lupo que destruyese el templo de los judíos que estaba en la ciudad que llamaban de Onias.

Esta ciudad está en Egipto, la cual por esta causa se comenzó a habitar, y tomó el nombre de un hijo de Simón llamado Onias, que siendo uno de los pontífices, fué forzado a huir de Jerusalén, teniendo en él tal tiempo guerra con los judíos Antíoco, rey de Siria, y vino a Alejandría, adonde fué recibido con grande amistad por Ptolomeo, porque era enemigo de Antíoco, y dijo que juntaría en su ayuda toda la gente de los judíos, si quería obedecer a lo que él le mandase. Como el rey le concediese todo lo que fué posible hacer, rogóle que le permitiese edificar un templo en alguna parte de Egipto y servir y honrara Dios según en su patria acostumbraban: porque de esta manera Antíoco sería más odioso y

aborrecido de los judíos, éstos le serían mucho más amigos, y con este motivo de la religión y templo, muchos judíos se pasarían a su parte.

Fué de esto contento Ptolomeo, y le dió un lugar apartado de Menfis ciento treinta estadios. Llámase esta tierra Heliopolitana, adonde habiendo edificado un castillo, edificó Onias un templo semejante al de Jerusalén. La torre hizo que fuese muy semejante, levantada sesenta codos en alto con piedras muy grandes. La fábrica y edificio de la torre hizo que fuese como era el de Jerusalén: puso allí muchos dones y ornamentos semejantes a los del otro templo, excepto la manera del candelero: porque no hizo candelero, pero puso colgada de una cadena de oro cierta manera de linterna, cubierta por defuera y dentro de oro, que echaba rayos, como si fuera una muy resplandeciente estrella. Cercó todo el templo de una piedra cocida, e hizo que fuesen las puertas también de piedra.

Concedióle el rey mucha parte de tierra y rentas, para que tuviesen los sacerdotes abundancia de todo lo que el culto y honra de Dios requiriese.

Onias no hacía esto con voluntad sana, ni con buen ánimo, sino teniendo contienda con los judíos que vivían en Jerusalén, por la ira y memoria que de su huida tenía, pensaba que, edificado este templo, había de revocar y juntar consigo todo el pueblo que en Jerusalén estaba.

Había habido cierta profecía antigua de novecientos y setenta años: decía Isaías que este templo había de ser edificado en Egipto por un varón judío, y así era este templo edificado.

Como Lupo, regidor de Alejandría, recibidas las cartas del emperador, hubiese llegado al templo, sacó algunos dones y joyas que dentro de él había, y cerrólo.

Muerto Lupo, Paulino, que le sucedió en la administración, no dejó en él algo, porque hizo grandes amenazas a todos los sacerdotes, si no le descubrían cuanto había; ni quiso permitir que los que venían al templo por cumplir con su religión, entrasen dentro de él; sino cerradas las puertas, hizo que no pudiesen llegarse a él, de tal manera que no quedase muestra ni señal alguna de haber sido jamás allí Dios honrado ni acatado.

Habían pasado desde el tiempo que fué edificado este templo, hasta que fué cerrado y arruinado, trescientos treinta y tres años.

Capítulo XXXI

De los judías que fueron muertos en Cirene.

El atrevimiento y audacia de estos matadores también había llegado por todos los lugares y villas que hay alrededor de Cirene, no menos que una enfermedad que todo lo inficiona: porque huyendo allá

Jonatás, hombre muy malo, urdidor de oficio, persuadió a muchos de los ignorantes que lo esperasen, y llevólos por las soledades y desiertos, prometiéndoles mostrarles señales e imágenes de las almas: unos, haciendo él esto y engañándolos de esta manera, ignoraban lo que hacía; pero los principales y de mayor dignidad de los judíos de Cirene, hicieron que Catulo, regidor de la Libia Pentapolitana, entendiese el aparejo que tenía y su partida también.

Habiendo éste luego enviado gente de a pie y de a caballo, fácilmente, por estar los judíos desarmados, los prendieron, aunque la mayor parte murió peleando; pero presos algunos vivos, fueron presentados a Catulo.

Quiso su ventura que Jonatás, que era autor de aquel consejo y junta, se escapó esta vez; pero después buscado con diligencia grande por todas aquellas tierras, fué a la postre hallado, preso y llevado a Catulo: cuando aquí fué, trabajaba en dilatar su muerte y castigo, y dio ocasión para que Catulo entendiese en maldades: porque acusando él a los principales de los judíos, decía que ellos habían sido la causa para que tal emprendiese, y los que se lo habían aconsejado.

Oía con alegre ánimo Catulo todas estas acusaciones, y acrecentaba de muchas maneras las nuevas que había oído, exagerándolas y engrandeciéndolas con sus muy pesadas palabras en gran manera, por mostrarse que había él también acabado alguna guerra con los judíos, y lo que es aun peor, además de ser fácil en creerlo, mostrábale también culpar a los sicarios o matadores.

Habiéndole finalmente mandado que nombrase un judío que se llamaba por nombre Alejandro, con quien había ya mucho tiempo mostrado su odio, por estar con él enojado, envolviendo también en sus acusaciones a su mujer, llamada Berenice, mató primero a éstos, y luego después mató tres mil de los más ricos y más abundantes en dinero.

Pensábase hacer todo esto muy seguramente, porque juntaba el patrimonio de éstos con las rentas de César. Y por que algunos de los judíos que en otra parte vivían, no pudiesen descubrir su bellaquería y maldad, divulgó más lejos la mentira, y persuadió a Jonatás y a algunos otros que tenía presos, para que acusasen a los judíos de más nombre que vivían en Roma y en Alejandría, y eran más pacíficos que revolvedores y amigos de novedades.

De los acusados por estas cosas, fué el uno Josefo, autor de esta historia; pero no le sucedió al mentiroso Catulo según deseaba: porque vino a Roma, trayendo consigo presos y atados a Jonatás y a todos los otros, y pensaba que había él de dar remate a aquella contienda y levantamiento que había hecho.

Sospechando Vespasiano del negocio, requería y hacía gran pesquisa por saber la verdad, y conocido que hubo haber sido estos hombres acusados sin razón, por ruegos de Tito libró a todos los que habían sido acusados, y determinó con pública sentencia, que diesen el castigo merecido a Jonatás, el cual, después de muy azotado, fué quemado vivo.

Y sucedió que Catulo, por la mansedumbre y bondad de los príncipes, no fué castigado, pero no mucho después enfermó de dolencias varias e incurables, y sufrió tormentos, no sólo en su lastimado cuerpo, porque la enfermedad que en su ánimo padecía, era más grave ciertamente, y mucho más intolerable. Tenía ciertos espantos que lo amedrentaban mucho, y veía las almas o las sombras de los que había malamente muerto, y daba voces: y como no pudiese ya más tenerse, saltaba de su cama, no menos que si lo atormentaran o le echaran fuego. Acrecentándose mucho de día en día este mal, y

podríanse las entrañas o las tripas en el cuerpo: murió, conociéndose en esto la providencia y castigo de Dios en tomar venganza de los malos.

Este es el fin de nuestra historia, la cual prometimos contar con toda verdad, a los que desearan saber de qué manera pasó esta guerra entre los romanos y judíos: la manera y orden que en contar la verdad de ella se ha guardado, dejámosla para que los lectores la juzguen; pero no me avergonzaré de decir, cuanto a la verdad de lo pasado, que no tuve otro intento, ni enderecé jamás toda mi escritura a otro fin.

Por maravilla grande y espanto general de todos, quise sacar aquí el número de todos los judíos que murieron en estas guerras y final destrucción, que declarados, vienen a ser todos la suma de un millón cuatrocientos veinticinco mil seiscientos treinta, los cuales murieron por fuerza de armas, por fuego, por hambre y pestilencia.

FIN